

*Movimientos sociales*  
Desafíos teóricos y metodológicos

JORGE DURAND  
(coordinador)

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA  
2002

## Índice

<i>Advertencia a la segunda edición</i>	9
<i>Presentación</i>	
Jorge Durand	11
<i>Teorizaciones sobre movimientos sociales</i>	
Jorge Alonso	25
<i>La formación de la acción colectiva en el nuevo modelo de desarrollo</i>	
Francisco Zapata	55
<i>Pluralismo teórico y metodologías combinadas para el análisis de la acción colectiva</i>	
Juan Manuel Ramírez Sáiz	69
<i>El pensamiento social y los actores colectivos en el fin de siglo mexicano</i>	
Sergio Zermeño	91
<i>Diez preguntas sobre los movimientos sociales</i>	
Emilio Duhau	111

Primera edición, 1999

Segunda edición corregida, 2002

DR © 2002, UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

Coordinación Editorial

Francisco Rojas González 131, sector Hidalgo

Col. Ladrón de Guevara

45600 Guadalajara, Jalisco, México

www.editorial.udg.mx

correo electrónico: editorial@udgserv.cencar.udg.mx

ISBN 970-27-0184-8

Impreso y hecho en México

*Printed and made in Mexico*

## *Advertencia a la segunda edición*

<i>El concepto de movimientos sociales: un balance inicial sobre su empleo en México (1970-1996)</i> Alberto J. Olvera Rivera	133
<i>Del movimiento urbano popular al movimiento ciudadano</i> Sergio Tamayo Flores-Alatorre	175
<i>La democracia y la violencia: fronteras simbólicas para los movimientos sociales</i> Adriana López Monjardín	203
<i>Epílogo</i> Jorge Alonso	229

La Coordinación Editorial de la Universidad de Guadalajara, se complace en ofrecer al público académico y estudiantil la segunda edición del libro *Movimientos sociales, desafíos teóricos y metodológicos*, editado por Jorge Durand, y con la colaboración de los más connotados especialistas mexicanos en el tema de los movimientos sociales.

Dado que la primera edición se agotó rápidamente, la Universidad de Guadalajara consideró conveniente publicar una segunda edición, corregida y aumentada, con un tiraje mayor. Como novedad se ofrece un epílogo, en donde el reconocido politólogo Jorge Alonso pone al día la discusión y da cuenta de las últimas reflexiones que se han desarrollado en torno al tema.

## *Presentación*

JORGE DURAND

[DESMOS-UdeG]

*El arte de la guerra se reduce al engaño*

Sun Tzu

El fin de siglo en América Latina puede caracterizarse como una época de incertidumbre. Los presagios sobre el nuevo modelo de desarrollo no son nada halagüeños para las mayorías; la bonanza en los indicadores macroeconómicos sólo ha significado estrechez para el bolsillo de las mayorías; el tránsito a la democracia no será ninguna panacea: se afirma en todo el espacio social un proceso de modernización excluyente y los actores sociales no han encontrado todavía una forma clara de aglutinarse y enfrentar la situación.

En el campo de las ciencias sociales la incertidumbre se refleja en la crisis de los paradigmas, en la pérdida de legitimidad de las explicaciones únicas, en el reconocimiento de los límites propios de cada marco explicativo. En el ámbito de los movimientos sociales nos ha tocado constatar: el fin el movimiento obrero como referente fundamental de las demandas sociales; la crisis del movimiento urbano popular; el surgimiento, impulso o revitalización de los llamados «nuevos movimientos sociales»; la irrupción de nuevas opciones armadas, y la emergencia de la sociedad civil, autodefinida como movimiento ciudadano que cuenta con el apoyo de las organizaciones no gubernamentales.

En el contexto específico de México, asistimos al derrumbamiento lento, pero consistente, del sistema político fincado en el partido único; al envejecimiento del modelo sindical corporativo que va de la mano con la senilidad de sus líderes ancestrales; al

avance tortuoso, pero también persistente, de un sistema político fincado en la democracia representativa; al decaimiento general del movimiento urbano popular, y el surgimiento de acciones colectivas vinculadas a un movimiento ciudadano que enarbola las banderas de la democracia y los derechos humanos.

Asistimos, también, al fin de las experiencias guerrilleras latinoamericanas, en especial centroamericanas, y al principio, en México, de opciones armadas beligerantes como el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) y el Ejército Popular Revolucionario (EPR). Este fenómeno social ha venido a alterar el equilibrio político nacional y a poner en cuestión el camino de la lucha electoral como vehículo indiscutible para acceder a un nuevo sistema político. Proceso que ha derivado hacia la lucha por la autonomía y la territorialidad en los municipios llamados autónomos.

En este contexto de incertidumbre generalizada, emergencia democrática y replanteamientos en el campo de las ciencias sociales surgió la necesidad, en el Departamento de Estudios sobre los Movimientos Sociales de la Universidad de Guadalajara, de revisar a fondo el sentido y la finalidad de un centro de investigación como el nuestro. Nos urgía poner en claro los términos actuales de la discusión, así como confrontar lo que podrían ser en el futuro nuestras actividades de investigación. Se tuvo entonces la idea de llevar a cabo un seminario sobre los desafíos teóricos y metodológicos que planteaba el estudio de los movimientos sociales.

A los ponentes se les pidió que presentaran un trabajo original en el que se realizara un balance teórico-metodológico de la investigación y el análisis sobre los movimientos sociales. Además, el título del seminario indicaba claramente un nivel de prospectiva, de reto, de señalar los desafíos a los cuales se debía enfrentar el investigador que decidiera incursionar en este campo en los albores del siglo XXI. El seminario tuvo lugar en Chapala, Jalisco, los días 7 y 8 de noviembre de 1996.

A diferencia de la dinámica que se impone en congresos y coloquios, con tiempos de participación estrictos y gran número de ponencias y asistentes, en esta ocasión se trató de un verdadero seminario de discusión con un número reducido de especialistas y con tiempo suficiente para la exposición. Participaron como ponentes y con trabajos originales Jorge Alonso, del Centro de Investigaciones y Estudios en Antropología Social (CIESAS-Occidente); Emilio Duhau, del Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco; Adriana López Monjardín, de la Escuela Nacional de Antropología e Historia; Alberto Olvera Rivera, del Instituto de Investigaciones Histórico-sociales de la Universidad Veracruzana; Juan Manuel Ramírez Sáiz, del Departamento de Estudios sobre los Movimientos Sociales de la Universidad de Guadalajara; Sergio Tamayo Flores-Alatorre, investigador del Área de Evaluación y Metodología del Espacio Urbano, de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco; Francisco Zapata, del Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México, y Sergio Zermeño, de la Universidad Nacional Autónoma de México.

La experiencia del trabajo fue sumamente provechosa. El riesgo de abordar un mismo tema y caer en repeticiones quedó conjurado por la riqueza de la discusión y la diversidad de enfoques. En ese sentido, la obra que se presenta tiene la virtud de centrarse en un mismo tema desde perspectivas muy diversas, tanto por orígenes profesionales, opciones políticas y adscripciones institucionales, como por intereses personales y perspectivas teóricas y metodológicas. La obra reúne las opiniones de un grupo selecto de investigadores con una reconocida experiencia en el estudio de los movimientos sociales y da cuenta de su estado en cuanto a la reflexión teórica. Constituye, pues, un excelente compendio del debate y la reflexión en ciencias sociales sobre un tema crucial para el país.

El orden de los capítulos no indica necesariamente una propuesta específica de lectura. Si bien se buscó que los planteamien-

tos más generales o abarcadores fueran al principio y los más específicos, después, no siempre se pudo seguir ese criterio. El orden, por tanto, responde al criterio del compilador y la obra puede leerse de corrido o de acuerdo con preferencias personales sobre los temas o los autores. Donde sí hubo una selección fue en las ponencias que debían ser publicadas.

El trabajo de Jorge Alonso, antropólogo de origen, politólogo de corazón y con una profusa y reconocida obra publicada, hace el balance de las «Teorizaciones sobre movimientos sociales» y destaca las aportaciones de diversos autores. Discute las «vertientes parsonianas» que intentan combinar la perspectiva de los «sistemas» sociales con la de «sujetos» sociales; para ello retoma autores clásicos como Smelser, Tilly y Luhman. Introduce las opciones críticas de la escuela de Francfort y se detiene en el aporte de Habermas, en el concepto «mundo de vida» y su crítica a la teoría de sistemas.

Dedica especial atención a los planteamientos de Alain Touraine, uno de los autores que más ha influido en la teorización de los movimientos sociales. De manera rápida, pero a la vez precisa, revisa los principales aportes, conceptos, tipologías y evolución de su propio pensamiento. Se profundiza en el aporte metodológico de la «sociología de la acción», en la distinción clave entre conductas colectivas, luchas y movimientos sociales y en la importancia que tiene el conflicto social como proyecto cultural. Constata, finalmente, el decaimiento de los «nuevos movimientos sociales» y el reto de los científicos sociales de entender un «mundo fragmentado», donde resalta la diversidad, pero de igual modo el elemento unificador de la lucha por la democratización.

Prosigue la discusión con los aportes de Alberto Melucci, que también ha influido de manera profunda en el pensamiento latinoamericano. La propuesta de Melucci tiene la virtud de ser una reacción pendular a la reflexión sociológica que había colocado en un lugar privilegiado al «actor». Su planteamiento, con carácter de síntesis, propone volver a poner el acento en las relaciones sistémicas,

en lo que ha llamado «sistemas de acción», donde pueden haber afiliaciones múltiples y militancias parciales, y es posible, para la acción colectiva, pasar al nivel de «latencia».

Por último, el autor reseña el debate sobre la definición y el alcance del concepto de movimientos sociales y el aporte latinoamericano a su redefinición. Y concluye con una reflexión sobre los retos que propone la globalización, tanto en la identificación del adversario como en la posible articulación de intereses por parte de los desposeídos.

Francisco Zapata, con amplia experiencia en el análisis toureniano y el estudio del sindicalismo en México y en Latinoamérica, reflexiona sobre «La formación de la acción colectiva en el nuevo modelo de desarrollo». De acuerdo con Zapata, vivimos un momento de transición entre el modelo de desarrollo productivista y el neoliberal, lo que ha supuesto cambios profundos en la esfera económica, el sistema político y la sociedad civil que han afectado a los actores y a las formas de acción.

La liberalización económica, la desregulación de los mercados de trabajo, los procesos de privatización y la pérdida de centralidad del aparato de Estado han generado una nueva acción colectiva, todavía en proceso de formación y que tiene que redefinir su identidad, redescubrir el carácter del adversario y reestructurar su rol social, más allá de la pretendida individuación que provoca el nuevo modelo de desarrollo. Ante estos retos, la acción colectiva se encuentra en crisis; el modelo anterior fincado en la acción sindical y la articulación clasista se enfrenta a un panorama desolador en el que los sindicatos han sido rebasados por la tecnocracia, donde ya no tiene mayor sentido la clase obrera como eje articulador y donde cada día empeoran las condiciones de empleo y posibilidades de encontrar un principio de equidad que dé lugar a formas de acción colectiva.

La nueva articulación del movimiento social encuentra su identidad en la lucha contra la individuación; la oposición se funda

en la resistencia a la imposición y la dimensión de totalidad se consigue con un rechazo frontal al modelo que se quiere imponer. De ahí que la nueva movilización se caracterice por ser heterogénea, frágil, efímera y espontánea; por no basarse en estructuras ideológicas, por no perseguir utopías, por no pretender soluciones generales.

El paso de la sociedad de producción a la de información ha fragmentado los papeles, vuelto efímeros a los actores y diluido los liderazgos centrales. Se plantea un escenario de redes sociales, de alternancia y latencia de las acciones colectivas. La movilización se hace presente en nuevos espacios, con métodos novedosos de resistencia que eluden la confrontación y la movilización abierta.

El capítulo tercero retoma el trabajo de Juan Manuel Ramírez Sáiz, reconocido especialista del movimiento urbano popular y sistematizador acucioso de la reflexión teórica sobre movimientos sociales; parte también de la reflexión sobre el cambio en el modelo de desarrollo y cómo éste incide en las acciones colectivas y en la modificación de sus elementos constitutivos. La constatación empírica de estas variantes, en el caso mexicano, lo lleva a plantear la necesidad de realizar un balance crítico de los paradigmas, marcos interpretativos y categorías de análisis de las acciones colectivas. El autor se propone revisar el capital teórico disponible para su análisis y la pertinencia de un pluralismo teórico y metodológico.

La primera conclusión del diagnóstico constata una doble problemática. Por una parte, se señala el insuficiente conocimiento de las teorías existentes y, por otra, la realidad innegable de una verdadera crisis de los paradigmas. Los marcos de análisis más recorridos en México y América Latina han sido el accionista, el marxista y el de la movilización de recursos. Opciones o preferencias que han dejado de lado otras perspectivas de análisis, más por desconocimiento que por una postura crítica. Esta actitud se refleja también en el manejo poco sistemático de las posiciones teóricas asumidas, sus implicaciones, supuestos, categorías y metodologías.

El problema se agudiza por la naturaleza misma de los movimientos sociales, compleja en sí misma, y porque las perspectivas teóricas suelen destacar sólo determinados aspectos de la realidad. Las dimensiones económicas, políticas, sociales y culturales de aquellos no son o no pueden ser abarcadas de manera conjunta por ningún *corpus* teórico. De ahí la pertinencia de plantear la necesidad de una síntesis, una simbiosis de dos o más marcos de interpretación, siempre y cuando se haga de manera coherente y crítica.

En este esfuerzo, el autor pasa revista detallada a cada una de las doce opciones teóricas existentes, plantea sus limitaciones, pone al descubierto sus contradicciones y propone posibles interconexiones. Según Ramírez, la posibilidad de que pueda lograrse una verdadera síntesis existe, pero resulta imperativo distinguir entre teorías de carácter estructural —globalizador— y aquellas que son de rango medio. Además, es necesario explicar el camino por el cual se pretende realizar la complementación. El asunto no queda en propuesta, el autor repasa de manera sistemática los supuestos y las ventajas o especializaciones de cada teoría en aras de una posible síntesis y reflexiona sobre la posibilidad de una mayor complementariedad en el campo de las nociones, los conceptos y las categorías.

Una parte del problema es, sin duda, el carácter primermundista de las teorías y la realidad tercermundista que pretenden explicar. En la encrucijada, Ramírez opta por la crítica constructiva, reconoce la validez de una parte de la argumentación en aquellos que reniegan de los planteamientos fuereños, pero también defienda la validez de la teoría, independientemente de su origen, siempre y cuando sea utilizada con consistencia y validada de manera crítica en el terreno empírico.

La teoría no tiene por qué negar la especificidad de un movimiento social. Pero es indispensable conocer las categorías que se pueden incorporar en el análisis de determinados temas. Se trata de recuperar conceptos, categorías y términos descriptivos con va-

lidez propia y capacidad heurística. Y a partir del conocimiento de cada teoría, definir sus supuestos, contradicciones, limitaciones y posibles caminos de complementariedad.

Finalmente, el autor lleva este planteamiento hasta el campo metodológico y se pregunta hasta qué punto es factible y pertinente combinar metodologías en el estudio de los movimientos sociales. El pluralismo teórico y metodológico es una opción ampliamente difundida entre los analistas sociales latinoamericanos; sin embargo, debe hacerse de manera argumentada, para lograr una verdadera integración y estructuración de los elementos seleccionados, a partir de la adopción de una teoría básica. En suma, su propuesta insiste en lograr un pluralismo teórico y metodológico articulado y estructurado.

Sergio Zermeno, reconocido politólogo, especialista en el movimiento estudiantil de 1968 y autor del polémico libro *La sociedad derrotada*, parte de un planteamiento diferente. En vez de asumir la premisa de un cambio de modelo de desarrollo, prefiere cuestionarla. Para el autor, existe muy poca evidencia de que estemos transitando a otro orden social, de que en realidad la ciencia haya triunfado sobre la enfermedad, la anomia y la destrucción de la naturaleza. Y las ciencias sociales han hecho poco para interpretar la realidad palpable de la América mestiza. En la década de los setenta, las ciencias sociales no pudieron rebasar la problemática planteada por el Estado, que por una parte manifestaba una presencia exagerada, pero por otra era considerado una palanca fundamental del desarrollo. En la década de los ochenta logró superarse la explicación clasista y entraron en escena los movimientos sociales, concebidos más de acuerdo con la realidad europea que con la nuestra, que exigía rupturas y cambios drásticos más que continuidad. Los movimientos sociales indomesticados se caracterizaban por la falta de institucionalidad y por la discontinuidad.

Según Zermeno, la sociología entró en crisis y los sociólogos devinieron en antropólogos o historiadores y se pusieron de moda

los científicos políticos o politólogos. Fueron éstos los que formularon una nueva utopía centrada en el «tránsito a la democracia». La teoría de la «transición pactada» se puso de moda y recibió el aval de las universidades norteamericanas y las fundaciones. Pero los ejemplos propuestos en Europa y algunos países de América Latina no necesariamente son válidos en los contextos de sociedades como la nuestra, de marcado mestizaje, profundos desequilibrios demográficos y alto grado de urbanización salvaje. En este sentido, el tránsito lineal a la modernidad no pasa de ser una inocentada, cuando se constata que 80 por ciento de la población mundial está condenada a la exclusión y que el modelo de desarrollo tiene sus propios límites y objetivos, en los que la exclusión de la mayoría es parte fundamental. El panorama es poco menos que desolador: de acuerdo con el nuevo modelo, quedarían en la exclusión cuatro quintas partes de la humanidad.

De ahí que sea pertinente cuestionar y replantear la teoría del tránsito a la modernidad desde una doble lógica. Por una parte, aprovechar lo mejor de la llamada globalización y, por otra, crear espacios defensivos que refuercen la identidad y mejoren la condición social de los excluidos. La confrontación se da entre las fuerzas desmanteladoras de la globalización y los intentos por reconstruir «identidades colectivas sustentables».

Es necesaria también una síntesis, una búsqueda de la complementariedad en el plano social, económico y cultural. Según el autor, la única salida es hacer compatible lo comunitario con lo individual, el mercado con el Estado, la microeconomía con la macroeconomía, el desarrollo de la técnica y el comercio con la defensa del empleo.

A partir de este punto, el plano general de modelos de desarrollo y la reflexión teórica dejan lugar al análisis específico de los movimientos sociales. El inicio de esta segunda parte está a cargo de Emilio Duhau, sociólogo urbano de reconocido prestigio, quien se hace «Diez preguntas sobre los movimientos sociales». La pri-

mera se plantea si ha llegado a su fin la sociedad organizada en torno al trabajo. Al perder el obrero industrial el lugar central en la sociedad, el terreno de las luchas sociales se desplaza inexorablemente hacia el campo poco claro e indefinido de los excluidos. Frente a esta situación surge la pregunta: ¿dónde está el sujeto que pueda operar como motor del cambio social? Una primera salida ha sido la reacción a las dictaduras y gobiernos autoritarios con la institucionalización del conflicto que pugna por la democratización y que ve posible incorporar los sectores sociales a la consolidación de la democracia política. Un segundo campo de acción se sigue dando en el terreno de la explotación y la dominación, donde a fin de cuentas existen unas clases populares dominadas y explotadas que pueden reaccionar. Una tercera variante destaca los procesos de desintegración social, la fragmentación y el imperio de la anomia y en la que una salida posible podría ser el «regreso del líder».

La tercera interrogante se refiere al surgimiento de uno o varios conflictos centrales. Punto de amplio debate en el cual entra en consideración la existencia de un sustrato de clase común —«popular»— que teóricamente podría aglutinar la movilización social y constatar empíricamente la existencia de ciclos en los movimientos sociales. No obstante, la realidad empírica parece confirmar la diversidad de respuestas y la heterogeneidad de identidades y solidaridades. La cuarta pregunta se cuestiona sobre la identidad del adversario y se revisan en detalle los planteamientos de Tilly y de Touraine, quienes han insistido en el particular. La quinta pregunta discute la novedad de los llamados nuevos movimientos sociales, y la sexta, el papel clave que desempeña el reconocimiento de la demanda y el rol del Estado. En este sentido vale la pena cuestionarse acerca de la relación entre política y sociedad y llevar más allá el cuestionamiento para preguntarse por la relación entre institucionalización y autonomía y la particular forma en que han sabido situarse las organizaciones no gubernamentales. En octavo

lugar el autor se pregunta por el dilema entre el particularismo que caracteriza las acciones colectivas de carácter defensivo —étnico— y el universalismo, que propugnan los nuevos movimientos sociales. En noveno lugar se afronta el tema de la lucha por la igualdad y el planteamiento actual del derecho a la diferencia. Por último, el futuro de los movimientos sociales y la nueva contradicción que surge entre la pérdida del empleo como lugar central y su permanencia como un supuesto cultural básico de la sociedad contemporánea.

El siguiente capítulo, a cargo de Alberto Olvera, especialista en el movimiento campesino y uno de los pioneros en la discusión sobre ciudadanía, pasa de las preguntas generales a un balance inicial del concepto de movimientos sociales y su empleo en México. El autor realiza este balance crítico con base en la perspectiva de análisis de la sociedad civil propuesta por Melucci. En una primera parte le sigue la pista a la evolución de los movimientos sociales en México, entre 1970 y 1990. Luego, analiza los años noventa y la emergencia del discurso sobre la sociedad civil. Finalmente, se discute y propone una posible vía de integración de los conceptos de movimiento social y sociedad civil a partir de la exposición de Melucci. El autor critica los planteamientos de Touraine que dejaron perplejos a muchos estudiosos latinoamericanos y rescata la utilidad y pertinencia de la escuela conocida como de «movilización de recursos» para el análisis del caso mexicano.

La primera fase corresponde al análisis de los movimientos considerados como clasistas y su posible potencial revolucionario, en contraposición con el descuido que se tuvo sobre movimientos considerados como reaccionarios y de origen clasemediero. Para el autor, la década de los noventa inició propiamente con la insurgencia electoral de 1988 y tuvo contraparte en el ingreso del movimiento urbano popular a su fase de rutina y decadencia. La lucha por la democracia llevó la contienda a los ámbitos municipal y estatal, con lo que el plano local llegó a alcanzar un nivel de centra-

lidad. Siguiendo a Melucci, el autor propone el surgimiento de nuevos tipos de acción colectiva que cuestionan el viejo orden político centralizado. Resalta el papel de las organizaciones no gubernamentales (ONG), las nuevas prácticas asociativas como el movimiento de El Barzón y las repercusiones que ha tenido la aparición del Ejército Zapatista en la vida política y en la cultura nacionales. México se encuentra ante la disyuntiva de la emergencia de una sociedad civil estrechamente ligada a los avances democráticos y frenada por los procesos de desintegración social y anomia que ha generado el nuevo modelo de desarrollo.

El siguiente capítulo, a cargo de Sergio Tamayo, plantea la transición «Del movimiento urbano popular al movimiento ciudadano», con base en la hipótesis de que ha surgido un nuevo sujeto social: el ciudadano, y que es a partir de la elaboración teórica sobre la ciudadanía como se deben explicar los cambios en la naturaleza de los movimientos sociales. El ciudadano como sujeto de estudio debe ser entendido en una doble dimensión: como construcción colectiva y como movimiento social. Tamayo parte del postulado toureniano de que se está viviendo en la posmodernidad, que ya pasó la etapa de transición y que es un hecho el desmoronamiento de la fuerza política y cultural del Estado. Para el autor, la transformación de la naturaleza del movimiento social se expresa en cuatro cambios fundamentales: la autodefinición del movimiento como ciudadano, la propia dinámica y evolución del movimiento, el establecimiento de alianzas políticas y sociales, y los nuevos términos de la relación con el aparato de Estado. Al igual que otros autores, Tamayo insiste en la pertinencia que tiene la perspectiva de movilización de recursos para el análisis específico del caso mexicano y su poco uso. Este tipo de análisis profundiza en los medios que utilizan las organizaciones, se centra en el estudio de la organización interna, los componentes de la acción y las motivaciones de sus participantes. En su versión actual, destaca aspectos de tipo simbólico, cultural, legal e ideológico.

En este sentido, resulta ilustrativo el análisis del movimiento urbano popular mexicano, que en los setenta se definía como revolucionario y ahora se autodefine como ciudadano. Según Tamayo, este movimiento no ha decrecido, simplemente se ha organizado de otra manera. Está constituido por movimientos locales, pero alcanza una dimensión nacional, las alianzas actuales incluyen amplios sectores de la clase media y la relación con el Estado busca reivindicar el control ciudadano de las acciones de gobierno.

Cierra el libro el trabajo de Adriana López Monjardín, antropóloga de formación y reconocida especialista en el estudio de los movimientos municipales y el neozapatismo. Aborda el tema desde una perspectiva diferente: la antropológica, con un manejo de literatura distinto, con categorías y términos novedosos, pero analizando un mismo espacio y sujeto social. Propone otra manera de ver las cosas desde el punto de vista micro, desde la protesta y la rebeldía cotidianas, desde la reflexión metafórica, el análisis del discurso y la develación de lenguajes cifrados. Sigue en buena parte el camino abierto por James Scott y su propuesta de revalorar la resistencia anónima y cotidiana. Resalta el proceso cultural que acompaña las actuaciones de los subordinados y redimensiona la suma de pequeños actos de rebeldía e insubordinación que llegan a formar un «arrecife». Le interesa la construcción del sentido y la «política de la significación».

Finalmente, en su análisis del EZLN se centra en el campo simbólico y rescata la metáfora de la «fiera ternura» como un nudo explicativo que da cuenta de la autodefinición de los propios zapatistas, como los más pobres, pequeños y olvidados, pero como los más dignos y los que supieron decir «ya basta». Están dispuestos a seguir en la lucha encarnizada, fiera, pero piden a gritos a sus hermanos que «no los dejen solos» y reclaman ternura. Con la insurgencia zapatista llegó a México otra oleada de incertidumbre. Las promesas e ilusiones primermundistas no fueron más que engaños que ocultaron la verdadera condición de los excluidos.

A lo largo de estos ocho capítulos, los autores dan cuenta de su particular punto de vista sobre las teorías y métodos utilizados en el estudio de las acciones colectivas. Pero en conjunto la obra constituye un verdadero balance general sobre el estado de la cuestión en el estudio de los movimientos sociales en México. Como podrá constatar el lector, en términos generales, pesan más las coincidencias que las posturas divergentes y puede estar seguro de encontrar en cada uno de los trabajos un compendio actualizado y profesional de los principales puntos de discusión y reflexión que se han dado en México en torno a las teorías y sus aplicaciones para el estudio de las acciones colectivas. La obra puede, por tanto, ser un punto de partida para encarar los desafíos que en un futuro inmediato presentará el análisis de la realidad social y los movimientos sociales en México. Movimientos que hacen justicia al término, en el sentido de que la sociedad está siempre en proceso de evolución y cada día surgen nuevas y renovadas formas de expresión, organización y reacción a las que deben estar atentos los científicos sociales.

## *Teorizaciones sobre movimientos sociales*

JORGE ALONSO  
[CIESAS-Occidente]

Las ciencias sociales se han propuesto dar cuenta de los porqués y los cómo de las actuaciones colectivas de los hombres. Hay muchas conceptualizaciones y polémicas en torno a la definición de los movimientos sociales. En los esfuerzos por teorizarlos se pueden identificar dos grandes tendencias: la que privilegia los sistemas sociales, por un lado, y la que destaca los sujetos sociales, por otro. Juan Manuel Ramírez ya ha sistematizado los campos particulares de análisis de acción colectiva según las diferentes corrientes generales de las ciencias sociales. Este escrito intenta incursionar en las teorizaciones remitiendo a las tipificaciones ya realizadas y destacando aportaciones de diversos autores.

### *Vertientes parsonianas*

La clásica visión de las masas (Le Bon, Tarde, Freud) parecía obsesionada en la acción sin actores. T. Parsons intentó combinar sistemas y actores. Smelser distinguió varios tipos de conducta colectiva. La más alta forma de acción colectiva la vio inserta en movimientos valorativamente orientados que se proponían restaurar, modificar o crear valores en nombre de creencias generalizadas. Su acercamiento a los movimientos fue por medio de una teoría de orientación de valores. Esta corriente privilegiaba el sistema social al cual se atribuía la producción de la acción colectiva (Smelser, 1962). Surgió el modelo de proceso político, que presupone que

un movimiento social es un fenómeno que concierne a la pugna entre grupos e intereses antagonistas. Se ha señalado que la solidaridad deviene en fuerza generadora de movimientos sociales. Éstos no se desarrollan de manera repentina, son el resultado de acontecimientos y orientaciones. El elemento de la organización es clave (McAdam, 1982). A pesar de que la acción puede explicarse por las motivaciones y creencias de los actores, hay ocasiones en que aquélla no se ajusta de modo necesario a tal paradigma debido a motivaciones inconscientes (Elster, 1995). Lo nuevo que se ha ido generando tiene que ver con reapropiaciones colectivas de áreas de vida institucionalmente reprimidas (Giddens, 1991). Tilly sostiene que un movimiento social no es un grupo, ni un cuasigrupo, tampoco un comportamiento parecido a un grupo; es una forma compleja de acción, que consiste en un reto público ininterrumpido, librado en contra de los que ejercen el poder a nombre de una población (Tilly, 1995).

#### *Tensión sistema-actor*

Luhmann fue influido por Parsons, pero su elaboración teórica incursiona en otros territorios. Se ha opuesto a la teoría de la acción alegando que no se refiere a un estado de cosas socialmente constituido. Destaca que al hombre habría que considerarlo como parte del entorno y no del sistema social. Considera que quienes analizan lo social a través del sujeto no logran un adecuado estudio de la sociedad contemporánea (Luhmann, 1990, 1991). Por su parte, Crozier y Friedberg sostienen que el actor no existe fuera del sistema al que el actor precisamente da vida y puede cambiarlo. Para ellos, la acción colectiva no es un fenómeno natural, sino una construcción social. El cambio social debe considerarse desde el punto de vista de que los hombres cambian, y no de forma pasiva sino que lo hacen dentro de una colectividad. Pero para que sobrevenga un cambio se requiere que se transforme el sistema de acción (Crozier y Friedberg, 1990).

#### *Perspectivas críticas*

Los filósofos de la escuela de Francfort llamaron la atención sobre el hecho de que no concordaban mecánicamente individuos y sociedad. Ante la emergencia del nazismo, destacaron que los movimientos de masas tenían condiciones objetivas (Adorno, 1986). Continuator del espíritu crítico de esa escuela, Habermas ha expuesto que la sociedad es un mundo de vida estructurado de manera simbólica (Habermas, 1990). En oposición al funcionalismo sistémico de Luhmann, ha subrayado que las acciones (o las no acciones, según el caso) tienen consecuencias en el todo social no previstas y que a veces son catastróficas. Ha distinguido la acción instrumental, la estratégica y la comunicativa. La primera puede entenderse como seguimiento de reglas técnicas desde el punto de vista de la eficacia; la segunda, cuando tienen como referente un oponente, y la tercera, cuando las interacciones sociales no quedan coordinadas mediante cálculos egocéntricos del propio éxito, sino con operaciones corporativas de interpretación de los agentes. La producción de un acuerdo es condición para que cada participante en la interacción pueda proseguir sus propios planes de acción. Así, concede el primado a la teoría de la acción sobre la de sistemas. Critica el funcionalismo sistémico porque sustituye la autoreferencialidad del sujeto por la del sistema. Anota que los movimientos sociales reciben su fuerza de tracción de la amenaza a que se ven expuestas identidades colectivas bien acuñadas (Habermas, 1989).

#### *La construcción toureniana*

Uno de los autores que más han contribuido a la teorización de los movimientos sociales ha sido Alain Touraine. Aunque ha mantenido sus planteamientos fundamentales, como todo autor tuvo un proceso y cambios internos en su forma de acercarse a los movimientos sociales. Dado que se trata de un prolífico investigador, se hará un recorrido por sus obras más destacadas.

A finales de los sesenta había planteado que los movimientos sociales eran esa acción conflictiva de agentes de clases sociales que luchaban por el control de un sistema de acción histórico (Touraine, 1973). Precisó que aquéllos eran una acción colectiva en la que intervenían tres elementos combinados: la identidad, la oposición y la totalidad, que se inscribían en la lucha por la dirección de la sociedad (Touraine, 1978). Con su innovación metodológica, Touraine investigó la lucha estudiantil y se preguntó si tenía la capacidad de combatir a nombre de objetivos generales en contra de la dominación social para que pudiera ser catalogada como movimiento social. Destacó que un movimiento requería la pertenencia a un conjunto social, un adversario y un proyecto propio, que debía ocupar un lugar central en la sociedad, pues tenía que ver con conflictos generales y centrales para la sociedad (Touraine y otros, 1978). Siguiendo estos lineamientos, investigó a ecologistas. Señaló que se dibujaba un nuevo movimiento social inscrito en áreas que no eran ni del trabajo ni del consumo. Indagó sobre la centralidad de los conflictos ecologistas, e insistió en que un movimiento social se definía como actor de conflicto social conducido por fuerzas de clase para la dirección de la historicidad (es decir, según modelos de conducta a partir de los cuales una sociedad produce sus prácticas). Definió que no podía haber sino un movimiento social para cada clase en un tipo determinado de sociedad. El movimiento social tenía que ver con una acción social organizada, entablada contra un adversario social por la gestión de los medios a través de los cuales una sociedad actúa sobre sí misma y sobre sus relaciones con su entorno, cuando un actor colectivo se oponía en términos sociales a un adversario, y cuando ambos trataban de dirigir o apropiarse de recursos culturales considerados de gran importancia (Touraine y otros, 1980). Con su equipo de intervención sociológica, estudió el sindicato polaco Solidaridad (Touraine y otros, 1982).

Con estas investigaciones como sustento, Touraine realizó una recapitulación de su sociología de la acción, en la que redefinió

nociones básicas, como historicidad, movimiento social y sujeto. Aclaró que sujeto era el nombre del actor cuando se situaba al nivel de la historicidad, de la producción de grandes orientaciones normativas de la vida social. La historicidad no se reducía a un conjunto de valores, representaba una serie de orientaciones culturales mediante las cuales las prácticas sociales eran construidas. Planteó que su teorización se oponía tanto a la idea parsoniana de una sociedad organizada alrededor de valores especificados en normas sociales y encarnados en organizaciones, estatus y roles, como a la visión de una vida social dividida en dos mundos separados por completo, correspondientes a dos clases sociales, según la visión marxista. Las orientaciones culturales no eran principios, sino revestimientos cognoscitivos transformados en prácticas a través de conflictos. Las movimientos sociales hacían aparecer las relaciones sociales, revelaban las instituciones y formas de organización social.

Este autor distinguió lo que se podía denominar conductas colectivas de lo que eran luchas, y de lo que constituían propiamente los movimientos sociales. Las primeras eran acciones conflictivas de defensa; las segundas tenían la capacidad de modificar decisiones, los terceros se daban cuando las acciones conflictivas transformaban las relaciones de dominación social que se ejercían sobre las principales fuentes culturales. Un mismo conflicto podía revelar uno, dos o los tres tipos. Así, los movimientos sociales no eran una respuesta a una situación social, eran una lucha por el control de modelos culturales. Se trataba de un conflicto que podía desembocar en una ruptura del sistema. Insistió, entonces, que en lugar de hablar de clase social habría que hacerlo en términos de movimiento social. Estas reflexiones las elaboró cuando en Francia se había dado un reflujo de los movimientos sociales. Y realizó una autocrítica por haberle dado una gran importancia a aquello que denominó nuevos movimientos sociales. Mostró cómo ninguna de las luchas que se daban en ese periodo podían designarse como

el conflicto central en torno al cual se podían aglutinar todas las demás (Touraine, 1984). Prosiguió con sus intervenciones sociológicas. Y constató la declinación del movimiento obrero (Touraine y otros, 1987). Para el caso de sociedades no desarrolladas como las latinoamericanas, constató la debilidad de actores sociales. Propuso definir al actor por las relaciones sociales en las cuales participaba. Planteó que en América Latina había ausencia de actores sociales puros, que había una subordinación de éstos a los de carácter político y a la dinámica estatal, lo cual se traducía en una grave limitación para su capacidad de acción autónoma. Lapidariamente, sentenció que América Latina era un continente de actores sin acción (Touraine, 1988).

No abandonó la costumbre de realizar con periodicidad síntesis teóricas. Propuso que el sujeto era la voluntad de un individuo de actuar y ser reconocido como actor. Volvió a recalcar que la idea de actor social no era separable de la de sujeto, que un movimiento social era a la vez un conflicto social y un proyecto cultural, y que la idea de movimiento social se oponía a la concepción historicista y a la utilitarista de la acción colectiva. Le parecía imposible renunciar a la idea de sujeto que apelaba a la libertad, a la creatividad (Touraine, 1992). El sujeto es la construcción del individuo y del grupo como actor. En la primera mitad de la década de los noventa, señaló que movimientos sociales y democracia deberían ser indisociables; que los primeros descansaban siempre en la liberación de un actor social y no sobre la creación de una sociedad ideal. El sujeto tenía que ver con la resistencia a la dominación. A su vez, la democracia no podía ser sino la defensa del sujeto (Touraine, 1994).

Touraine señala que hay un desfase entre lo objetivo y lo subjetivo, entre la situación y los actores. Considera que Habermas rechaza una sociología del sujeto y que se inclina por una de las intercomprensión (Touraine, 1993). Se opone tanto al racionalismo iluminista como al comunitario integrista. Muestra desconfianza

de movilizaciones colectivas impulsadas por poderes autoritarios. Se cuestiona si a finales del siglo XX se ha entrado en una etapa que se podría calificar de postsocial, cuando las relaciones entre individuos y grupos no van a estar reguladas sino por el mercado, la segregación, la violencia o la ausencia de toda institucionalización. Llama la atención sobre el hecho de que el movimiento de mujeres ha impuesto la unión del valor universal de un derecho y de la particularidad de un actor definido social y culturalmente. Mantiene su concepción de movimiento social como conflicto central conducido por un grupo que se afirma como sujeto en contra de un adversario considerado a la vez como obstáculo a ese esfuerzo incapaz de comportarse él mismo como sujeto, conflicto que debe permitir entrar a una sociedad donde todos se reconozcan mutuamente como sujetos (Touraine, 1995: 21-45).

A mediados de los noventa, constata lo que ya vislumbraba diez años antes: los que llamó nuevos movimientos sociales se fueron apagando poco a poco (los de género, los ecologistas...). A finales de siglo lo que existe es un esfuerzo por entender un mundo fragmentado. Al tema de la racionalización lo ha sustituido el de la diversidad. La globalización ha acentuado una dualización mundial. Mantiene su concepción de que no se puede hablar de movimientos sociales sin referirse a transformaciones, que el movimiento social tiene que ver con una dimensión dialéctica, que alude a conflictos que ponen en cuestión el uso social de orientaciones culturales básicas. Los movimientos sociales defienden valores y van por parejas. Recalca que no existen movimientos sociales puros, y que la acción colectiva del nivel más alto es el movimiento social (Touraine, 1995). Ha llamado la atención sobre la necesidad de que el observador dé prioridad a uno de los elementos de análisis. Propone tres estrategias posibles para el análisis y la acción: la primera da prioridad a la globalización de la economía; la segunda, a la democratización (y más precisamente a la construcción de un sistema representativo), y la tercera tiene que ver con la búsqueda

de los movimientos sociales que escapen por igual al aislamiento de la guerrilla de tipo colombiano y a la heteronomía frente a dirigentes políticos. Insiste en la conveniencia de la construcción de un sistema democrático, el cual no puede existir sin la transformación de los excluidos (Touraine, 1996).

El tema del sujeto ha preocupado hondamente a Touraine. El sujeto es para él el deseo de construcción de una vida verdaderamente individual, pero que esto no se hace en el aislamiento, sino luchando en contra de la dominación de los mercados y de los poderes comunitarios, reconociendo al otro el derecho de ser sujeto. Destaca que en la actual sociedad mundializada, los elementos globalizadores no están ligados a una organización social particular. No obstante ese proceso mundializador, se multiplican grupos identitarios. Hay un doble movimiento: el de globalización y el de privatización que debilita las viejas formas de vida social y política. Por una parte, se da una fuerte internacionalización de la economía y, por otra, la fragmentación de identidades culturales. Touraine llama sujeto al esfuerzo del individuo por ser un actor. El sujeto no tiene otro contenido sino la producción de sí mismo. Es una afirmación de libertad. Su invocación es la única fuente posible de movimientos sociales que se oponen a los directores de la economía y a los dictadores comunitarios. Para Touraine, la idea de sujeto se liga a la de movimiento social. No hay movimiento social posible fuera de la voluntad de liberación del sujeto. Aclara que éste no es una reflexión del individuo sobre sí mismo, sino una acción. La idea de sujeto está sobre todo presente en todo lugar donde se manifiesta una acción colectiva de construcción de un espacio, a la vez social, político y moral, de la producción de la experiencia individual y colectiva. El actor social es portador de sujeto en sus relaciones interpersonales, en las relaciones sociales, así como en las formas de acción colectiva. El sujeto no es otra cosa que la resistencia, la voluntad y la felicidad del individuo que defiende y afirma su individualidad contra las leyes del mercado y de la comunidad. La

idea de sujeto vuelve posible la de actor social. Las relaciones entre sujetos no son relaciones sociales ordinarias. Reposan sobre un principio de relación que no es la pertenencia a la misma cultura y sociedad, sino en el esfuerzo común por constituirse en sujetos. Sin ese reconocimiento del otro, el paso del sujeto a actor social sería imposible. El sujeto se forma imponiendo a la sociedad instrumentalizada y tecnificada principios de organización y de límites conforme a su deseo de libertad y a su voluntad de crear las formas de vida social favorables a la afirmación de sí mismo y al reconocimiento del otro como sujeto. La identidad del sujeto se construye por la complementariedad del deseo personal de salvaguardar la unidad de la personalidad (tensionada entre el mundo instrumental y el comunitario), la lucha colectiva y personal en contra de los poderes que transforman la cultura en comunidad y el trabajo en mercancía, y el reconocimiento interpersonal también institucional del otro como sujeto. El sujeto no se construye en la relación inmediata del yo al yo. Existe en el combate con fuerzas del mercado o de la comunidad. Es una fuerza de liberación. Así, se coloca entre el universo de la instrumentalidad y el de la identidad como principio de reconstrucción de la experiencia social. Es el esfuerzo de reconstrucción de una unidad entre el trabajo y la cultura contra las presiones del mercado y las comunidades.

La idea de movimiento social demuestra la existencia, en el núcleo de cada tipo societal, de un conflicto central. Aunque muchos nieguen la posibilidad de existencia de uno de esta naturaleza, Touraine considera que sí se da. El conflicto central es el que conduce un sujeto en lucha, por una parte, en contra del triunfo del mercado y de las técnicas y, por otra, en contra de los poderes comunitarios autoritarios. Precisa que si se llama movimiento social a cada tipo de acción colectiva se hace imposible teorizar. Esta noción no es útil si no permite poner en evidencia un tipo muy particular de acción colectiva, que es aquel por el cual una categoría social particular pone en cuestión una forma de dominación

social (a la vez particular y general) y llama en contra de ella valores y orientaciones generales de la sociedad que ella comparte con su adversario para privarlo de legitimidad. El movimiento social es más que un grupo de intereses o un instrumento de presión política. Pone en cuestión el modo de utilización social de recursos y de modelos culturales. Touraine introduce un nuevo concepto: movimiento societal. Aclara que éste, en el pasado, ha encarado un proyecto de reconstrucción radical de la sociedad y una figura de sujeto, mientras que en el presente es un movimiento moral. Un movimiento societal es un conjunto cambiante de debates, de tensiones entre los de base y los dirigentes. Los movimientos societales combinan un conflicto propiamente social con un proyecto cultural, que siempre está definido en referencia a un sujeto. Este aparece bajo una forma religiosa, política, de clase o de nación. Pero en nuestra sociedad actual el sujeto no puede parecer sino como sujeto personal. No obstante, en todas las sociedades éste se revela por la presencia de valores morales opuestos al orden social. El movimiento societal aboga por un modo de empleo social de valores morales en oposición a los que defiende y trata de imponer su adversario social. Referencias morales y conciencia de un conflicto con un adversario social son las dos caras inseparables del movimiento societal. Esto no debe confundirse con el discurso de las reivindicaciones. El discurso del movimiento societal habla de libertad, de proyecto de vida, de respeto de vida, de respeto a los derechos fundamentales que no pueden reducirse a puntos materiales o políticos. La idea de movimiento societal relaciona el llamado al sujeto a la lucha contra un adversario social.

La idea de sujeto social y de movimiento social busca restablecer un lazo entre el mundo de los medios y el de los fines, entre la racionalidad instrumental y las creencias, entre el mercado y las comunidades. Los que participan en un movimiento societal quieren poner fin a lo intolerable a través de una acción colectiva. Hay dos vertientes: una ideológica, que se concreta en la lucha contra el

adversario social, y la utópica, que se identifica con los derechos del sujeto. Los nuevos movimientos societales se orientan más a su defensa. Pero hay que hacer otra precisión. No toda lucha social lleva en ella un movimiento societal. No obstante, hay que buscar en las luchas sociales la presencia de un movimiento societal. Ese proyecto cultural asociado a un conflicto social.

Touraine insiste en que el movimiento societal se caracteriza por el hecho de que una categoría de actores entre en conflicto con un adversario con vistas a la gestión de los principales medios de la sociedad sobre sí misma. Últimamente hay más bien movimientos culturales: acciones colectivas que tienden a defender o transformar una figura de sujeto. Los nuevos movimientos movilizan categorías que no son definidas socialmente, sino por una actividad. Los movimientos culturales y los históricos se combaten con frecuencia. Los movimientos sociales como los históricos y culturales pueden convertirse en antimovimientos sociales. Esto se da sobre todo cuando la defensa de la identidad se separa de la matriz de la producción. Los antimovimientos sociales siempre están dominados por un poder político centrado en una personalidad, etnia o grupo.

Por otra parte, movimientos sociales actuales y democracia no pueden existir uno sin el otro. Este lazo ha tomado formas diferentes en las sociedades posmodernas y en la situación actual que está dominada por la autonomía de la economía mundializada. La democracia ha sido vivida como una liberación tanto de la explotación económica como de la dominación social. La libertad del sujeto es el principio central sobre el que descansa la democracia. Los movimientos sociales han sido los principales agentes de las reformas democráticas. La política del sujeto es lo que define la democracia actual: reconocimiento de la diversidad cultural y rechazo a la exclusión.

La defensa del sujeto exige protecciones institucionales y movilización colectiva. Ninguna acción democrática puede existir si

no es exigida por un actor social. Los movimientos societales se sitúan en los fines sociales y culturales. El análisis de los movimientos sociales muestra que al mismo tiempo que son conflictivos llaman a valores culturales superiores al conflicto social. Los movimientos sociales de la sociedad industrial decaen, mientras que los de sociedades de base modernizadas están en construcción. Los movimientos culturales contribuyen a la construcción de una nueva cultura política (movimientos de mujeres, defensa de minorías, lucha contra integristas, rechazo a la exclusión social). Los partidos políticos se han transformado en agencias electorales y no representan a los movimientos sociales, no se hacen defensores de un proyecto de sociedad. Hay dos luchas complementarias: contra el poder absoluto de los mercados y contra la dictadura de las comunidades. Hay que preguntarse por las fuerzas que puedan engendrar nuevos movimientos sociales que den objetivos de solidaridad, diversidad y animación de una política del sujeto. Touraine considera que los principales actores políticos del futuro próximo no serán ni los trabajadores ni los ciudadanos, sino individuos o grupos que tratarán de combinar una experiencia cultural privada con la participación en el universo de la acción instrumental. No se trata de categorías sociales objetivamente definidas. Los jóvenes, las mujeres, los inmigrantes, los miembros de minorías, los defensores del entorno son los actores más manifiestos. Estos se esfuerzan más consecuentemente por actuar y ser reconocidos como sujetos.

Los movimientos sociales culturales son hoy más democráticos en su orientación principal porque nos llaman a vivir junto con nuestras diferencias, animados por un deseo de ser sujetos. Hemos salido de un periodo donde los movimientos sociales se definían sobre todo por lo que combatían (anticapitalistas, anticolonialistas, antimachistas...) Hoy no se pueden constituir sino a partir de una propuesta positiva: la libertad de una existencia responsable y benéfica. No identificamos fácilmente a los grupos que dirigen el mundo, pero sí percibimos la exclusión, la miseria, el

hambre. Las acciones colectivas están menos armadas de análisis económicos que de convicciones morales. Los movimientos societales buscan la libertad y la justicia, no el poder. Una de las razones por las cuales la acción colectiva no se organiza y el deseo de subjetivización no se transforma en un movimiento social y en una acción política, es que el campo político está todavía ocupado por los representantes de los viejos movimientos sociales en vías de desaparición. Los partidos y los sindicatos ligados a grandes conflictos de la sociedad industrial (sean de derecha o de izquierda) se han convertido en agentes de gestión de cambios impuestos por las transformaciones de la economía mundial. Para que se formen nuevos actores sociales hace falta que se reconozca la existencia de un nuevo tipo de sociedad.

La ideología dominante hoy representa al mundo como un conjunto de flujos incontrolables, en permanente transformación, lo que lleva a juzgar imposible la integración de nuevos movimientos sociales o cualquier acción reformadora. La acción colectiva reposa, al contrario, sobre la voluntad de cada individuo, grupo o nación de actuar sobre los hechos económicos, de construir y transformar su identidad e integración y de defender un ideal de solidaridad (Touraine, 1997). Se puede considerar que estos últimos aportes son los más novedosos y retadores.

#### *Los aportes de Melucci*

Un discípulo de Touraine, Alberto Melucci, ha ensayado vías propias de acceso a los movimientos sociales. A mediados de los setenta resaltaba los movimientos sociales de clase, aunque llamaba la atención acerca de nuevas acciones colectivas en torno a la vejez, la enfermedad o en defensa de la naturaleza. Como su maestro, exhortaba a no confundir los movimientos sociales con otras acciones colectivas. Definía a los primeros como una acción colectiva conflictiva en la medida que implicaba la lucha de dos adversarios en la que cada uno se caracterizaba por una solidaridad específica y

se oponía al otro por la apropiación y destino de los recursos y valores sociales. Anotaba que para que una acción colectiva pasara a ser movimiento social se requería que el comportamiento de los actores quebrara las normas institucionalizadas en roles sociales y desbordara las reglas del sistema político (Melucci, 1978).

Por sus investigaciones de la década de los ochenta, constató que la acción colectiva se había ido separando cada vez más de la forma política común a los movimientos de oposición tradicional y que se encaminaba, en los países altamente industrializados, hacia el campo cultural. Contrastó sus descubrimientos con los de su maestro, y precisó que tanto Touraine como Habermas, basados en enfoques sistemáticos, habían tratado de establecer un vínculo entre las nuevas formas de conflicto y la estructura del capitalismo postindustrial.

Melucci destacó que los análisis tenían que concentrarse más en las relaciones sistemáticas que en la lógica de los actores. Su definición de movimientos resaltaba que no eran cosas, sino sistemas de acción que operaban en un campo sistémico de posibilidades y límites en una conjugación de orientaciones y significados plurales. Se adhería a los postulados que sostenían que los movimientos tenían que ser estudiados como construcciones sociales. Proseguía con la visión de que eran una forma de acción colectiva basada en la solidaridad que mantenía un conflicto y que rompía con los límites del sistema en el que ocurría la acción. La distinción clara del movimiento era respecto a las protestas. Insistía en que los conflictos sociales se desplazaban del sistema tradicional económico-industrial hacia los campos culturales. Y a los fenómenos novedosos que estaban emergiendo prefería llamarlos áreas o redes de movimiento. Éstas permitían afiliaciones múltiples y militancias parciales. La forma de estos nuevos movimientos constituían en sí un mensaje (Melucci, 1989). Llamaba a no entraparse en la discusión de si lo que estaba apareciendo era o no un nuevo movimiento social. Era mejor reconocer la pluralidad de significa-

ciones y de formas de acción que implicaban diferentes orientaciones. El espacio simbólico era múltiple y discontinuo. Las redes estaban compuestas por una multiplicidad de grupos sumergidos en la cotidianidad, y emergían para demandar algo puntual (Melucci, 1986). Estos aportes los profundizó después en un libro. Anotó que los movimientos sociales eran construcciones sociales heterogéneas y frágiles, que los conflictos se iban concentrando más en lo individual, y que las movilizaciones ya no se preocupaban tanto por la producción y distribución de recursos. Los movimientos operaban como signos, como mensajes. Destacó que estos movimientos nuevos eran redes invisibles de pequeños grupos sumergidos en la vida diaria. Y constituían retos simbólicos. El movimiento social no debía tener un sujeto unificado. Argumentó que se trataba de un concepto analítico que designaba una clase específica de fenómenos colectivos que contenían el reconocimiento mutuo de los actores de que eran parte de una unidad (solidaridad), el compromiso en un conflicto en la oposición con un adversario que perseguía los mismos bienes o valores, y que rompía los límites de compatibilidad del sistema.

Melucci se separó de la concepción de clases y lucha de clases, por un lado, y del intercambio y la decisión racional, por el otro. Prefirió ver la acción como forma simbólica (Melucci, 1988). Llamó la atención acerca de la latencia de la acción colectiva en las múltiples redes de la vida cotidiana. A la acción colectiva de finales de la década de los ochenta la veía como realidad multidimensional. Según él, los movimientos contemporáneos no estaban guiados por el sentido de que cumplían una misión universal, no tenían metas de largo plazo. Parecían nómadas que moraban en el presente (Melucci, 1994: 69-80).

Melucci anotó que los movimientos sociales y los partidos políticos eran dos formas de acción desarrolladas por los sistemas modernos. Los movimientos no podían ser encuadrados en la pura espontaneidad. Quebrantaban las reglas de juego. Propuso dejar

abierta la pregunta sobre la naturaleza sistémica de los conflictos (Melucci, 1995: 225-233). Más recientemente, en la época de la planetarización, tenemos a la vista muchos datos, pero carecemos de instrumentos para una interpretación adecuada. Ha revisado su participación en la teorización acerca de los movimientos sociales y reconocer que ha contribuido ha alimentar un malentendido. Afirma que el debate acerca de la novedad o no de movimientos sociales es inútil. El problema no está en su novedad o antigüedad, sino en la identificación de las formas de acción, que a finales del siglo xx ya no pueden ser explicadas en su totalidad en el cuadro de categorías de la sociedad industrial. Exhorta a dar un salto cualitativo en la utilización de conceptos. Ahora los nuevos movimientos se ocupan de cuestiones fundamentalmente planetarias, globales. Hay lógicas de dominación y múltiples construcciones de sentido que los actores fabrican gracias a los recursos de los cuales disponen. Los movimientos sociales nacen en el punto de juntura de esta construcción de sentidos y de la lógica de dominación en el momento en que la construcción autónoma de individuos y de grupos es reprimida por políticas que intervienen en los procesos cotidianos.

Insiste en no buscar los movimientos sólo en las acciones manifiestas. El movimiento social se forma antes. Si los movimientos sociales no están, al menos en el primer plan, constituidos por actores políticos o por sujetos históricos globales, sino por fenómenos compuestos de numerosos elementos diferentes, y si su cualidad finalmente nueva consiste en volver visibles y en permitir nombrar los dilemas fundamentales de la sociedad compleja, entonces, el conocimiento por el que estos fenómenos nuevos son reconocidos y el lenguaje con el cual son nombrados son componentes importantes (Melucci, 1995: 433-448). Según él, la pugna por la producción y reapropiación del significado parece constituir el núcleo central de conflictos contemporáneos (Melucci, 1994). Prefiere el término de movimientos contemporáneos (Melucci,

1996: 291-310). Melucci ha recalcado que la fuerza de los movimientos está en su mensaje y no en el aparato. Previene en contra de la reificación tanto de la identidad como de los movimientos. Se trata, dice, no de cosas, sino sistemas de acción, redes complejas en torno a diferentes niveles y significados de la acción social. Estamos ante categorías analíticas. Subraya que tienen que ver con los problemas de la vida social diaria que tocan lo más sensible de la cotidianidad. Melucci ha recalcado lo novedoso que resulta la observación de la experiencia cotidiana, la indagación acerca de la representación del espacio y el tiempo, también sobre la relación entre posibilidad y realidad. Ha tratado de conectar los movimientos sociales y las necesidades individuales de la sociedad contemporánea. Ha hecho ver cómo la identidad se restablece y se renegocia. Destaca que la identidad resulta un remedio en contra de la opacidad de las relaciones sociales. Refuerza su punto de vista de que los movimientos sociales son el área en donde los problemas de la vida cotidiana son experimentados en sociedad. Los movimientos tocan los más sensibles mecanismos de la sociedad en las formas de resistencia e innovación. Recalca que, como profetas del presente, los movimientos hablan antes..., anuncian un cambio que está próximo. Trascienden lo particular para hablar a todos. Los movimientos contemporáneos asumen la forma de redes de solidaridad con significados culturales, y eso es lo que los distingue de los actores políticos y de las organizaciones formales.

Como ha proseguido la discusión acerca de «nuevos movimientos sociales», Melucci aclara que lo nuevo sigue siendo una categoría abierta; que los fenómenos colectivos emergentes no pueden ser tratados simplemente como reacciones a la crisis o por demandas contra la exclusión; son síntomas de conflictos antagónicos. Los nuevos actores todavía hablan con el viejo lenguaje, pero cambian la separación entre público y privado. En las sociedades complejas, el poder se ha hecho impersonal, las demandas colectivas no asumen la forma política. Insiste en que la noción de movi-

miento social es una categoría analítica referida a una específica acción colectiva que invoca solidaridad, hace manifiesto un conflicto que rompe con los límites del sistema, y que en los movimientos contemporáneos adquiere una dimensión cultural (Melucci, 1996).

### *Lo destacable en la era de la globalización*

Como ha sucedido con conceptos muy utilizados en la sociología, en el de movimientos sociales no ha habido un acuerdo, y proliferan las definiciones. Giddens, dice que los objetivos de los nuevos movimientos sociales son dispares y a veces opuestos entre sí, que hoy hay confusión e incertidumbre. Pero ante la interrogante de si se debe aceptar el mundo como es con todas sus injusticias, responde que hay que reparar solidaridades, reordenar la vida individual y colectiva, reconciliar la autonomía con la interdependencia, lograr una política generativa que una al Estado con la movilización reflexiva en la sociedad en general. Se destaca que en la situación de la interdependencia mundial hay valores que no se pueden desdénar, como son el de la vida humana y el derecho a la felicidad (Giddens, 1996). Pero llama la atención sobre el hecho de que a veces los movimientos sociales son encabezados por demagogos que pueden crear una identificación emocional y que propician formas totalmente diferentes a la propuesta de una democracia dialogante.

No hay un término unificado para definir los movimientos sociales. Se hacen llamados para pensarlos de manera relacional como espacios donde se expresan y cristalizan identidades colectivas, como construcciones simbólicas. Se hacen precisiones para anotar que no nacen mecánicamente de la acumulación de frustraciones sociales. Se insiste en que son una constante en la vida social y un fenómeno que no cesa de cambiar.

De estos procesos complejos no hay un saber definitivo (Neveu, 1996). Se ha escrito que las vertientes funcionalistas, tan-

to en sus expresiones de derecha como de izquierda, hablan de movimientos sociales para caracterizar conductas contestatarias que ponen en cuestión el orden social y que son resultado de disfuncionamiento o de crisis de sistemas. Hay otras tradiciones deudoras de las conceptualizaciones de la teoría de movilización de recursos. Pero en los momentos de la globalización se ha visto que cada corriente destaca puntos de vista atendibles. Si los tratamientos clásicos de la acción colectiva estaban determinados por lo estructural o por la toma de conciencia, en los ochenta se destacó que dejaba de ser perceptible un conflicto central en la sociedad. Se cuestionó si lo que emergió (y luego se desdibujó) era catalogable como grupos de presión, cruzadas morales o verdaderos nuevos movimientos sociales (Eder, 1989). Se ha ido estudiando éstos en torno a orientaciones culturales y normativas (Chazel, 1993). Los movimientos sociales cambian a la sociedad al proporcionarle un modelo cultural alternativo, un orden moral para institucionalizarlo. Son acciones colectivas que tratan de defender estándares normativos intrínsecos en contra de desarrollos elitistas. Se ha subrayado que en cada una surge un movimiento específico (Eder, 1987: 71-85), que los nuevos movimientos sociales tienden a forjar una autoimagen, a adoptar rasgos transfuncionales y a no pretender el dominio de la personalidad total de sus seguidores. Se van organizando en torno a uno o pocos temas y no proponen grandes programas (Heller y Feher, 1987).

Se planteó un debate que pronto se agotó en torno a si los nuevos movimientos (por ejemplo de mujeres) eran ya añosos, y si los llamados clásicos (obreros) eran más bien transitorios. Se ha llamado la atención en cuanto a que los nuevos movimientos son versiones contemporáneas de los contestatarios análogos a los del pasado. Hay llamados a la moralidad y a los sentimientos de justicia. Se recalcó el carácter antisistémico de movimientos con un potencial crítico grande y se pidió a los investigadores que tuvieran en cuenta los ciclos de los movimientos (Gunder y Fuentes, 1995:

37-60). Se ha recordado que los movimientos característicos de la etapa industrial han sido los obreros institucionalizados en sindicatos y que los llamados nuevos movimientos sociales han traspasado las políticas institucionalizadas, que van más allá de los intereses clasistas. No se inscriben tanto en demandas totales, sino en cuestiones particulares; no se preocupan por el poder estatal ni por las instituciones; privilegian las nuevas formas de comunicación masiva (Tarrow, 1991). Se advirtió que la sociología clásica había reposado sobre el principio de la identidad del actor y del sistema, mientras que en los últimos tiempos se ha caído en la cuenta de que el sujeto no se daba directamente, que aparecía cuando el actor no se podía reducir ni a sus roles ni a sus intereses. Se adujo que autonomía, resistencia, compromisos, solidaridades y conflictos tenían que ver con actores que construían capacidades retadoras. El sujeto es el resultado de una combinación conflictiva entre racionalización y subjetivización. Los fenómenos de fragmentación y anomia, ante todo, problematizan las tradicionales concepciones de movimientos sociales. Las identidades son inestables y cambiantes. Hay muchas dificultades para ubicar un adversario social central bien definido. Las sociedades se dualizan, por una parte, y, por otra, se fragmentan. Las exclusiones aumentan. Hay ambivalencias inherentes a la estructura social. Hay un conjunto abierto de acciones individuales y colectivas que intervienen de manera autónoma sobre problemas variados (Dubet y Wieviorka, 1995).

Hubo quienes prefirieron tipificar los movimientos como populares, sociales y antisistémicos ante la creciente mundialización. Se hizo ver cómo viejos y nuevos movimientos se han colocado no sobre el terreno exclusivo de la conquista del Estado, sino en otra concepción del poder social. Se busca, más que el poder estatal, la autonomía. Muchos movimientos tienden a rechazar cualquier forma de autoritarismo. Se plantea un poder popular atravesado por la multiplicidad de intereses divergentes más allá de su convergencia antisistémica. Aparecen movimientos que reivindi-

can la identidad comunitaria. Hay emergencia de movimientos culturalistas. No pierden su carácter antisistémico en cuanto combaten deficiencias del sistema imperante (Amin y otros, 1991). Mientras en los años setenta, los movimientos tenían cierto interés cultural con invocación a valores universales y prácticas locales y nacionales, en los últimos años se han centrado más en el aspecto ético y local, aunque también se han ido globalizando (Hegedus, 1990: 19-31).

#### *Los movimientos sociales y América Latina*

Además de los planteamientos hechos por Touraine sobre Latinoamérica, hay una gran cantidad de escritos e investigaciones en los que se intenta dar cuenta cómo se han ido construyendo movimientos sociales en este continente.<sup>1</sup> Hubo en los ochenta una esperanza de transformación a través de emergentes movimientos sociales (Calderón, 1987). Los acontecimientos tuvieron que acotar estas expectativas. Entonces vino el cuestionamiento de si los nuevos movimientos sociales eran portadores de una nueva historicidad. Algunos prefirieron analizarlos como entramados simbólicos de la sociedad (Nivón, 1994). Se destacó la posibilidad de nuevas formas de apropiación cultural. Parecía ser que los movimientos sociales de orientaciones más expresivas y simbólicas—como los étnico-culturales, comunitarios urbanos, de género, de derechos humanos, etcétera—podrían tener un mayor potencial de expre-

<sup>1</sup> A manera de ejemplo se podrían citar: J. Nash, «Interpreting social movements: Bolivian resistance to economic conditions imposed by the I. M. F.», *American Ethnologist*, núm. 2, vol. 19, mayo, 1992: 275-293; A. de Franco, «L'action locale: une nouvelle option de participation ethico-politique», *Alternatives Sud*, núm. 4, vol. 1: 143-152; Susan Eckstein (comp.), *Power and popular protest: Latin American social movements*, Berkeley, University of California Press, 1989.

sar demandas de modificación institucional con importantes repercusiones sistémicas, mientras que otros con acciones orientadas a satisfacer necesidades puntuales de bienes materiales (obreros, campesinos, estudiantiles, entre otros) centrarían sus demandas de modificación institucional en el ejercicio o ampliación de sus derechos ciudadanos.

Se ha vuelto a precisar que no todo lo que se mueve en la sociedad es un movimiento social, que éste posee una estructura participativa como consecuencia de su propio objeto y experiencia de vida, organización y lucha, su propia temporalidad definida por su acción, formas en el espacio cultural y efectos sociales específicos como resultado de un campo de conflictos, que los nuevos movimientos cuestionan el poder concentrado (Calderón, 1995). Los límites y las posibilidades de la emergencia de luchas populares se han estudiado en un contexto de heterogeneidad y fragmentación de intereses (Fernández, 1991). Pese a que se ha escrito mucho sobre movimientos sociales, todavía hay la queja de que su teorización es débil.<sup>2</sup> El concepto de Camacho sobre movimientos sociales sigue siendo útil para las investigaciones en América Latina. Camacho distingue entre movimientos sociales y populares. Los primeros tienen que ver con una dinámica que se genera en la sociedad, orientada a la defensa de intereses específicos; la acción cuestiona las estructuras de dominación prevalecientes; la organización es indispensable. Hay movimientos sociales particulares y unificados. El movimiento popular se constituye cuando los movimientos populares confluyen dinámicamente en la lucha por transformar el orden social y terminar con la explotación. Si a esto se le añade lo relativo a la exclusión, el concepto mostrará utilidad actual (Camacho y Menjívar, 1989).

<sup>2</sup> Cfr. *Alternatives Sud*, núm. 4, vol. 1, 1994, publicación centrada en los movimientos sociales en América Latina.

### *Nuevas perspectivas*

El mundo ha cambiado tanto y de forma tan radical que también las teorizaciones han sufrido corrimientos. Existe una profunda crisis ecológica, cambios en las formas de acumulación de capital, transformaciones con la revolución de la microelectrónica y la informática, cambios en las clases sociales, nuevas formas de dominación y exclusión.

Los cambios revolucionarios en las formas de producción, que se están operando como consecuencia del avance de la nueva revolución industrial, están modificando las reglas que hasta ahora imperaban en la sociedad capitalista. En el mundo que surge, rápidamente irá desapareciendo la clase obrera y, con ella, el capitalismo tradicional que conocíamos basado en el mercado y en la mano de obra, que funcionaba en él como mercancía... (Schaff, 1995/1996: 4073:51).

Desaparece también la plusvalía en el sentido marxiano del término. Predomina una dictadura de los grandes consorcios transnacionales. Las clases sociales del futuro serán diferentes a las que estábamos acostumbrados a analizar. Gran parte del poder se ha ido concentrado en muy pocas manos. Las esperanzas de que los nuevos movimientos sociales contribuyeran a una rápida y sólida democratización se han ido esfumando (Hellman, 1995: 165-183). No obstante, en este convulso panorama han ido apareciendo y reformulándose nuevos movimientos sociales. Hay construcción de identidades en contra de explotaciones y exclusiones (Vilas, 1995: 61-89), así como constitución de otro tipo de actores colectivos (Estrada, 1995). Sin duda, hay incertidumbre sobre lo que es la nueva sociedad. Un futuro mejor para las mayorías se ve muy difícil. Prevalece la manipulación de medios y mensajes. Las organizaciones que antes funcionaban ahora resultan inoperantes. Se llama a examinar no sólo por qué surgen y cómo se constituyen los movimientos sociales, sino cuáles son sus impactos (tanto internos

como externos). Habría que calibrar cómo los movimientos combinan lógicas instrumentales y de identidad. La planetarización cambiará el papel de los Estados y también de los movimientos (Kriesi y otros, 1995). Los últimos se han ido formando aprovechando las estructuraciones de la sociedad en redes y flujos nuevos (Riechmann y Fernández, 1994).

Si bien no hay un impulso centralizador, en la globalización emerge una gran cantidad de demandas que tienen que ver con la imposición de normas económicas y políticas provenientes de núcleos transnacionalizados y concentradores de poder. No se ha articulado una lucha frontal contra la denominada política neoliberal, que ha aumentado la pobreza y la exclusión, pero aparecen muchas modalidades de demandas susceptibles de encontrar convergencias. Éstas no serán comandadas por un sujeto histórico, vanguardista y portador de misiones históricas, pero en las confluencias reticulares se irán fraguando sujetos y movimientos que pugnen por transformar la situación opresiva. Habría que tener en cuenta que si no es perceptible un sujeto retador único por parte de los depauperados, el núcleo poderoso mundial, aunque inasible por ahora, se encuentra ubicable. La defensa de los intereses de los de abajo están desarticuladas, pero se van constituyendo conjunciones por redes en áreas específicas. La movilización no es general, pero las minorías activas se multiplican y son muy imaginativas en cuanto a lograr protestas simbólicas que impacten. Han sabido utilizar los medios y las formas de la misma globalización. Mientras la vida misma del planeta esté amenazada y la supervivencia y la dignidad de millones de seres humanos se encuentren en peligro, las posibilidades de emergencia de movimientos sociales de nuevo cuño se multiplicarán. Un ejemplo de esto lo constituyen las nuevas redes de los llamados organismos no gubernamentales.

La clásica relación entre lo objetivo y lo subjetivo no puede desdeñarse. La visión estructuralista extrema, de sistemas sin sujetos, no ha podido resistir el examen desde el acontecer de la histo-

ria. Las percepciones historicistas e iluministas también han sido abandonadas. Los acercamientos desde los voluntarismos transformadores se han estrellado contra los entramados mutantes de sistemas de dominación. Las definiciones maximalistas y puristas, deudoras de modelos de las grandes revoluciones políticas en el marco de la segunda revolución industrial, ya no operan en el contexto de las modificaciones de un profundo y estrujante cambio de época. No obstante, las conceptualizaciones simplificadoras alentadas por el llamado posmodernismo tampoco están aportando elementos para entender lo que sucede. Los sistemas se reformulan. Hay actores que entienden que los cambios deberían ir en el sentido del beneficio de las mayorías. Van percibiendo que su actuación no puede desarrollarse sino condicionada por lo sistémico. Pero también han ido analizando que esos sistemas tampoco son perennes, y que su pujanza no equivale a que sean imbatibles. Las clases se han trastocado, han aparecido otras formas no imaginadas; pero lo clasista, aunque no defina todo el espacio social, prosigue. Los estados nacionales se debilitan y son acotados por la mundialización. No obstante, persiste, aunque en otros términos, la dialéctica entre gobernados y gobernantes, entre productores y consumidores, demandantes de bienes por el hecho de ser humanos y los que gozan y abusan de bienes esenciales para la vida.

Un cuestionamiento fundamental tiene que ver con la posibilidad de que esta estructuración que se está fraguando aplaste todo reto. Lo emergente replantea las articulaciones de los elementos sistémicos y su traducción en vida cotidiana. Hay incertidumbre sobre el futuro inmediato y aun sobre el presente. Los viejos mapas dejaron de servir porque cambiaron sitios y distancias sociales. Pero esto no invalida incursiones de parte de los que han resultado dañados, perjudicados con la mundialización expoliadora y segregadora.

El pulular de lo popular, sus enraizamientos y latencias en la vida diaria apuntan hacia las posibilidades también de nuevos mo-

vimientos sociales acordes con las modalidades de la actualidad. Lo que es sintomático es que, aunque formas ya ensayadas de movimientos sociales puedan debilitarse y aun desaparecer, hay un continuo emerger de ensayos de expresión. Esas pulsiones demandan penetrantes análisis. Se requiere una redefinición de lo que constituye un movimiento social. Las fragmentaciones no han impedido la búsqueda de articulaciones reticulares desde debajo de la misma sociedad. Hay condiciones para que emerjan convergencias. La discusión que se ha ido dando es base para avanzar. Se tiene que llegar a un concepto analítico y no reificador. La médula antisistémica parece que no puede dejar de existir. Es indispensable saber descubrir los impulsos literarios. El estudio no puede contentarse con un corte sincrónico. Esto puede conducir a errores. Hace falta ver los procesos. Si bien no está garantizada ni la emergencia, ni menos la seguridad de su éxito, la constitución de un movimiento popular de nuevo tipo parece factible. Habría que percibirlo en sus actuales tímidas expresiones. Si se han agotado tácticas anteriores, aparecen innovadoras y simbólicas formas de lucha. Éstas no sólo se circunscriben a soluciones puntuales. Las redes van concientizando sobre la necesidad de búsquedas más globalizadoras, acordes con la época. La continua formación de actores colectivos apunta hacia la formación de posibles movimientos sociales que puedan responder a lo que se ha ido estructurando a finales del siglo XX.

\* \* \*

#### BIBLIOGRAFÍA

- ADORNO, THEODOR W. y otros (1986). *Teoría crítica del sujeto*. Madrid: Siglo XXI.
- AMIN, SAMIR y otros (1991). *Le grand tumulte? Les mouvements sociaux dans la économie-monde*. París: Editions La Découverte.
- CALDERÓN FERNANDO (comp.) (1987). *Los movimientos sociales ante la crisis*. Buenos Aires: CLASCO/IISUNAM.

- (1995). *Movimientos sociales y política. La década de los ochenta en Latinoamérica*. México: Siglo XXI.
- CAMACHO, DANIEL y R. MENJIVAR (coords.) (1989). *Los movimientos populares en América Latina*. México: Siglo XXI.
- CHAZEL, FRANCOIÇE (dir.) (1993). *Action collective et mouvements sociaux*. París: PUF.
- CROZIER, MICHEL y E. FRIEDBERG (1990). *El actor y el sistema. Las restricciones de la acción colectiva*. México: Alianza.
- DUBET, FRANCOIÇE y MICHEL WIEVIORKA (eds.) (1995). *Penser le sujet*. París: Fayard.
- EDER, KLAUS (1987). «Un nuevo movimiento social», *Acta Sociológica*, núm. 1, agosto-octubre, pp. 71-85.
- (1989). «¿Cruzadas morales, grupos de presión o movimientos sociales?», *Política*, núm. 14, agosto.
- (1993). *The new politics of class: social movements and cultural dynamics in advanced societies*. Londres: Sage.
- ELSTER, JON (1995). *Psicología política*. Barcelona: Gedisa.
- ESTRADA, MARGARITA (1995). *Participación política. Actores colectivos*. México: UIA y pyv.
- FERNÁNDEZ, ARTURO (1991). *Movimientos sociales en América Latina*. Buenos Aires: Rel.
- GIDDENS, ANTHONY (1991). *Modernity and self-identity*. Stanford: Stanford University Press.
- (1996). *Más allá de la izquierda y la derecha*. Madrid: Cátedra.
- GUILLEM, J. MANUEL (1994). *Los movimientos sociales en las sociedades industriales*. Salamanca: Eudema.
- GUNDER FRANK, ANDRE y M. FUENTES (1995). «El estudio de los ciclos de los movimientos sociales», *Sociológica*, núm. 28, mayo-agosto, pp. 37-60.
- HABERMAS, JÜRGEN (1989). *Teoría de la acción comunicativa: complementos y estudios previos*. Madrid: Cátedra.
- (1990). *Pensamiento posmetafísico*. México: Taurus.
- HEGEDUS, ZSUZSA (1990). «Social movements and social change in

- self-creative society: new civil initiatives in the international arena globalización, knowledge and society», *International Sociology*, núm. 1, vol. 4, pp. 19-31.
- HELLER, AGNES y F. FEHER (1987). «Del rojo al verde», *La Jornada*, abril.
- HELLMAN, JUDITH ADLER (1995). «The ride of new social movements: who they are and what they do», en S. Halesbsky y R. L. Harris. *Capital, power and inequality in Latin America*. Oxford: Westview Press, pp. 165-183.
- KRIESE, HANSPEROV y otros (1995). *New social movements in Western Europe*. Londres: UCL Press.
- LUHMANN, NIKLAS (1991). *Sistemas sociales*. México: UdeG/UIA.
- — — (1990). *Sociedad y sistema: la ambición de la teoría*. Barcelona: Paidós.
- MCADAM, DOUG (1982). *Political process and the development of black insurgency, 1930-1970*. Chicago: University of Chicago Press.
- MELUCCI, ALBERTO (1978). «Société en changement el nouveaux mouvements sociaux», *Sociologie et Société*, núm. 2, vol. x, Montreal.
- — — (1986). «Getting involved. Identity and mobilization in social movements», mimeografiado.
- — — (1986). «Everday life and collective action», mimeografiado.
- — — (1988). *New social movements*, Londres: Hutchinson.
- — — (1989). «El reto simbólico de los movimientos contemporáneos», *Política*, núm. 14, agosto.
- — — (1989). *Normads of the present. Social movements and individual needs in contemporary society*. Filadelfia: Temple University Press.
- — — (1994). «¿Qué hay de nuevo en los nuevos movimientos sociales?», en E. Larana y J. Gusfield. *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*. México: CIES.
- — — (1995). «El conflicto y las reglas: movimientos y sistemas políticos», *Sociológica*, núm. 28, mayo-agosto, pp. 225-233.
- — — (1995). «Individualización y globalización: ¿más allá de la modernidad?», en F. Dubet y M. Wiewiorka (eds.) *Penser le sujet*. París: Fayard, pp. 433-448.

- — — (1996). «Individualización y globalización. Perspectivas teóricas», *Estudios Sociológicos*, núm. 41, mayo-agosto, pp. 291-310.
- — — (1996). *The playing self. Person and meaning in the planetary society*. Cambridge: Cambridge University Press.
- — — (1996). *Challengin codes. Collective action in the information age*. Cambridge: Cambridge University Press.
- — — y otros (1994). «Isoggetti, della memoria», *Inchiesta*, octubre-diciembre.
- NEVEU, ERIK (1996). *Sociologie des mouvements sociaux*. París: La Découverte.
- NIVÓN EDUARDO (1994). «Cultura urbana y movimientos sociales», tesis de maestría. México: ENAH.
- RAMÍREZ SÁIZ, JUAN MANUEL (en prensa). *¿Qué es un movimiento social? Teoría y metodología para su estudio*.
- RIECHMANN, JORGE y FRANCISCO FERNÁNDEZ BUEY (1994). *Redes que dan libertad. Introducción a los nuevos movimientos sociales*. Barcelona: Paidós.
- SCHAFF, ADAM (1995/1996). «La nueva izquierda busca un nuevo socialismo», *Dialéctica*, núm. 28, invierno, pp. 40-51.
- SMELSER, NEIL J. (1962). *Theory of collective behavior*. Nueva York: Free Press.
- TARROW, SIDNEY (1991). *Struggle, politics and reform: collective action, social movements, and cycles of protest*. Ithaca: University Cornell.
- TILLY, CHARLES (1995). «Los movimientos sociales como agrupaciones históricamente específicas de actuación política», *Sociológica*, núm. 28, mayo-agosto, pp. 13-36.
- TOURAINÉ, ALAIN (1973). *Struggle, production de la société*. París: Seuil.
- — — (1978). *La voix et le regard*. París: Seuil.
- — — (1980). *La prophétie anti-nucléaire*. París: Seuil.
- — — (1982). *Solidarité. Analyse d'un mouvement social. Pologne 1980-1981*. París: Fayard.
- — — (1984). *Le retour de l'acteur*. París: Fayard.
- — — (1987). *Actores sociales y sistemas políticos en América Latina*. Santiago: PEALC.

- (1987). *The workers' movement*. Nueva York: Cambridge University Press.
- (1988). *La parole et le sang*. París: Editions Odile Jacob.
- (1992). *Critique de la modernité*. París: Fayard.
- (1993). «La sociología de la acción en América Latina», en Ricardo Pozas (coord.). *Las ciencias sociales en los años noventa*. México: UNAM.
- (1994). *Qu'est-ce que la démocratie?* París: Fayard.
- (1995). «La formación de sujeto», en F. Dubet y M. Wieviorka (eds.). *Penser le sujet*. París: Fayard, pp. 21-45.
- (1995). *Diálogos*. México: UIA.
- (1996). «Prefacio», en Sergio Zermeño. *La sociedad derrotada*. México: Siglo XXI.
- (1997). *Pourron-nous vivre ensemble? Egaux et différents*. París: Fayard.
- y otros (1978). *Lutte étudiante*. París: Seuil.
- VILAS, CARLOS (1995). «Actores, sujetos, movimientos: ¿dónde quedaron las clases?», *Sociológica*, núm. 28, mayo-agosto, pp. 61-89.

## *La formación de la acción colectiva en el nuevo modelo de desarrollo*

FRANCISCO ZAPATA  
[El Colegio de México]

La transición entre modelos de desarrollo implica un cambio en la relación histórica entre la esfera económica, el sistema político y la sociedad civil. Es decir, si partimos de la premisa de que un modelo de desarrollo incorpora un tipo determinado de sistema de acumulación, un marco institucional regulador del primero con respecto al cual se define la acción social, estando el primero identificado con la economía, el segundo con el sistema político y el tercero con las diversas formas de acción colectiva (Tarrés, 1992), entonces la transición entre modelos e esencialmente una rearticulación entre esos tres componentes.

Son muchos los cambios que ocurren durante la transición mencionada. Afectan a múltiples actores, modifican formas de acción y redefinen los modelos de inserción de las personas en la estructura social. En otras palabras, impacta de lleno la articulación entre economía, política y sociedad vigente en muchos países durante la posguerra (Zapata, 1996).

Lo que ocurrió y está ocurriendo con el sentido de la acción colectiva en esta transición es relevante. Durante el modelo de desarrollo de la sociedad de producción,<sup>1</sup> las luchas sociales buscaron

<sup>1</sup> Véase más adelante acerca de la distinción entre sociedad de producción y sociedad de información, elaborada por Alberto Melucci (1996).

la institucionalización y la entrada al sistema político en un contexto de expansión económica. Se trataba de alcanzar un nivel más alto de participación en los logros de la dinámica económica.

Por ello, las luchas por el salario, la seguridad social, la vivienda y otros benefactores estuvieron sujetas a movilizaciones políticas que fueron el instrumento que permitió que diversos grupos sociales mejoraran su capacidad de negociación y lograran los objetivos de participación mencionados. Una vez cumplidos esos propósitos, las presiones sobre ese modelo se exacerbaron y al final originaron una crisis que se sumó a la que afectó al modelo en general, aunada a los cambios estructurales involucrados en la transición entre modelos de desarrollo.

Para paliar los efectos de esa crisis se introducen las prácticas que forman gradualmente lo que se ha llamado el modelo neoliberal,<sup>2</sup> identificado para nuestros fines con el nuevo modelo de desarrollo implantado en diferentes partes del mundo. Dicho modelo está asociado a una apertura generalizada de mercados, a la transformación de los sistemas organizacionales en las empresas, así como a una concepción desburocratizada de las actividades de la reproducción social. Se trata también de un modelo que busca descorporativizar la articulación de intereses y definirlos con base en la individuación.

<sup>2</sup> Es el Banco Mundial el que dirige el proceso mencionado, tanto conceptual como políticamente, al presionar a los países que solicitan créditos a adoptar las políticas mencionadas. En diversos informes de dicha institución aparecen recomendaciones de ese tipo. Véase, por ejemplo, Banco Mundial, *El mundo del trabajo en una economía integrada. Informe sobre el desarrollo mundial 1995*, Washington, en el que se presenta el argumento en cuestión con relación a la liberalización de los mercados de trabajo.

### 1 El nuevo modelo de desarrollo y la acción colectiva

En general, todo lo anterior puede concebirse como un cambio de la naturaleza del proceso de modernización del aparato productivo y de las relaciones sociales que se inició en el siglo XIX y que se frustró por la aparición de nuevas formas de corporación, vinculadas estrechamente al surgimiento del populismo en la década de los treinta. No se trata, entonces, sólo de una modernización económica o de una secularización de las relaciones sociales, como lo subrayaron los sociólogos clásicos o los que describieron el paradigma de la modernización (Germani, 1962), sino de algo que va más allá. Además, en la puesta en práctica de dicho modelo, la globalización de los sistemas de comunicación tiene un papel importante, ya que éstos son los medios para universalizar la nueva propuesta.

Las características del nuevo modelo de desarrollo que impactan centralmente la formación de la nueva acción colectiva son las siguientes:

a) La liberación económica (baja de aranceles, apertura al capital extranjero en las privatizaciones de las empresas de propiedad estatal, tratados de libre comercio).

b) La desregulación de los mercados de trabajo, tanto internos como externos, que se manifiesta en la eliminación de cláusulas favorables a la acción sindical en los contratos colectivos; la alineación de las políticas laborales (salarios, beneficios sociales, seguridad social) con los requisitos de la política macroeconómica.

c) La privatización de los servicios de salud, la municipalización de la educación primaria y la comercialización de la educación media y superior.

d) La transformación profunda de la relación histórica entre economía, política y sociedad, que había sido central en el modelo de desarrollo de la industrialización por sustitución de importaciones.

No obstante la significación que asumen los factores señalados, es también pertinente pensar que el fin de régimen soviético y

la crisis del proyecto socialista, así como la transformación de los sistemas políticos en varios países latinoamericanos hacia democracias concertacionistas y consensuadas, tienen un impacto en la forma que asume hoy la acción colectiva (Zapata, 1995).

También, y complicando aún más el panorama descrito, podemos suponer que la desaparición o pérdida de centralidad de los elementos del sistema productivo asociados al modelo de desarrollo centrado en la regulación estatal de la macroeconomía, fuertemente identificados con la organización fabril, con una administración jerarquizada y con el fordismo, que ligó productividad y remuneración, implica una transformación de las bases constitutivas de la acción colectiva.

En suma, las cuestiones coyunturales y los aspectos más universales de la transformación que experimentan las sociedades contemporáneas son relevantes para analizar el proceso de formación de la acción colectiva. Sin embargo, no es sólo por la descomposición de la sociedad de producción que podemos indagar acerca de este proceso, sino que tenemos que caracterizarlo para ver cómo sus elementos constitutivos afectan y condicionan la reconstrucción de la acción colectiva en la época y condiciones actuales.

En este sentido, y refiriéndonos específicamente a la acción colectiva animada por los trabajadores sindicalizados, sobresale el cambio tecnológico y sus correlatos en la organización de la producción y el trabajo. La relación entre el hombre y la máquina, para hablar en un lenguaje antiguo, se modifica de manera sustantiva cuando la operación del aparato productivo (incluyendo los servicios) se basa en la automatización de tareas que antes implicaban la intervención humana. La robotización, la computarización de los procesos de control de industrias como la petroquímica, el transporte y las transacciones financieras modifican radicalmente la intervención humana en esas actividades. Si bien no es posible afirmar que el hombre es relegado a un papel secundario —porque eso sería inexacto dada la función integradora que éste tiene en la ope-

ración de esos sistemas—, el lugar de la intervención humana cambia de contenido.

Por lo tanto, la articulación de los elementos constitutivos de la acción colectiva, como la identidad, la oposición y la totalidad, tiende a cambiar de forma y de contenido (Touraine, 1964 y 1965).

En primer lugar, la identidad ya no es la que dio lugar a la acción colectiva en la industrialización capitalista originaria. No se trata más de una acción inspirada en la escasez o en la protesta en contra de condiciones de vida intolerables (Touraine, Dubet y Wieviorka, 1984), sino de una asociada a la defensa de la calificación, al control de un oficio concebido como capacidad reflexiva o simplemente a la protesta en contra de la unilateralidad del ejercicio de la autoridad en las fábricas.

En segundo lugar, el carácter del adversario ya no es el del empresario capitalista o, en términos más generales, del poseedor del poder social que debe ser resistido; por ejemplo, las relaciones sociales en las fábricas se burocratizan y pierden el carácter de confrontación que pudieron tener. Dicho proceso, si bien ya se había verificado en la fase más evolucionada del modelo de desarrollo fordista, como lo atestigua, por ejemplo, la investigación del Alvin Gouldner sobre *La huelga salvaje* (Gouldner, 1954), o los trabajos de Peter Blau acerca de la burocracia industrial, se fortalece y generaliza en los años recientes.

El conflicto en la fábricas opone a administradores de empresa especializados en el manejo de las relaciones industriales, estrechamente ligados a funcionarios estatales a cargo de los aspectos políticos de las relaciones laborales, con dirigentes sindicales o delegados de fábrica, también asociados a estructuras sindicales cada vez más burocratizadas.

Además, el carácter tecnocrático de la toma de decisiones a nivel macrosocial subordina la acción política a decisiones burocrática de ministros, directores de empresa y gabinetes de asesoría; la clase política, anteriormente responsable ante los electores que

la elegían, no es más que correa de transmisión hacia las esferas del poder. Los sindicatos se valen por sí solos y su relación con los partidos políticos pasa a segundo plano.

Por último, la desaparición del adversario, concebido en los términos indicados, y la crisis del paradigma de la confrontación entre clases implica la ausencia de un principio de totalidad referido al lugar de la clase obrera en la sociedad. Es decir, la agregación de intereses que era favorecida por el modelo de desarrollo proteccionista es frenada radicalmente por las políticas neoliberales. La individualización consecuente implica que los intereses ya no se relacionan con una defensa colectiva del estatus social, o con peticiones para mejorar las condiciones de vida de toda una categoría social que tienen que ver con cuestiones personales y procesos de movilidad social individual. Lo que está en juego no es más que un proyecto colectivo cuyo promotor pudiera ser el sindicalismo.

Es suma, los elementos constitutivos de la acción colectiva se encuentran en crisis: ya no se articulan en la forma que adoptaron en el último siglo. Es necesario reflexionar acerca de la nueva forma que esos elementos adquieren. Si se profundizan las consecuencias que un modelo de ese tipo puede tener para la estructura económica y para las relaciones sociales que prevalecieron durante los últimos cien años, y si buscamos centrarnos en sus consecuencias para la acción de uno de los actores sociales más importantes de dicha época, estrechamente ligado a la primera modernización y a sus relaciones sociales, encontramos que:

a) El sindicalismo se ve marginado de los procesos de decisión política por la progresiva tecnocratización de las estructuras de autoridad.

b) Pierde vigencia la agregación de los intereses sociales asociados al mercado de trabajo industrial y a la generación de un actor de clase.

c) La precarización de las condiciones de empleo tiene como efecto la atomización de los sujetos productivos y la desaparición

de un principio de unidad que pudiera dar lugar a formas de acción colectiva.

Todo lo anterior conlleva la desarticulación de los elementos constitutivos de la acción colectiva vinculada a la sociedad de producción. Procede ahora indagar las nuevas formas que asume la acción colectiva en las condiciones estructurales que la gobiernan.

## II. *Movimiento social y nueva conciencia obrera*

a) La nueva articulación de los elementos constitutivos de los movimientos sociales. A partir de los elementos señalados, que describen el marco de referencia dentro del cual se insertan las consideraciones específicas del carácter de los movimientos sociales contemporáneos, es posible avanzar en la elaboración de lo que podría concebirse como acción colectiva en el nuevo modelo de desarrollo.<sup>3</sup>

Como lo plantea Khosrokhava,<sup>4</sup> si se parte de dos interpreta-

<sup>3</sup> En esta elaboración, podemos utilizar la evidencia proporcionada por algunas experiencias recientes, como el movimiento zapatista de Chiapas (enero de 1994); las huelgas en Francia (noviembre-diciembre de 1995), Brasil (junio-julio de 1996) y Argentina (mayo de 1996), y otros estudios de casos en diversos países del mundo. También es útil considerar movilizaciones más limitadas, como las que animaron los habitantes de Tepoztlán en México (1995) o las emprendidas en el Cajón del Maipo en Chile, en el mismo año. Ambas resistencias ligadas al movimiento ecologista por inversiones que tenían por objetivo la construcción de un club de golf (Tepoztlán) o de un gasoducto (Maipo).

<sup>4</sup> Véase Farhad Khosrokhava, «Les nouvelles formes de mobilisation sociales» en Alain Touraine *et al.*, *Le grand refus*, París, Fayard, 1996, pp. 195-246. La elaboración que sigue muy de cerca el argumento de este autor en el artículo del libro citado, dedicado a analizar las implicaciones de las huelgas que tuvieron lugar en Francia en noviembre y diciembre de 1995.

ciones de los movimientos sociales contemporáneos: a) la regresiva, que se identifica con la asimilación de intereses particulares con los generales y que posee rasgos arcaicos, negativos, que no se plantean desafíos generales con visión de futuro, y b) la positiva, según la cual los movimientos sociales contemporáneos son fenómenos colectivos en los que se ejerce una ciudadanía crítica que reclama el derecho al trabajo y que denuncia a unas élites cada vez más lejanas de la población a la que tratan como «cosas», es posible defender una interpretación intermedia en la que las personas se encuentran en un estado de indefensión que se deriva de la incapacidad para enfrentar las fuerzas desencadenadas por la globalización de la economía en las sociedades nacionales y de mantener una conciencia de lo colectivo en espacios en donde lo político ha perdido centralidad y se transforma en algo dedicado a la gestión de los desafíos de la globalización.

Por ello, las personas consideran que el sistema político ya no escucha a la sociedad, la que tampoco posee capacidad de actuar colectivamente para limitar los efectos de la disparidad social y de la fragilización del tejido social inducidos por los procesos ya señalados.

En este contexto, las formas de acción autónomas que aparecen en situaciones como las mencionadas en Francia, Brasil o Argentina o en los casos de México y Chile, no pueden considerarse formas degradadas de los movimientos sociales típicos de la industrialización capitalista clásica o, como las denomina Melucci, típicos de la sociedad de producción (Melucci, 1995 y 1996), de los cuales el prototipo fue el de carácter obrero.

Por el contrario, se trata de una nueva articulación entre los elementos constitutivos del movimiento social; la identidad se asimila a un vínculo subjetivo que busca limitar el impacto de la des-subjetivación que acarrea la privatización de los intereses individuales; la oposición se funda en una resistencia a la imposición de decisiones que hacen abstracción de la subjetividad de los actores y

no en la afirmación de la identidad de clase; la totalidad no está referida a la política o a la búsqueda de un proyecto alternativo, sino al rechazo, a la definición de un parteaguas, de una frontera a lo que las élites pueden imponerle a la sociedad.

En estas condiciones, la movilización social está desprovista de un sentido preestablecido, carece de una definición ideológica y no busca la institucionalización; tampoco pueden identificarse demandas que refieran a soluciones: se trata de resistir la imposición más que de proponer un proyecto alternativo. No está subordinada a un actor central ni posee «bases sociales» homogéneas. Se trata de movimientos heterogéneos, frágiles, efímeros y espontáneos, que se descomponen con rapidez. Están más cerca de la protesta que de la acción colectiva (Tilleule, 1993: 22). Son ideológicamente pobres, ya que no contienen utopías y rechazan ser institucionalizados. No proponen soluciones generales.

No obstante, eso no quiere decir que no afirmen la dignidad humana frente a lo arbitrario de decisiones que empobrecen y originan la precarización de los sujetos subordinados de la sociedad. Esta nueva articulación de los elementos constitutivos de los movimientos sociales permite visualizar una concepción diferente de la modernidad asociada a una valorización de la autonomía individual vacía, en que la subjetividad se hace equivalente a la disociación con respecto a la intersubjetividad, a las necesidades de construcción de relaciones sociales significativas para los que intervienen en ellas. Esta articulación niega la imposición de

una sociedad tecnocrática, en donde todo se decide desde arriba, sociedad de superchería generalizada en donde la democracia es un prestanombres para justificar privilegios desorbitantes para los jefes y las élites que ya no se sienten responsables de los problemas colectivos y que, además, se desnacionalizan mentalmente (Khosrokhava, en Touraine, 1996: 195-246).

b) El cambio de escenario: de la sociedad de producción a la de información. Los planteamientos de Khosrokhava son prolongados por Alberto Melucci en formulaciones recientes (1996). Para este autor, el análisis de la nueva articulación entre los elementos constitutivos de los movimientos sociales contemporáneos debe trascender el discurso en términos de movimiento-personaje situados en un escenario propio de la sociedad de producción. En efecto, como ese escenario ha sido sustituido por el de la sociedad de información, en el que los roles están fragmentados y los actores aparecen y desaparecen, ya no pueden reclamarse de un liderazgo central.

En el nuevo escenario hay redes entre las cuales circulan los líderes y los movimientos sin que sea posible ubicar con claridad las razones por las cuales ellos se desencadenan ni aquellas por las que desaparecen del escenario. La lógica de la acción colectiva de la sociedad de información guarda más relación con lo que han sido los *happenings* que con lógicas de gran alcance y duración. Desde los movimientos estudiantiles de los sesenta hasta las huelgas francesas de fines de 1995, puede sostenerse una imagen de la acción colectiva muy diferente de la que ocurría antes de 1968.

Por otra parte, la acción colectiva encarnada en esos movimientos asume un carácter cíclico en el que hay periodos activos y periodos de latencia que se apoyan mutuamente. Si no existiera la latencia entonces nos se explicaría la acción, ya que existe una dialéctica entre lo visible y lo invisible, entre lo abierto y lo clandestino.

Por lo tanto, no se trata de una nueva acción colectiva o de la aparición de «nuevos» movimientos sociales, sino de una articulación diferente de los elementos constitutivos. Si bien estos movimientos resisten la imposición y la arbitrariedad, no por ello dejan de ser portadores de una herencia del pasado: su acción está dirigida a hacer visible lo invisible, a desnudar lo oculto, a descifrar códigos que son difíciles de percibir porque son esencialmente simbólicos.

Por ejemplo, el movimiento de las mujeres hace explícita una dominación encubierta de los hombres en los espacios domésticos

y no-domésticos y desmistifica el discurso que éstos manejan para imponerse sobre las mujeres. Afirma la identidad femenina dentro de un espacio que hasta ahora se definía sólo por el discurso masculino. Se trata de la elaboración de una visión estructurada desde el punto de vista de las mujeres sobre un espacio compartido.

Las luchas generales a partir de esos movimientos tienen que ver con el lenguaje y su sentido; la comunicación instrumental, los sistemas de control del comportamiento en espacios privados y públicos, y las posibilidades de la acción autónoma, son típicos de la sociedad de la información. Por ello se ubican en espacios muy distintos de los que surgieron en las sociedades de producción.

No obstante, la sociedad de la información posee también variantes. Por ejemplo, los movimientos antidictatoriales en países como Argentina, Brasil o Chile, que surgieron como resultado de la resistencia frente a los militares, desarrollaron prácticas que buscaron expropiar el monopolio de la razón que los ideólogos de dichos regímenes consiguieron con el terror, la represión dirigida y, en general, la generación del miedo a incurrir en comportamientos fuera de la normalidad implantada desde arriba.<sup>5</sup>

En situaciones menos dramáticas (como la mexicana), el lenguaje de las luchas sociales tiende también a generarse fuera de los espacios típicos de la sociedad de producción. Pero, además, en

<sup>5</sup> Por ejemplo, los sectores populares estudiados en Chile por Oxhorn en el periodo de la lucha antipinochetista (1986-1988) se definen más por la denuncia y la resistencia a la represión, la defensa de espacios territoriales sistemáticamente violados por la fuerza pública, que por reivindicaciones o demandas de salario o mejores condiciones de vida, y menos aún por utopías, como habían sido los que actuaron en las décadas de los sesenta y setenta. Se trata, entonces, de protestas que derivan de la violación de la identidad definida por la subjetividad o por la pertenencia a ciertos espacios urbanos.

este país, como resultado del carácter del régimen político imperante, la movilización o la resistencia sin movilización abierta se ha definido por muchos años en función de un discurso paralelo al oficial. Los modos de resistencia de la sociedad mexicana al autoritarismo imperante y los grupos que la han animado no se han identificado con los que se desarrollaron en sociedades típicamente de producción. Los movimientos de mayor resonancia de los últimos cuarenta años (la huelga ferrocarrilera de 1958-1959, el movimiento estudiantil de 1968 y la insurgencia zapatista de 1994) no se pueden concebir en términos del paradigma de los movimientos sociales de la sociedad de producción. Al contrario, asumen una lógica muy contemporánea. Las condiciones anteriores nos permiten concluir que, en este momento del desarrollo histórico, el sentido de la movilización social es contingente y está sujeto a las circunstancias específicas que contribuyen a generarla. En los términos de Touraine, los actores hacen la historia y ya no participan de una Historia, de un sentido preestablecido, metasocial. Para la investigación de la movilización social esto plantea nuevos desafíos, pues redefine el ámbito dentro del cual se había interpretado hasta ahora. La interdependencia entre actores y sistemas, la fragmentación de lo que fueron las clases sociales de la sociedad industrial, la ausencia de una articulación directa entre la estructura social y el sistema político de una sociedad, el creciente individualismo que permea el comportamiento de los actores, todo ello nos coloca frente al desafío de redefinir el sentido de la acción colectiva en el nuevo modelo de desarrollo.

\* \* \*

#### BIBLIOGRAFÍA

- GERMANI, GINO (1962). *Política y sociedad en una época de transición*. Buenos Aires: Paidós.
- GOULDNER, ALVIN (1954). *Wildcat strike*, Harper Torchbooks.

- MELUCCI, ALBERTO (1996). *Challenging codes. Collective action in the information age*. Cambridge University Press.
- (1996). «Individualización y globalización: perspectivas teóricas», *Estudios Sociológicos*, núm. 41, mayo-agosto.
- (1995). «The new social movements revisited: reflections on a sociological misunderstanding», en Louis Maheu (comp.). *Social movements and social classes: the future of collective action*. Londres: Sage Studies in *International Sociology*, núm. 46.
- TARRÉS, MARÍA LUISA (1992). «Perspectivas de análisis de la sociología de la acción colectiva y los movimientos sociales», *Estudios Sociológicos*, núm. 30, vol. X, septiembre-diciembre.
- TILLEULE, OLIVIER (comp.) (1993). *Sociologie de la protestation: les formes de l'action collective dan la France contemporaine*. París: L'Harmattan.
- TOURAINÉ, ALAIN (1964). *Sociologie de l'action*. París: Editions du Seuil.
- (1965). *La conscience ouvrière*. París: Editions du Seuil.
- , et al. (1996). *Le grand refus*. París: Fayard.
- , FRANÇOIS DUBET Y MICHEL WIEVIORKA (1984). *Le mouvement ouvrier*. París: Fayard.
- ZAPATA, FRANCISCO (1995). «¿Ideólogos, sociólogos, políticos? Acerca del análisis sociológico de los procesos sociales y políticos en América Latina», *Foro Internacional*, núm. 141, julio-septiembre.
- (1996). «Estado, sociedad e integración regional: libre comercio y reestructuración», *Estudos Avançados*, mayo-agosto, Universidad de São Paulo.

## *Pluralismo teórico y metodologías combinadas para el análisis de la acción colectiva*

JUAN MANUEL RAMÍREZ SÁIZ

[DESMOS-UdeG]

### *Introducción*

El estudio de las acciones colectivas se enfrenta hoy a nuevos y difíciles retos. Éstos se ubican en varios niveles y tienen orígenes de diferente signo, planteados por 1) las transformaciones en curso en el modelo de desarrollo, 2) los cambios que acusan las acciones colectivas, 3) el acotamiento de la especificidad que asumen ambos fenómenos en América Latina, y en particular en México, y 4) el necesario balance acerca de las teorías sobre los movimientos sociales.

a) El actual modelo de desarrollo se encuentra sometido a profundas mutaciones. Se está modificando la articulación entre la esfera económica, el sistema político y la sociedad civil. Esta mutación implica transformar profundamente la relación histórica entre esos tres elementos. De los cambios económicos, los más visibles son el proceso combinado de la globalización y la formación de bloques regionales. Pero, como destaca A. Melucci, la innovación central está surgiendo en el paso de la sociedad de la producción a la de la información (Melucci, 1996). En el terreno político es manifiesta la pérdida de margen de maniobra de los estados nacionales en diferentes ámbitos, en especial en el económico, ante el poder de las grandes corporaciones transnacionales y de las instituciones financieras mundiales. Y el espacio de intervención de la sociedad civil se ha ampliado en relación con el del Estado, pero

aún son limitados los medios de incidencia de la primera sobre las decisiones macroeconómicas y políticas.

b) El nuevo modelo de desarrollo incide en los contenidos y formas que están asumiendo las acciones colectivas, es decir, se están modificando sus elementos constitutivos. No se trata sólo de la aparición de nuevos movimientos sociales, sino de una diferente articulación entre sus factores determinantes (Khosrokhava, en Touraine, 1996). En su nuevo perfil destacan su estructura más flexible y reticular, sus identidades múltiples, los ciclos de la movilización más manifiestos, los cambios en su composición de clase, así como su mayor capacidad propositiva.

c) De los dos procesos anteriores (cambios en el modelo de desarrollo y en las acciones colectivas), es preciso acotar las modalidades específicas asumidas en América Latina, y en particular en México. Se trata de confirmar o no su validez para el continente y, sobre todo, de identificar las variantes que ambos cambios están adoptando en nuestros países.

d) Dependiendo de los resultados que arroje el doble diagnóstico anterior, se impone hacer un balance crítico de los paradigmas, marcos interpretativos y categorías disponibles para el análisis de las acciones colectivas. Esta revisión es requerida para precisar qué insumos teóricos tienen todavía capacidad interpretativa ante las nuevas realidades de la acción colectiva, qué aspectos de ésta quedan sin resolver y cuál es la tarea teórica y metodológica por realizar.

Frente a este complejo panorama, el objetivo de este ensayo se inscribe en el cuarto de los retos enlistados: se hará una revisión del capital teórico disponible para analizar los movimientos sociales (MS) y se establecerá un principio o criterio para identificar en qué condiciones es factible recurrir al pluralismo teórico y metodológico (Ramírez Sáiz, 1996).

### *Una mezcla problemática:*

#### *insuficiente conocimiento de las teorías y crisis de los paradigmas*

En su reciente libro, J. Foweraker, después de analizar el nivel teórico de los estudios latinoamericanos sobre MS, sostiene que en ellos únicamente se hace uso de la «teoría de los nuevos movimientos sociales», y se ignora por completo la de «la movilización de recursos». Agrega que de la primera se hace un uso acrítico (1995: 3). Este juicio parece excesivo e impreciso, porque el número de las teorías aludidas en los estudios latinoamericanos es mayor y porque reduce las opciones teóricas a la utilización de dos modelos. De acuerdo con los resultados de un trabajo anterior (Ramírez Sáiz, 1996), en los análisis sobre MS en América Latina, y en particular en México, resalta el escaso uso de nueve de por lo menos doce enfoques disponibles para su estudio. Los más socorridos son el accionista o sociología de la acción, el marxista (sin precisar variante) y el de la movilización de recursos. Ello implica relegar otros acercamientos, como la perspectiva funcionalista, la de la elección racional, la de la violencia colectiva o frustración-agresión, el acercamiento sistémico, el del intercambio político, el enfoque organizacional, así como el de redes, el cognitivo y el del sistema mundo.

El relegamiento de los nueve últimos enfoques teóricos no es tanto el resultado de un rechazo crítico y explícito, sino, en parte, de un conocimiento insuficiente de ellos; de ahí deriva la casi nula incorporación a las investigaciones de estos modelos y de sus correspondientes conceptos centrales.

Y el recurso a los otros tres enfoques (accionista, marxista y movilización de recursos) se realiza más como una toma de posición o preferencia teórica inicial que como explicación e incorporación sistemáticas de los supuestos, categorías y metodología implicados en la teoría respectiva. Esta afirmación se basa en las escasas alusiones, en los estudios mexicanos sobre MS, acerca de sus fundamentos teóricos y metodológicos. Dicha ausencia se debe

al insuficiente interés, incluso en los medios académicos especializados, de este tipo de cuestiones teórico-metodológicas y, derivado de lo anterior, a la práctica aceptada de que ni siquiera los conocedores de ellas abundan en estos aspectos al presentar los resultados de sus investigaciones.

A diferencia de las dos situaciones anteriores, en sentido estricto, la crisis de los paradigmas sobre MS consiste en la pérdida de legitimidad o, mejor dicho, en el reconocimiento de sus limitaciones intrínsecas para que, aisladamente considerados, cada uno pueda operar como modelo explicativo único.

#### *La complejidad de los MS y las limitaciones intrínsecas de los modelos teóricos que los interpretan*

Un aspecto central de la crisis que atraviesan los paradigmas sobre MS estriba en su insuficiencia para explicar adecuadamente los aspectos implicados en sus surgimiento y dinámica. Para comprender un MS es necesario considerar tanto sus dimensiones económicas y sociales como las políticas y culturales. Un cada vez mayor número de analistas incluyen los aspectos tecnológicos e informacionales, porque los MS están inmersos en sociedades en las que este tipo de relaciones son cada vez más centrales (Melucci, 1995 y 1996; Escobar y Álvarez, 1992: 7). Ninguno de los MS puede ser entendido cabalmente en términos de uno solo de los aspectos aludidos. Por ejemplo, es obvio que los factores ideológicos y culturales (centrales para la creación de la identidad colectiva de los MS) no pueden ser explicados a partir de los condicionantes económicos; por ello hay consenso acerca de las limitaciones de los acercamientos a los MS que tienen en cuenta únicamente las determinaciones estructurales. En consecuencia, es un principio aceptado la multiplicidad de dimensiones implicadas en el surgimiento y análisis de los MS.

Por otra parte, no es válido establecer *a priori* la preeminencia de un aspecto sobre otro, por ejemplo, del económico sobre el

social o político y de igual modo sobre la dimensión cultural o informacional. El postulado general que aparece sostenible es que para el surgimiento y análisis de los movimientos son tan importantes tanto los factores económicos, sociales y políticos como los informacionales, culturales, étnicos, de género y étaeos. Como derivación de este postulado, en el análisis de los movimientos particulares habrá que considerar también el grado en que éstos formulan y ponen en marcha proyectos alternativos en cada uno de estos campos.

Este supuesto general subraya las limitaciones y aportes de cada uno de los enfoques. Ello se evidencia al considerarlos por separado. Desde distintas perspectivas, el acercamiento marxista, el de la elección racional y, en menor medida, la movilización de recursos privilegian las dimensiones económicas. Por su parte, el funcionalismo, el modelo organizacional y el de redes destacan los factores sociales. El accionalismo, la movilización de recursos y el sistema mundo combinan los sociales con los políticos. El enfoque de la frustración-agresión es de corte psicológico. La teoría del intercambio político tiene fundamentalmente en cuenta los elementos de oportunidad política. Y el enfoque sistémico, el accionalismo, el funcionalismo y el cognitivo consideran también los factores culturales.

Esta especialización señala, al mismo tiempo, sus dificultades intrínsecas para interpretar los demás factores. Cada uno de ellos resalta aspectos particulares de los MS y, por eso, difícilmente puede pretender abarcar la complejidad de su problemática. De hecho, se centran en dimensiones o ángulos de una misma realidad. Debido a ello, ninguno puede asumir el carácter de paradigma único.

#### *¿Es válido el pluralismo o eclecticismo teórico?*

La claridad acerca de los aportes y limitaciones intrínsecos de cada uno de los modelos teóricos está haciendo que cada vez sea más

usual la práctica de utilizar, en una misma investigación, categorías y conceptos provenientes de enfoques distintos. Esto implica asumir, en los hechos, la postura del pluralismo teórico. Al respecto, tan negativas son las posiciones excluyentes como las eclécticas sin fundamentación explícita. El pluralismo teórico no significa renunciar a la aspiración de coherencia ni a la preocupación por la síntesis, es decir, al establecimiento de un eclecticismo estructurado.

En relación con este aspecto, existe una vieja discusión en la literatura teórica sobre MS. En la de origen norteamericano se ha planteado la existencia de un supuesto antagonismo entre la teoría de la identidad (accionalismo) y la de la estrategia (movilización de recursos). Cohen y Arato resolvieron este falso dilema en dos trabajos pioneros (1985 y 1992). Señalan la compatibilidad entre ambos paradigmas, porque cada uno hace hincapié en aspectos distintos. Mientras que los enfoques norteamericanos subrayan la instrumentalidad de la acción social (cómo los movimientos emplean los recursos de que disponen para alcanzar sus fines), los europeos se concentran en los procesos de comunicación y formación de identidad (cómo los movimientos generan nuevas identidades y proyectos históricos para la sociedad). Sin embargo, estos autores encuentran contradicciones entre estas dos teorías y el enfoque del «comportamiento colectivo» de Smelser, de corte funcionalista (Cohen, 1985: 673). Es evidente que los supuestos y los énfasis de las teorías aludidas (accionalismo, movilización de recursos y funcionalismo) son distintos. Un pluralismo teórico estructurado no los niega.

Teniendo en cuenta las diferencias de enfoques y supuestos, la posibilidad de integrar y hacer compatibles no sólo algunos elementos de las teorías de la identidad y de la estrategia, sino de las restantes, tendría que supeditarse a algunos principios epistemológicos. Los fundamentales son cuatro.

a) Admitir la posibilidad de realizar una síntesis superior de los elementos teóricos existentes. Sin duda, esto presupone la ela-

boración de un modelo nuevo a partir del cual se haga la síntesis que otorgue unidad a los elementos integrados, para que esta operación no constituya una sumatoria o agregado incoherente de elementos artificialmente unidos. Dicho propósito tendría que formular explicaciones plausibles acerca de por qué surgen los MS (procesos o factores estructurales), de cómo emergen las acciones colectivas y, asimismo, sobre el carácter de sus propuestas o proyectos alternativos. Ese posible nuevo modelo no existe; está pendiente su construcción.

b) Establecer una clasificación o distinción básica respecto al alcance o pretensión explicativa de las diferentes teorías disponibles. Al respecto, de las doce aludidas, es claro que varias son de carácter estructural o globalizador, mientras que otras son de rango medio. Del primer tipo son el funcionalismo, el accionalismo, el acercamiento sistémico, el marxismo y el enfoque del sistema mundo. Cada una de ellas pretende ofrecer una explicación global de la sociedad. Se basa en supuestos distintos y ofrece interpretaciones diferentes acerca de la estructura social y de los MS. Son teorías sectoriales, es decir, sobre MS, que se inscriben en corrientes o marcos teóricos más generales sobre el sistema social en su conjunto. Por su parte, los otros enfoques (elección racional, movilización de recursos, frustración-agresión, intercambio político, modelo organizacional, redes y cognitivo) poseen el carácter de teorías de rango medio. No tienen pretensiones de explicar la complejidad de la totalidad social y ofrecen, más bien, respuestas a aspectos particulares implicados en la dinámica de los MS.

c) Reconocer que el pluralismo puede establecerse a dos niveles fundamentales: incorporando elementos o categorías de las teorías de alcance medio en las de tipo estructural y seleccionando alguna categoría de una teoría de tipo estructural para insertarla en otra también de corte estructural; esta operación implica desprender la categoría en cuestión de su matriz teórica de origen (para desconectarla de los supuestos en que se ubica) e incorporarla en la

nueva matriz. Ninguna de estas dos formas de pluralismo implica sincretismo o síntesis incoherente, sino incorporación crítica a partir de un modelo teórico que explique y justifique la síntesis realizada en cada caso.

d) Reconocer que la adopción de alguna de las teorías de tipo estructural no es discrecional; está supeditada a su capacidad explicativa del objeto analizado. No es posible establecer ninguna tesis o principio general que justifiquen las incorporaciones teóricas susceptibles de realizar a partir de las demás teorías estructurales (distintas a la adoptada como básica) o de las de rango medio. Es la complejidad del objeto estudiado la que señalará qué teorías y categorías son pertinentes y relevantes para su tratamiento. Esto implica especificar, en la investigación acerca de un MS particular, la posición o ubicación teórica asumida, así como cada uno de los conceptos y categorías incorporados de otras teorías (estructurales o de rango medio), argumentar su utilidad para analizar un aspecto particular del MS concreto y explicar el eje estructurador del conjunto de conceptos utilizados. En otros términos, la síntesis no puede hacerse en abstracto: es la teoría básica adoptada y los requerimientos específicos de cada objeto de estudio los que justifican la síntesis teórica. El eclecticismo, que está fundamentado y estructurado se construye desde una teoría y para un objeto de estudio particular. Se trata de un pluralismo exigido por el propio problema o tema estudiado.

Para orientar las síntesis posibles es importante recordar los supuestos y especializaciones de las diferentes teorías. De las de corte estructural, el funcionalismo considera la relación que se da entre el comportamiento colectivo y el sistema social; señala que las tensiones originadas en el segundo son externas a él y que la necesidad de tomar posición ante ellas origina los movimientos sociales. El marxismo descubre la relación entre la acción colectiva y las contradicciones estructurales del sistema (que son inherentes a él y de las cuales las económicas son determinantes), así como la

posibilidad de su transformación. El enfoque sistémico destaca la importancia de los aspectos culturales y simbólicos en los movimientos, así como el valor de la protesta para innovar la sociedad. El accionalismo subraya el papel decisivo que la detección de un enemigo (que se opone al logro de los objetivos del grupo) tiene en la formación de identidades colectivas, y la propuesta de alternativas a los conflictos enfrentados, es decir, de proyectos históricos para la sociedad. El enfoque del sistema mundo descubre la posibilidad de MS con objetivos y proyectos de escala mundial, es decir, la internacionalización de su acción.

De las teorías de rango medio, la de la elección racional destaca los costos y ventajas que conlleva participar en un grupo y en sus acciones colectivas, y la esperanza de obtener resultados a partir de la intervención del grupo. La movilización de recursos resalta la necesidad que enfrentan los movimientos, en cuanto organizaciones, de considerar los medios, de distinto tipo, que requieren para hacer efectivas sus demandas, así como el uso racional y estratégico (es decir, la utilización de una lógica instrumental) que deben aplicar para alcanzar mejor sus objetivos, e igualmente la importancia de los contextos particulares (histórico, político, etcétera) en los que se desarrollan los movimientos. La teoría de la privación relativa o frustración-agresión relaciona la acción colectiva con la insatisfacción social, un factor presente en el surgimiento de algunos MS. El acercamiento organizacional proporciona una explicación de cómo se forman y actúan las organizaciones, es decir, del aspecto organizativo de la conducta colectiva y su rol en el cambio social.

El enfoque de redes aclara cómo se constituyen y funcionan internamente los movimientos a través de comunidades de valores que operan en un espacio articulado (redes socioespaciales), mantienen una alta interacción personal entre sus integrantes y se reactivan en coyunturas favorables a la movilización (Kaase, 1990; Klandermans, 1988).

El enfoque cognitivo insiste en la función de los movimientos como productores colectivos, a través del discurso de la acción, de conocimiento social (al suministrar nuevos contextos para la reinterpretación del conocimiento cotidiano, de las construcciones o patrones socioculturales preexistentes) y de la apropiación, por la sociedad, de las nuevas ideas, que ellos proponen (Eyer mann y Jamison, 1991).

Finalmente, la teoría del intercambio político subraya los límites que acusan las instituciones políticas para regular los conflictos y los márgenes que en ellos encuentran los movimientos para llevar a cabo acciones transformadoras.

Difícilmente puede sostenerse que estos diversos aspectos estén ausentes en los movimientos que en realidad existen y que no sean importantes en su surgimiento y dinámica. Desde una posición en exceso ortodoxa algunos analistas señalan los supuestos, explícitos o implícitos, en que se fundamentan cada uno de estos enfoques, y a partir de ellos sostienen su mutua incompatibilidad. Sin duda, existen diferencias e incluso tensiones entre ellos. De acuerdo con la distinción establecida, las más complejas se dan entre las teorías de carácter estructural. Por ejemplo, entre el funcionalismo (que considera los conflictos sociales como simples disfunciones del sistema), el marxismo (que subraya que esos conflictos son expresión de las contradicciones estructurales del mismo) y el enfoque sistémico de Luhman, que postula la autonomía de cada uno de los subsistemas funcionales (economía, política, religión, etcétera). Por ello, no es fácil sostener la compatibilidad entre estos enfoques. Pero estas tensiones son menores entre las otras teorías estructurales, es decir, entre el marxismo, el accionismo y el sistema mundo. Y la compatibilidad es mayor entre los enfoques de rango medio. Sin desconocer estas implicaciones teóricas, la estrategia integradora destaca el objetivo de articular no los supuestos (diferentes y hasta opuestos) de las teorías de corte estructural, sino los conceptos y categorías pertinentes, conforme

a los cuatro principios epistemológicos ya aludidos (J. Raschke, citado por Riechmann, 1994). Ciertamente, esta operación integradora puede ser objeto de críticas y está sometida a varios riesgos. Pero no pueden olvidarse tampoco las limitaciones inherentes a cada uno de los enfoques ya aludidos, sobre todo cuando son presentados como el paradigma explicativo único, es decir, como posición teórica excluyente. A continuación aludo a algunas de las posibles objeciones que se pueden plantear al pluralismo teórico.

### *¿Teorías primermundistas para países periféricos?*

Touraine ha advertido que las categorías desarrolladas por él para analizar los MS europeos difícilmente pueden aplicarse a los actores sociales de América Latina (1987 y 1988). El más elemental sentido analítico aconseja identificar las particularidades de los MS de cada país y tener en cuenta y acotar su contexto específico (social, económico, cultural y político), porque, con el mismo nombre, la literatura de estos dos continentes puede referirse a movimientos distintos y, sobre todo, porque el contexto constituye un factor condicionante de las prácticas grupales, las cuales adquieren sentido en interacción con él. Y, en definitiva, las posibles similitudes entre MS de distintos países no anulan sus diferencias, que pueden ser múltiples. Pero Touraine formuló su advertencia con un objetivo particular: evitar que se confundan los movimientos sociales (de Europa) con los políticos (de América Latina), no para negar la validez de la teoría y de los conceptos creados por él.

Con un sentido distinto y haciéndose eco de una crítica generalizada, D. Camacho sostiene que entre los analistas latinoamericanos de los MS se ha dado un trasplante artificial y una copia acrítica de enfoques teóricos y de temas de los países centrales (1992). Según este autor, «esto puede resultar teóricamente inadecuado, ya que la composición social, las carencias, las contradicciones, las formas de lucha, los tipos de liderazgo, la historia, los adversarios y muchas otras circunstancias, son diametralmente

opuestos en cada caso» (1992: 150). Camacho insiste en que las diferencias entre los movimientos respectivos son tan sustanciales que «se puede decir que estamos frente a categorías sociales diferentes que exigen, por lo tanto, enfoques teóricos también diferentes» (1992).

Por su parte, en su reciente libro, Sergio Zermeño plantea un aspecto nuevo de esta crítica, al sostener que

la idea de MS, tal como nos llega de las sociedades desarrolladas, tiene poco que ver con la imagen de ruptura, de cambio drástico [...] [que asume en América Latina] [...] y mucho más con la idea de continuidad en el tiempo, de acción constante de colectivos organizados [...] La idea de MS (de las sociedades desarrolladas) convenía mucho más a escenarios «de llegada» y predominio social que a los escenarios en tránsito (1996: 222).

De acuerdo con el principio recordado por Camacho (diferencias de contextos nacionales y locales y de características de los MS, así como escasa actitud crítica ante los modelos teóricos), es posible replantear la validez de su conclusión. Las diferencias entre países y movimientos no anulan el valor o las limitaciones de las teorías y de los conceptos que éstas construyen. En la anterior argumentación, se identifica la aplicación acrítica de las teorías y los conceptos (lo cual es un problema de quien los usa) con su valor o limitaciones intrínsecos. Las categorías y conceptos son instrumentos para analizar la realidad. Su validez proviene de su capacidad explicativa, no del contexto en el que nace. No se identifican con los fenómenos observados, sino que constituyen herramientas para interpretarlos. Por ello, la aplicación acrítica de las teorías no invalida sus capacidades o limitaciones heurísticas.

Por su parte, la angustiada constatación de Zermeño constituye un duro recordatorio para quien se atreva todavía a hacer cuentas alegres sobre la realidad y las potencialidades de los MS del con-

tinente. Sin embargo, una constante en la literatura sobre los MS es su concepción como agentes de cambios y éste incluye tanto el «tránsito» como la «llegada», así ésta sea, a veces, más lejana de lo deseable y casi soportable.

En este debate sobre la incorporación de las teorías, otros autores se posicionan en el extremo contrario y señalan expresamente la pertinencia de las teorías del primer mundo sobre MS para estudiar la realidad sociopolítica de América Latina. Así, Foweraker, después de hacer un balance de la producción teórica de América Latina sobre MS, sostiene que, a pesar de las diferencias entre ambos bloques de países, el enfoque de la movilización de recursos puede ser útil para analizar la trayectoria política de los movimientos de América Latina (195: 26). Foweraker argumenta que la importancia central que en América Latina posee el Estado como dispensador de los escasos recursos disponibles obliga a los movimientos a desarrollar una posición estratégica ante él. Y, según este autor, la teoría aludida es útil para analizar la medida en que los MS de esta región logran ese propósito. Al margen de si la actitud ante el Estado es determinante o no en la dinámica de los MS (pienso que es uno de los factores), la posición de Foweraker acerca de la utilización de las teorías «primer mundistas» por los estudiosos latinoamericanos es, por lo ya asentado, pertinente.

En síntesis, como advierten con acierto Camacho y Zermeño, en la incorporación de teorías y conceptos los errores pueden tener varios orígenes:

- a) Por no acotar la realidad y los procesos específicos implicados en el movimiento particular que es objeto de estudio.
- b) Por confundir dicha realidad y procesos con los que contextualizan y explican los movimientos de otros países.
- c) Por aplicar acríticamente los recursos teóricos existentes.

Nadie con sentido crítico puede legitimar la improcedencia de estas operaciones sesgadas. Pero también es posible sostener que utilizar teorías y conceptos originados fuera de América Latina no

tiene por qué impedir la realización de análisis consistentes y críticos sobre los MS de esta región. Las teorías y sus conceptos pueden utilizarse con independencia de los países en los que surgen. El investigador debe hacer un uso tal de ellos que garantice que su aplicación al análisis de fenómenos, procesos y tendencias (sean comunes o distintos a los países donde se originan las teorías y donde éstas se trasplantan, adoptan o adaptan) sea pertinente, aunque los contextos, condiciones y características particulares de cada movimiento sean distintas. Es posible diferenciar los contextos en los que nacen las teorías respecto de las teorías mismas y sus conceptos centrales. Esta tarea no es fácil, pero sí posible. Al intentarla no se está negando la especificidad del MS en cuestión como tampoco la del país en que emerge.

Este supuesto general puede argumentarse a niveles más operativos, de acuerdo con los temas de los MS que son objeto de estudio y con los conceptos y categorías aplicables para su interpretación.

#### *¿Qué categorías incorporar para analizar qué tipo de temas?*

A partir de los cuatro principios epistemológicos sobre las cinco teorías estructurales y los siete enfoques de rango medio es factible recuperar los conceptos, categorías y términos descriptivos que poseen validez propia y capacidad heurística. A continuación hago una propuesta (por supuesto, abierta a la inclusión de otras posibilidades, es decir, no exhaustiva o excluyente) sobre los elementos teóricos incorporables.

De entre las teorías de carácter estructural, el concepto de *creencia generalizada* del funcionalismo de Smelser tiene validez para analizar el clima o contexto cultural en el que surgen los movimientos. Dicha creencia es un elemento homogeneizador, que reduce la ambigüedad producida por la tensión estructural del sistema social; genera una cultura común y prepara a los individuos para la acción colectiva. En el análisis de los movimientos concre-

tos remite a los valores socialmente aceptados y a los contravalores generados por un grupo. También son recuperables del funcionalismo los términos *componentes* y *determinantes* del comportamiento colectivo. Al margen de los contenidos que Smelser asigna a dichos términos, es útil esta distinción, que suele ser olvidada. Los componentes son los elementos contextuales o condicionantes del surgimiento de un MS. Los determinantes son los factores constitutivos, es decir, los causales.

Del accionalismo de Touraine y Melucci, las categorías de *identidad*, *oposición* y *totalidad* son altamente aclaratorias. Como es sabido, la identidad colectiva es el principio mediante el que el actor social se define a sí mismo y en nombre del cual actúa; consiste en el autorreconocimiento de un nosotros diferenciante frente a los otros. El de oposición identifica y sitúa al adversario del actor, así como la relación antagónica que establece con él. Y la totalidad remite a la concepción que el actor posee acerca de la sociedad deseable o futura; implica un proyecto alternativo. De esta teoría es también explicativa la distinción entre los tres niveles de la acción colectiva que usualmente tienden a ser confundidos: *conducta colectiva*, *lucha* y *movimiento social*. La primera es una respuesta a una situación dada; por ejemplo, un esfuerzo de defensa, de reconstrucción o adaptación de un elemento enfermo del sistema social. La lucha implica una iniciativa grupal; es, por ello, un elemento modificador de decisiones o un factor de cambio. Mientras que el movimiento crea la situación en vez de responder a ella; es decir, transforman algún elemento del sistema social, rebasa sus límites.

Melucci ha destacado en sus últimas obras la dimensión cultural y simbólica de los MS. Los términos *imaginario colectivo*, *subjetividad*, *resistencia cultural*, *resemantización* de los valores y códigos, *orientaciones simbólico-expresivas* y *rituales colectivos* son necesarios para analizar estos aspectos. Asimismo, la distinción, también de Melucci, entre *latencia* y *visibilidad* de los MS es per-

tinente. Con ella recuerda que aunque los MS aparezcan en la escena pública durante algunos lapsos, no puede inferirse que no existan. Su latencia hacia fuera significa que «trabajan en la sombra», que están involucrados en otras formas de acción hacia el interior de los grupos, como procesos de formación, experiencias simbólico-expresivas, etcétera.

Del enfoque sistémico, es útil la concepción de la *acción colectiva* como un sistema de acción que opera en un campo sistémico de posibilidades y límites, es decir, actúa en un espacio con sus propias potencialidades, pero también constreñido por sus confines o limitaciones internos.

Del marxismo latinoamericano son recuperables la distinción establecida entre *movimiento* y *organización*, así como entre *movimiento social* y *movimiento popular*, a través de la convergencia. Ésta considera las condiciones en que las relaciones entre los diferentes movimientos sectoriales confluyen en un proyecto común, que dé lugar a un movimiento popular, en el sentido que Camacho atribuye a este adjetivo, es decir, articulador y con carácter de clase.

De los enfoques de rango medio, el de la movilización de recursos específica y distingue los diferentes integrantes de los MS: *adherentes*, *constituyentes*, *simpatizantes* y *grupos preexistentes*. Los primeros se comprometen en la consecución de los objetivos y metas de un MS y forman parte de él como elementos activos; los constituyentes proveen recursos, pero no necesariamente se convierten en miembros; los simpatizantes tampoco se integran a él, pero consideran que sus demandas son socialmente aceptables, y los grupos preexistentes son los núcleos o grupalidades previas, a partir de los cuales se originan los MS.

El concepto de *red* o *área de movimiento*, del enfoque de redes, es ilustrativo de la estrategia organizativa utilizada por los nuevos MS. Éstos se constituyen por individuos aislados y pequeños núcleos, no necesariamente vecinos o cercanos espacialmente unos

de otros, pero articulados entre sí por compartir objetivos y valores comunes; y se vinculan a otros grupos similares en intereses; son redes de adscripción o pertenencia. Esta estructura reticular es distinta a la de los movimientos sectoriales de masas, por ejemplo, las de campesinos o trabajadores, que logran presencia, influencia y a veces hasta hegemonía en un ámbito o territorio (un ejido, una colonia popular, un fábrica, etcétera).

Los términos *racionalidad instrumental* y *racionalidad expresiva*, a los que recurren las corrientes individualistas y colectivistas, respectivamente, permiten analizar dos dimensiones presentes en los movimientos: la del cálculo racional para obtener resultados favorables a los intereses del movimiento y la de la afirmación y celebración de la grupalidad para promover el sentido de identidad y solidaridad entre sus integrantes.

El concepto de *praxis cognitiva* del enfoque cognitivo reivindica la práctica como fuente de conocimiento y permite analizar la capacidad epistémica de los MS como creadores de temas y productores de nuevos puntos de vista sobre la realidad, para la construcción de proyectos emancipadores de la sociedad.

Asociado a esta potencialidad de los MS, el concepto de *subjetividad constituyente o fundante* resalta su capacidad para construir sentidos, es decir, significados socialmente relevantes.

El término *analizador histórico* de la corriente de la investigación-acción participativa permite distinguir, en la actuación de los MS, los hechos empíricos de los acontecimientos, eventos o luchas sociales que instituyen nuevas prácticas emancipadoras y, por ello, entre los integrantes de los MS queda de ellos una memoria histórica como sucesos ejemplares y liberadores.

Este conjunto de conceptos y categorías analíticos, así como de términos descriptivos, constituyen un capital teórico, un bagaje recuperable por los investigadores de los MS. Poseen validez propia y son integrables, de acuerdo con los principios epistemológicos aludidos y los requerimientos de cada objeto de estudio.

### ¿Qué metodologías derivadas de qué teorías?

La relación entre teorías y metodologías es muy estrecha. La preferencia por una de las primeras implica la selección de una de las segundas. Por ello, la posibilidad de un pluralismo o eclecticismo teórico se traducen en la necesidad de combinar metodologías. Como es sabido, para el estudio de los MS las metodologías más utilizadas son la individualista, la colectivista, la intermedia y la holística.

La individualista tiene en cuenta la problemática de la individualidad (que no debe ser confundida con el individualismo). Toma como punto de partida y unidad básica de análisis al individuo, la conducta o el actor individuales, su interacción con otros (interacciones interindividuales simbólicas), sus motivaciones para participar en un MS, así como su iniciativa y orientaciones. Los fenómenos grupales son considerados una consecuencia de las acciones individuales. Mueller resalta cuatro puntos centrales en el proceso de microconstrucción de los MS: a) la centralidad de la interacción cara a cara para construir las lealtades del grupo; b) el respaldo o la resistencia a los patrones de dominación y desigualdad en las rutinas interactivas de la vida cotidiana; c) los nexos organizacionales entre las interacciones del nivel micro y las estructuras mayores de la comunidad y sus redes, y d) el conflicto o lucha que es crítico en la reconstrucción de los significados culturales y las lealtades grupales (Mueller, 1992). Esta metodología es utilizada principalmente en el enfoque de la elección racional y el marxismo analítico y, en parte, en el de la movilización de recursos.

El colectivismo postula la existencia de realidades supraindividuales no reductibles a la individualidad. Hacen uso de la metodología colectivista, el accionalismo y la investigación-acción participativa. Las versiones más conocidas son la «intervención sociológica» de Touraine y el «contrato provisional entre investigador y actor» de Melucci.

La metodología intermedia combina la consideración de los

intereses individuales con el reconocimiento de realidades grupales. Postula que los individuos y los grupos deben ser tenidos en cuenta simultáneamente en el análisis de los MS, porque «sin individuos, no hay con quien interactuar, y sin creencias colectivas no hay nada que compartir» (Klandermans 1992). Esta metodología es socorrida por el funcionalismo, el enfoque de la frustración-agresión, de la movilización de recursos y el sistémico en las recientes obras de Touraine y Melucci. Este último autor resalta la brecha entre los determinantes estructurales y las preferencias individuales, e insiste en que el nivel intermedio es en el que los individuos «reconocen lo que tienen en común y deciden actuar juntos (Melucci 1988: 339).

La articulación entre lo macro y lo micro es planteada por el marxismo analítico. Considera las conexiones entre el micronivel de la vida social y los macroprocesos del cambio, es decir, las vinculaciones entre los microfundamentos y las macrodeterminaciones o, en otros términos, el modo en que los factores globales estructurales operan en el plano de las decisiones individuales.

El holismo postula el destino o misión históricos de ciertos actores, como la función revolucionaria del proletariado. Esta metodología está implícita en el marxismo estructural, pero cada vez es menos utilizada.

Como en el caso de las teorías, estos diferentes recursos metodológicos parten de diversos supuestos y, por ello, no son intercambiables. Pero es posible su integración o uso combinado de acuerdo con los principios epistemológicos aludidos y los requerimientos que plantee el estudio de un MS en particular. El pluralismo metodológico integrado tiene que construirse y justificarse en cada investigación a partir de la posición metodológica asumida como básica, y de los aspectos del MS específico que vayan a ser analizados. Ambos factores señalarán qué elementos de las demás metodologías son pertinentes para interpretar las dimensiones concretas del MS que está siendo investigado.

### Conclusión

Las ciencias sociales cuentan con un capital teórico y metodológico para el estudio de los MS no suficientemente conocido ni utilizado en América Latina, y en particular en México. En las investigaciones sobre estos actores sociales, el recurso al pluralismo teórico y metodológico es una práctica que se está difundiendo cada vez más. Su empleo puede hacerse acriticamente y sin fundamentación, o de manera argumentada y logrando una integración y estructuración de los elementos seleccionados. Desde el punto de vista teórico, esta operación puede llevarse a cabo a partir de la adopción, como punto de partida, de una teoría básica, de preferencia de corte estructural más que de rango medio, que resuelva los requerimientos que plantea la investigación de cada MS. La parte central de este proceso (y la menos atendida) consiste en establecer, dentro de la teoría básica asumida, un eje articulador y una jerarquización entre los conceptos incorporados de otras teorías (estructurales o de rango medio). En el aspecto metodológico, el procedimiento es similar respecto a los insumos disponibles. En función de los puntos relevantes del MS estudiado, el investigador tiene que justificar y argumentar qué teoría adopta y qué conceptos de otros enfoques incorpora; igualmente, qué acercamiento metodológico propone y qué recursos de otras metodologías asume. Para ello, la pertenencia y la relevancia son criterios determinantes. Y, sobre todo, debe argumentar cuál es el orden que establece entre los conceptos utilizados, así como entre las metodologías aplicadas. El objetivo deseable es construir un pluralismo articulado y estructurado.

\* \* \*

### BIBLIOGRAFÍA

- CAMACHO, DANIEL (1992). «Los movimientos sociales en las sociología latinoamericana reciente», en *Sistemas políticos. Poder y sociedad*. Caracas: Nueva Sociedad.
- COHEN, JEAN (1985). «Strategy or identity», *Social Research*, núm. 4, vol. 52, invierno.
- y ANDREW ARATO (1992). *Civil society and political theory*. Cambridge: MIT Press.
- ESCOBAR, ARTURO y SONIA E. ÁLVAREZ (1992). *The making of social movements in Latin America*. Boulder: Westview Press.
- EYERMANN, RON y ANDREW JAMISON (1991). *Social movements: a cognitive approach*. Cambridge: Polity Press.
- FOWERAKER, JOE (1995). *Theorizing social movements*. Boulder: Pluto Press.
- KAASE, MAX (1990). «Social movements and political innovation», en R. Dalton *et al.*, *Challenging the political order*. Cambridge: Polity Press.
- KLANDERMANS, BERT *et al.* (1988). «From structure to action», *International social movements research*, vol. 1, JAIP Press, Greenwich, CT.
- (1992). «The social construction of protest and multi-organizational fields», en Aldon Morris *et al.*, *Frontiers in new social movements theory*. New Haven: Yale University Press.
- MELUCCI, ALBERTO (1985). «The symbolic challenge of contemporary movements», *Social Research*, núm. 4, vol. 52.
- (1988). «Getting involved: Identity and mobilization in social movements», en Klandermans Bert *et al.*, «From structure to action», *International Social Movements Research*, vol. 1, JAIP Press, Greenwich, CT.
- (1989). *Normads of the present*. Filadelfia: Temple University Press.
- (1995). «El conflicto y la regla: movimientos sociales y sistemas políticos», *Sociológica*, núm. 28, mayo-agosto, pp. 225-233.
- (1996). *Challenging codes. Collective action in the information age*. Nueva York: Cambridge University Press.

- MUELLER, CARL (1992). «Building social movements theory», en Morris Aldon *et al.*, *Frontiers in new social movements theory*. New Haven, CT: Yale University Press.
- RAMÍREZ SÁIZ, JUAN MANUEL (1996). «Las teorías sociológicas y la acción colectiva», *Ciudades*, núm. 29, enero-marzo, Puebla, pp. 28-40.
- RIECHMANN, JORGE y FRANCISCO FERNÁNDEZ BUEY (1994). *Redes que dan libertad*. Barcelona: Paidós.
- SMELSER, NEIL (1989). *Teoría del comportamiento colectivo*. México: FCE.
- TOURAINÉ, ALAIN (1987). *Actores sociales y sistemas políticos en América Latina*. Santiago de Chile: PREALC/OIT.
- (1988). *The return of the actor*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- ZERMEÑO, SERGIO (1996). *La sociedad derrotada*. México: Siglo XXI.

## *El pensamiento social y los actores colectivos en el fin de siglo mexicano*

SERGIO ZERMEÑO

[UNAM]

I

¿Cómo veíamos nuestro país antes de los ochenta y cómo lo vemos después de ese decenio? ¿Qué es lo que los últimos quince años de estancamiento económico han producido sobre el pensamiento mexicano, y quizá latinoamericano, en ciencias sociales? Estos quince años coincidieron con el anuncio pretencioso de nuestra entrada inminente a la América del Norte (dejábamos de ser del Sur), con el fracaso estrepitoso, penoso, de esas ilusiones y su lugar fue materialmente invadido por el desorden, el fin del gasto social, las hipotecas impagables, los bancos al borde de la quiebra, las tasas de interés como implorándole a los capitales que regresen, la delincuencia, la irrupción de las fuerzas policíacas y militares en todos los ámbitos, el desempleo lastimoso de nuestra juventud cuando limpia vidrios en las esquinas, cuando cruza el territorio para encontrarse con un muro cada vez más difícil de franquear.

¿Qué es, pues, lo que ha caracterizado el pensamiento social en medio de este escenario? Yo diría que la angustia, al constatar la deficiencia de la regla número uno de la ciencias del hombre cuando se trata de interpretar a la América mestiza y, en particular, al México del fin del milenio. Es decir, la poca evidencia de que estemos transitando, desde orígenes muy diversos, hacia un orden regido por la interacción comunicativo racional, la igualdad de oportunidades, la sociedad «produciéndose a sí misma» (Touraine), la mejor distribu-

ción social de los beneficios del desarrollo, el triunfo de la ciencia y la técnica sobre el entorno de enfermedad, anomia, destrucción de la naturaleza, etcétera. En resumen, la angustia por no poder comprobar fehacientemente que los agentes de la sociedad embarnececen, como en el modelo occidental, y se vuelven capaces de limitar las fuerzas extrasociales (sistémicas) del orden social, como les gustaba decir a Habermas y a Touraine, ya se trate de fuerzas estatales, de las leyes de la economía-mundo, con la ciencia y la técnica de su lado, o de los intereses de los gobiernos más poderosos del orbe.

Estado autoritario, piramidal, ineficaz y corrupto; en consecuencia, sería mejor que la sociedad tuviera una participación más activa en la definición de sus opciones futuras, que fuera más moderna. Sin embargo, en ningún momento se puso en cuestión que nuestra matriz cultural o societal pudiera estar en el origen de semejante deficiencia y, menos aún, que el avance científico-técnico y su adopción pudiera no ser un instrumento eficaz para optimar la producción de bienes y, por esa vía, superar la mala distribución entre sociedad y Estado: si por algo no nos occidentalizábamos era por la mentada herencia vertical, una vez desembarazados de ese lastre, el pasaje a la modernidad sería inexorable. Viene al caso recordar la sorpresa que la sociedad chilena nos provocó a un grupo de estudiantes mexicanos de sociología cuando llegamos a Santiago de Chile, en 1972, y descubrimos que la clase obrera, y el sector laboral en general, estaban organizados en partidos políticos que se expresaban con gran autonomía en un espacio público no predeterminado desde las alturas, y que lo mismo sucedía con las fuerzas de la burguesía, el comercio, las oligarquías, los sectores medios, etcétera. Sin negar el desenlace dramático de todo aquello, lo cierto era que ahí había sociedad, algo estaba más cerca del panorama occidental al que todo debía tender.

Sin embargo, la cuestión del Estado en los años setenta permaneció como un asunto ambiguo, pues si bien los mexicanos entendíamos que uno de nuestros lastres era su presencia *exagera-*

da, lo cierto fue que no todos los enfoques se orientaban en el mismo sentido. En primer lugar, estaba la poderosa herencia marxista-leninista latinoamericana que consideraba lo estatal como la palanca de aceleración, sin la cual el pasaje al socialismo (o etapa subsecuente superior) resultaba imposible, y esto era así tanto en su versión leninista como, naturalmente y más cercana a nosotros, en su versión cubana guevarista; pero, en segundo lugar, las ciencias sociales estaban influidas por el pensamiento histórico a lo Barrington Moore, a lo Gramsci, o por el propio estructuralismo poulantziano-althusseriano (el maoísmo de alguna forma también), que consideraba que las sociedades en tránsito entre la sociedad campesina y la industrial, con excepción de los «polos originarios», habían requerido siempre el actor emergente estatal que con cierta exterioridad, «revolución por lo alto», produjera el impulso capaz de inscribir a esas sociedades dentro de la dinámica industrial moderna (y eso era válido tanto en el pasaje al capitalismo, con los casos alemán y japonés en primer término, como en el socialismo, con los paradigmas soviético y cubano).

Así, en los años setenta, en particular en México, se generó esa ambigüedad con respecto al peso y la función que el agente estatal debía tener: no queríamos al Estado mexicano, pero creíamos en algún tipo de agente estatal dinamizador. En el fondo, todo eso generaba una deficiente concepción democrática a los integrantes de una sociedad que, ya de por sí, era secularmente estatal: una cultura que en la vida diaria, sindical, universitaria, campesina, doméstica, se dedicaba a generar jefes y a obedecerlos. Sin embargo, y por más ambiguo que parezca, poca duda había en torno a que de lo que se trataba, por una u otra vía, era de completar con alguna celeridad el pasaje hacia una sociedad moderna, en donde en realidad se confundían dos cosas: el pasaje de lo estatal a lo social-igualitario (la segunda secularización después de la religiosa) y el triunfo de la ciencia y la técnica como expedientes privilegiados para resolver los problemas sociales.

Al mismo tiempo aparecía un planteamiento que derivaba del anterior: las sociedades occidentales habían pasado de la guerra de movimientos a la de posiciones (lo que quería decir, recitando a Gramsci, que fuerzas sociales gelatinosas habían dado paso a actores sociales poderosos provistos de defensas y contrafuerzas que terminaron por limitar el poder del Estado, de las fuerzas monárquicas, de las oligarquías...). Esto permitía que la sociedad fuera analizada desde un enfoque y un instrumental sincrónico, es decir, como una situación que ya había dejado de transitar (diacronía), y se encontraba ahora reproduciendo su estructura, su nueva matriz de llegada.

## II

Ese era, más o menos, el ambiente intelectual de los años setenta, pero en América Latina dos factores daban al traste con el optimismo implicado en esta «teoría de llegada» a la matriz sincrónica (conceptualizada como modo de producción en el exceso estructuralista): por un lado, la creciente marginalidad urbana que desbordaba los límites del concepto de «ejército industrial de reserva», y quitaba de paso toda esperanza sobre el potencial revolucionario de los pobres; y por el otro, unos regímenes militares que se reproducían por todas partes y enfriaban a la sociedad, la atomizaban y hacían desaparecer la vida pública.

Aparece entonces una teorización esquizofrénica en la cual estos países, principalmente los de más fuerte herencia indígena y de mayor mestizaje, se estarían moviendo en dos vías de manera simultánea: una que fortalecía a los actores de la modernidad (clases medias consumistas, burguesía, clase obrera), con una lógica societal, democrática y clasista; y otra vía, con una lógica popular-estatal, que potenciaba las bases sociales del autoritarismo en la medida en que la proliferación de la miseria aparecía, sin remedio, como base clientelista de manipulación desde diversos signos políticos y de verticalismo capitalizable por el vértice de la pirámide

(sobre todo en un país estatal como México). Entonces, encuentran espacio propuestas según las cuales estaríamos viviendo un tránsito permanente, aunque éstas, en realidad, ya mostraban las deficiencias de nuestra proclividad occidentalizante.

Por ser las clases sociales, en un escenario como éste, referentes tan rígidos y distorsionados, encontró terreno fértil la idea de interpretar la panorámica latinoamericana con el estudio de los movimientos sociales. Cualquiera que sea la distancia que guardemos con respecto a Occidente en términos históricos (y estructurales), en determinados momentos, a veces no tan cortos, las sociedades se reordenan en torno a acciones sociales vivas que recrean identidades colectivas entre los movilizados, redefinen con claridad a los adversarios de éstos y establecen campos de conflicto ordenadores. Esos movimientos sociales y su correcta comprensión (con vistas a recrear en ellos una mejor continuidad y un embarnecimiento de los actores que los animan) surgían como un programa esperanzador. Sin embargo, aparecieron dos tipos de problemas: la idea de movimiento social estrictamente hablando, tal como nos llega de las sociedades desarrolladas, tiene menos que ver con la imagen de ruptura, de cambio drástico (coyuntura violenta, revolución, pasaje definitorio hacia un nuevo orden, si se quiere), y mucho más con la idea de continuidad en el tiempo, de acción constante de colectivos organizados, de actores sociales robustecidos que van perfeccionando, gracias a la confrontación, pero también a su acción en buena medida institucionalizante, un campo concertado de acción social y de representaciones políticas (el movimiento obrero y el sindicalismo estaban en el centro de esta concepción).

Al final de cuentas, pues, el problema que se creía superado apelando a la idea de movimientos sociales volvía a surgir transfigurado, ya que tal instrumento convenía mucho más a los escenarios «de llegada» y predominancia social, que a los escenarios «en tránsito», en donde los influjos «extrasociales del orden social» eran muy poderosos; para estos últimos casos el concepto de luchas his-

tóricas pareció más conveniente, según el propio Touraine, pues acentuaba, desde el título mismo, la idea de tránsito hacia ese tipo de modernidad en el que «la sociedad se produce a sí misma».

### III

El segundo problema, mucho más patente en las sociedades altamente mestizas y de predominancia estatal como la mexicana, era que los famosos movimientos sociales que debían tener continuidad en el tiempo y tender a establecer una cierta institucionalidad, eran destrozados a cada momento, y se debilitaba concomitantemente el sistema de intermediaciones entre lo social y lo estatal.

Se volvió difícil el trabajo para los sociólogos, hacia los años ochenta, porque entre más nos empeñábamos en describir el plano básico de las relaciones sociales, más apreciábamos el estancamiento, la descomposición social y el desorden acelerado que la urbanización salvaje, la crisis económica y la transnacionalización estaban ejerciendo sobre aquellos agregados sociales, crecientemente desmembrados. Llegamos al extremo de proponer la sustitución de la sociología del desarrollo por una de la decadencia: una sociología del estancamiento y la anomia. Entre más íbamos los sociólogos en ese sentido, más nos acercábamos a una especie de antropología de la pobreza sin la esperanza de una reconstrucción de sus subculturas (como lo pretendió Oscar Lewis en *Los hijos de Sánchez*). ¿Quién iba a tener interés en una antropología desculturizada? Ni los propios integrantes del gremio; de manera que el alumnado disminuyó, en una universidad como la UNAM, de cerca de mil estudiantes de sociología, hacia el final de los setenta, a algunos cincuenta al principio de los noventa (el enfriamiento burocrático-autoritario del rector Soberón contribuyó muchos a esto, no hay que dudarlo).

Y es que resulta de lo más contradictorio reclamarse de una disciplina con pretensiones ordenadoras, y hasta científicas, y terminar describiendo el desmantelamiento, el estancamiento y hasta la regresión y la decadencia, sin poder siquiera aspirar a una arqueo-

logía: a la reconstrucción de una sociedad y su sistema cultural. O la ciencia y la técnica sirven para dar orden al entorno social y poner a la naturaleza al servicio de los hombres, o su legitimidad desaparece y su desempeño va en contra de las mismas (se vuelven sujetos de interrupción, de persecución).

Los sociólogos ya formados devinieron, algunos, en antropólogos (en busca de la matriz cultural de las bandas juveniles en las barriadas, por ejemplo), pero la gran mayoría en historiadores (principalmente del Estado fuerte mexicano) o, lo que se convirtió en la gran moda, en «cientistas» políticos o politólogos. Y es que fueron estos últimos quienes tuvieron la fuerza, que se convirtió luego en cinismo, de crear una nueva utopía de futuro: «el tránsito a la democracia».

En efecto, algunos países en el espacio occidental (en realidad los del centro de Europa, en los que la modernidad tuvo su cuna, y otros bastante cercanos a ellos en el Mediterráneo y, por extensión migratoria, en el Cono Sur) dejaban atrás, entre los años setenta y ochenta, situaciones de gran opresión derivada de armazones burocráticas, militares o partidistas. Actores sociales con algún privilegio derivado de la organización sindical, empresarial, de la educación, la cultura, etcétera, pactaron acuerdos de colaboración entre sí orientados a desalojar del centro de la escena a las fuerzas dictatoriales, para lo cual era necesario, en efecto, postergar las demandas de los amplios sectores menos favorecidos para generar una nueva institucionalidad, o reconstruir la que ya existía, con base en un tránsito pactado hacia una democracia política que pudiera, después, plantearse los problemas sustantivos: igualdad y mejoramiento de las condiciones de vida.

Lo que apareció hacia el final de los setenta como un programa de emergencia contra las dictaduras se convirtió en la ideología con la que la ciencia política iba a recorrer por lo menos los decenios que restaban del siglo xx, y que terminaría siendo tan útil y compatible con el modelo neoliberal. Primero en España con Juan Linz y

Ludolfo Paramio, luego en Norteamérica con Phillip Shmitter y Guillermo O'Donnell, haciendo la liga hacia el Cono Sur con Cardoso, Lechner, Garretón, Calderón y otros. La «teoría de la transición pactada» recibió el espaldarazo de gobiernos y universidades, en particular de las norteamericanas, y de la mayoría de las fundaciones, al llevar a cabo proyectos en la región latinoamericana que fantásticamente coincidieron en sus postulados con grupos nacionales de influencia como *Nexos* y el CIDE en México; ILET y FLACSO en varios puntos del continente; CEBRAP en Brasil, etcétera.

Dos cuestiones parecen quedar ocultas por esta letanía de la transición pactada o de la «ruptura pactada», como se ha denominado recientemente (intentando aparecer todavía como una propuesta de cambio y no de justificación del *statu quo*). En primer lugar, esconde una diferencia esencial: de acuerdo con el desarrollo del capitalismo en su estadio de globalización, ochenta por ciento de la población del mundo está condenadas a la exclusión social, política y cultural, y tal porcentaje se está ampliando. En consecuencia, generar un continuo entre los países europeos como Polonia y la República Checa (o de abrumadora inmigración europea, como Uruguay o Chile), y las sociedades profundamente desarticuladas (de alto mestizaje, demografía desbalanceada, movilidad territorial acelerada, urbanización salvaje...), significa ni más ni menos que regresar a las más elementales teorías de la modernización: las sociedades se pueden ordenar en una línea continua, las que llegan más tarde terminarán reproduciendo, con variantes, las formas económicas e institucionales de los polos originarios: la situación entre España, con uno de cada cuatro habitantes en condiciones de exclusión y precariedad, no sería distinta de lo que pasa en Perú o Guatemala, donde uno de cada cuatro participa en el consumo, el sistema político y la cultura; el problema es sólo de tiempos (según la teoría del tránsito); un buen pacto entre las fuerzas sociales y políticas integradas, y hasta de élite, acortaría sin duda las distancias y los tiempos.

De manera increíble, hacia finales del siglo xx, nos encontramos con una inocente, en apariencia, teoría del tránsito a la modernidad o ¿qué otra cosa si no ésa está implicada en la noción de tránsito a la democracia, a un estadio futuro y mejor, parecido al tipo ideal europeo de representaciones políticas, vida pública, cooperación internacional con base en las ventajas comparativas, igualdad social y dominio desde la ciencia y la técnica del entorno natural en beneficio de los hombres en sociedad?

#### IV

Todo eso suena muy bien sólo que, segundo ocultamiento, sus límites son los del modelo de desarrollo en que surge y que termina por justificar, es decir, los del capitalismo de la etapa de la globalización, que implica que sólo algunos puntos del orbe pueden subsistir en una competencia mercantil a campo abierto: sin fronteras ni aranceles (apertura que los países más poderosos sólo respetan en teoría), y que relega a la enorme mayoría de los hombres (cuatro de cada cinco) a la pobreza, la destrucción de su cultura y la exclusión. Por eso mismo, estos teóricos no pueden llegar al extremo del cinismo de llamar a esta teoría «tránsito a la modernidad», y limitan la noción a la de «tránsito a la democracia». El problema de la exclusión es tan patente en el panorama latinoamericano (y sin duda del tercer y cuarto mundos) que las ciencias sociales han tenido que recurrir a la separación, a extremos ya injustificados, entre economía y sociedad, y entre sociedad y política.

De la misma forma en que constatamos que en la etapa de la globalización lo que es bueno para la salud de los indicadores económicos se convierte en enfermedad para los indicadores sociales, así también, en lo que a la ciencia política se refiere, la búsqueda de la paz social, del tránsito pactado, ha podido ser presentada al margen del asunto de la igualdad social y la erradicación de la pobreza y, lo que ya resulta alarmante, en contra, incluso, de esos objetivos, de lo que en el modelo de la modernidad fue concebido como la de-

mocracia sustantiva (social y política). Y es que la propuesta del pacto entre élites se está convirtiendo, a pesar de que sabemos que ya no vamos hacia una sociedad dentro del ideal de la modernidad, en el expediente desesperado para cerrarle el paso a los dos peligros que acechan al *statu quo*: por un lado, a la amenaza del regreso de las dictaduras (y de los liderazgos personalizados en general), y la supresión de un sistema de representaciones que ya no puede con la multiplicación del desorden («fujimorización» decimos hoy en América Latina) y, por el otro, al peligro del desborde popular, que ya no se piensa masivo y estructurado (imagen romántica de la revuelta popular, propia de órdenes culturales más estables), sino desarticulado y degenerativo: descompuesto, individualizado o de pequeños grupos, de sucesos aislados y cotidianos, pero constantes, en cada esquina de las barriadas y las colonias, en cada banco, en cada restaurante, en cada domicilio particular.

Así que, siendo más crudos, la propuesta de una llamada teoría del tránsito a la democracia, desde el momento en que se está llevando a cabo en una sociedad crecientemente desigual, está condenada a producir una separación entre sociedad y política: ante el aumento de la desorganización y la pobreza, nos dice, opongamos pactos para la paz que permitan conservar los pocos o muchos beneficios de los integrados, un sistema de pacificación entre integrados y excluidos, en el que se evite la revuelta y cada quien se vaya haciendo cargo, de acuerdo con sus medios, de su seguridad cotidiana. Y en efecto, quién lo duda, más vale todo esto que la violencia generalizada; más vale, aquí y allá, una violencia contenida y sorda que la violencia abierta que borra de un golpe la fuerza de la cultura y las normas, mucho más desgarradora moralmente, mucho más mortífera sin duda; más vale anomia, pobreza e incultura que sangre, que puede ser incluso, claro está, nuestra sangre, la de los integrados que, en estas sociedades, gozamos de amplios beneficios y, en primer lugar, de aprovechar el trabajo de los excluidos para facilitar todas nuestras actividades cotidianas, lo que se ha

comenzado a traducir en cuadros domésticos como los de la India, en donde las familias con recursos disponen de choferes, cocineros y hasta de jardineros y sastres de planta cada vez más baratos o a cambio sólo del alimento.

En este marco, no sólo la sociología se vuelve un recordatorio impertinente de algo que de todos modos no tiene remedio, sino que las protestas o manifestaciones que se oponen desde lo social a la exclusión en cualquiera de sus formas, son vistas como actos irracionales, una irresponsable invocación a las dictaduras y el desbordamiento plebeyo. En ese contexto se inscriben declaraciones como las del Grupo Nexos en torno a Chiapas, cuando postulan: «Una de las consecuencias más graves del alzamiento armado del EZLN es la de poner en cuestión el consenso que parecía haberse alcanzado entre todas las fuerzas políticas y sociales del país en relación con la vía pacífica y legal» (Rolando Cordera, Gilberto Guevara Niebla, Pablo Pascal, Luis Salazar, Adolfo Sánchez Rebolledo, Raúl Trejo, José Woldenberg, «Chiapas: por una salida negociada y pacífica», Perfil de *La Jornada*, 10 de febrero, 1994); o bien las de Octavio Paz pidiendo «un 'hasta aquí' a los excesos verbales e ideológicos de algunos intelectuales y periodistas» y a las «numerosas e irresponsables apologías de la violencia», o, en fin, las de Aguilar Camín, quien condena al periodismo por haber otorgado a «la violencia chiapaneca el perfil de una épica más que de una desgracia» (*La Jornada*, 25 de marzo, 1994, p. 11).

#### V

Llegamos pues a un punto medular en el que queda claro que no hay modernización posible para nuestras sociedades, al menos como nos ha sido propuesto en la ruta de los países industrializados de Occidente (con el avance ciego de la técnica y la integración transnacional obligada). Pero, sin establecer las cosas de manera tan tajantes, es claro que en los próximos cien años, incluso si los cálculos modernizadores más optimistas imperan, tendremos frente a

nuestros ojos una masa de excluidos equivalente a las cuatro quintas partes de la humanidad, y es claro que esa masa es cada vez más prescindible para el funcionamiento de los espacios y los agregados humanos enganchados al mundo globalizado del consumo y la producción, aquel que en realidad cuenta para las quinientas o las mil grandes firmas mundiales asociadas estrechamente a los organismos financieros más influyentes, y a los gobiernos y ejércitos de las grandes potencias.

Frente a un panorama así, ¡aunque sea por cien años!, aparecen nuevas propuestas en el pensamiento mexicano y latinoamericano que consideran que es indispensable abandonar la teoría del tránsito hacia un estadio futuro mejor con base en la modernización científico-técnica, con economías abiertas a la «competencia» internacional, y comenzar a plantearnos las cosas con base en un modelo de doble lógica, mantener al mismo tiempo dos principios de racionalidad que hoy se presentan como excluyentes y que tenemos que aprender a compatibilizar: el que pasa por la modernidad y remata en la modernización salvaje llamada globalización, y el que aprovechando lo mejor de la modernidad y la técnica establece un espacio defensivo que tiende al equilibrio y se centra en la reconstrucción material y moral de las identidades colectivas en el ancho mar de los excluidos.

¿Cómo reconstruir un espacio semejante en el marco de las sociedades nacionales de hoy y, sobre todo, en el marco de los Estados autoritarios históricos como el mexicano? Es muy difícil. Una nueva utopía en este sentido implica un cambio de plano, es decir, no establecer la lucha en los mismos espacios predeterminados y ocupados casi en su totalidad por el sistema dominante, con todos los recursos económicos y tecnológicos, nacionales e internacionales de su lado.

En esa medida, los acuerdos pactados entre élites sociales y políticas para lograr un sistema electoral más equitativo y mejores espacios para el embarneamiento de la democracia política están

siendo reconocidos como tareas de la mayor importancia, pero no se pierde de vista, tampoco, que son a menudo aprovechados para justificar y fortalecer el sistema dominante y, más importante aún, sin olvidar que tales pactos establecen, en la mayoría de los casos, una gran tensión con los liderazgos y con los integrantes de las organizaciones y los movimientos sociales hasta llegar al extremo de «vaciar hacia arriba» a sus vanguardias, hacerlos perder contenido y abrir escisiones en el mundo de los excluidos; la batalla partidista parlamentaria, tal como se presenta hoy para los partidos social-populares como el PRD mexicano o el Partido del Trabajo brasileño, desemboca en una tensión insoportable para estas organizaciones, porque las obliga a mantener en un mismo espacio proyectos contrapuestos, como los acuerdos pactados para la limpieza electoral, y las luchas sociales de los sectores más pobres que terminan a cada momento siendo masacrados por los regímenes neoliberales crecientemente incapacitados para dar solución a esas demandas y obligados a mantener sus compromisos con los poderes transnacionales (en los próximos decenios por lo pronto o pagan la deuda o verán incautado el petróleo por Estados Unidos; las demandas de los movimientos y organizaciones sociales frente a esto pasan al último lugar).

Comienza a quedar claro que este cambio de plano cultural para enfrentar las necesidades de los excluidos y acercar, poco a poco, los dos proyectos de vida social no puede plantearse en términos de ocupar el lugar de quien tiene el poder nacional, tampoco por medio exclusivamente de pactos sociales, partidistas o parlamentarios de los incluidos ni, menos aún, por la vía de la confrontación armada y la toma del poder del Estado nacional, porque es evidente que la concentración de recursos del lado de la dominación transnacional no tiene hoy paralelo. Pensar, por otra parte, que un levantamiento generalizado, nacional o transnacional, podría facilitar la solución de los problemas de esa enorme masa de desposeídos materiales y culturales ya no funciona más

que como apocalipsis, como utopía negativa, y su solo planteamiento conduce, en efecto, a justificar el empleo exacerbado de los recursos cibernéticos de seguridad policíaca y militar desde el núcleo duro del poder.

## VI

Hablar, pues, de un cambio de plano cultural tiene otra significación según las posiciones intelectuales más recientes ligadas a las luchas sociales y en particular al zapatismo; significa sin duda revisar de nuevo las vías de organización social abandonadas sin justificación en momentos históricos pasados, vías que no se plantean como objetivo la consecución armada, apocalíptica o parlamentaria del poder del Estado nacional; se trata de formas de solidaridad colectiva y de reconstrucción de las identidades societales, que sería ridículo encerrar en una definición porque dependen de infinidad de elementos propios de su entorno y su historia. El objetivo, según esto, sería el desarrollo de una ingeniería, con base en la experiencia vivida, de reconstrucción de las identidades colectivas convenientes o sustentables (en cada espacio de actividad económica, fronteras geográficas, herencia cultural, etcétera), que establecen autónomamente sus límites territoriales e identitarios (municipio, unión de ejidos, cooperativa, región étnica o culturalmente definida, universidad, etcétera).

Todo ello está empujando, naturalmente, a revisar la idea de cooperativismo en todas sus expresiones, desde las uniones de ejidos hasta las barriales, pasando por los espinosos problemas de aquellas áreas de destrucción despiadada, social y cultural, en las periferias urbanas de las grandes ciudades, espacios llenos de resquemores, individualismo, vandalismo y lucha de todos contra todos; implica plantear el delicadísimo problema del desarrollo autosustentable, de hasta qué punto en cada unidad conviene una estrategia defensiva de cooperativas de consumo, de transporte, preparación de alimentos, producción para el autoconsumo, o hasta dónde hay que

aprovechar, para ciertos productos, las ventajas comparativas del mercado, o incluso destinar todo a este último ámbito, etcétera.

La idea de utopía es reiterativa en este contexto, y aparece asociada a la noción de dificultad, de algo que es difícil de alcanzar. Hay en todo el planteamiento, sin duda, una urgencia de reconstrucción de la comunidad, que está propuesta, en primer lugar, ante la degradación social, el individualismo anómico y el desmantelamiento de las solidaridades primarias en nuestros países, pero también está propuesta, inevitablemente, ante el surgimiento amplificado del sujeto consumista de alta escolaridad y gran información, propio de las sociedades desarrolladas de Occidente, y las élites del sureste asiático y de la periferia en general. De aquí surgen algunos problemas que subrayan la dificultad de la utopía en torno a la «reconstrucción de las identidades sustentables».

1) ¿Quién puede reconstruir o conservar espacios defensivos con límites culturales y viabilidad económica sustentable si la información de que dispone el público, desde la televisión hasta la educación universitaria, cada día niega y ataca una propuesta semejante?

2) ¿Quién puede luchar contra la propia herencia cultural que traiciona a cada momento hasta los más lúcidos dirigentes y críticos, a los constructores de las utopías posibles? Si en un extremo se vuelve difícil el ideal comunitario como resultado de la exaltación del sujeto de alto consumo mercantil, cultural e informático de las sociedades desarrolladas, en el otro, la herencia cultural estatista que nos acompaña, y que fue atizada por el rol central del Estado en el ideal socialista, ha vuelto confuso el itinerario para el pensamiento crítico y las vanguardias, sobre todo en un país como México, en donde la acción social y sus dirigencias tienden de inmediato al lugar de vértice, a ocupar el sitio del Estado nacional. Esta «propensión buropolítica», como la hemos llamado, se exagera cuando los movilizados se dan cuenta que solos no pueden contra el poder del tlatoani, basado en la destrucción del «otro». Entonces, la acción

social, en una especie de «ley de hierro de la mexicanidad», tiende a la acumulación de fuerzas con otros movimientos y actores y el desenlace es siempre el mismo, un círculo vicioso: o pactan con las fuerzas del Estado o son dismanteladas por la violencia, la corrupción, las luchas intestinas (tan fáciles de provocar en alianzas tan amplias y poco consistentes). Pero, en el otro extremo del razonamiento, las preocupaciones son también legítimas: cómo vivir en lo local, en lo regional, en los límites marcados por la identidad conveniente o sustentable, bajo el acecho perverso del poder total del señor de Aztlán y su alianza, hoy sin cortapisas, con los poderes transnacionales (basta recordar a Tepoztlán en sus luchas recientes contra los megaproyectos turísticos).

3) Tenemos, en fin, una tercera dificultad para la pretendida reconstrucción de las identidades sustentables: resulta que el adversario principal de los regímenes que pretenden llevar adelante las políticas globalizadoras está constituido ni más ni menos que por los grupos de identidad dura, modernos o premodernos, que van desde el sindicalismo, las cooperativas, los ejidos, las universidades, la exigencia de autonomía de los pueblos indios, las organizaciones barriales para la alimentación o el transporte, los tradicionales espacios creados por el Estado de bienestar en torno a la salud, la educación, etcétera. Por algo una de las más valoradas especialidades de los regímenes de la globalización es la ingeniería dismanteladora de estos núcleos duros de la identidad colectiva, puesto que son los que oponen resistencias al libre tránsito de las mercancías producidas a escala planetaria a costos irrisorios en campos de la muerte maquiladora. En esas condiciones, una confrontación central de nuestra época, si no es que la principal, se establece entre esas fuerzas de la globalización y los intentos por mantener o reconstruir identidades colectivas sustentables. No se trata sólo, entonces, de una utopía inocente, sino de una propuesta sujeta al exterminio y a la persecución. La idea de comunidad no tiene por qué estar asociada necesariamente al tradicionalismo y,

en el extremo, a la imagen campesino-indígena tipo Juchitán o el zapatismo chiapaneco; es cierto que en el México roto, digamos en las extensas barriadas de las megalópolis, aceleradamente pobladas de manera heterogénea, resulta de hecho imposible recrear una identidad compartida, pero eso no debe hacernos perder de vista la urgencia por romper la ley de hierro de la mexicanidad y construir una nueva cultura no estatal para los mexicanos.

#### VII

Después de muchos años de recorrido conceptual mexicano y latinoamericano, las ciencias sociales parecen estar intentando un camino paralelo y quizás alternativo al que la sociedad dominante está haciendo imperar; un camino basado en la utopía de reconstruir las «identidades sustentables» no sujeta «a los ritmos de la tercera revolución científico-técnica, una preocupación por lo territorial, lo regional, lo comunitario...».

Lograr esto depende de la superación crítica de lo que al final de todo el recorrido es presentado por el discurso dominante como una muralla infranqueable: las propuestas neoliberales no son un modelo entre otros tantos; realistamente hablando —se asegura— el factor que nos llevó a adoptar estos planteamientos fue la incapacidad cada vez mayor del Estado de bienestar, en casi todo el mundo, para hacer frente a las crecientes demandas de sus respectivas sociedades. El déficit fiscal a que esto condujo dejó a todos los gobiernos del mundo sin alternativa: para reducir el gasto público y el tamaño del Estado había que privatizar muchas de sus funciones, hacerlas competentes y eficientes en el mercado por esta vía, y que los usuarios paguen su costo real; no era posible seguir subsidiando mercancías y servicios por más tiempo, así fueran de utilidad pública.

Lo que hoy, con más perspectiva, comienza a clarificarse, desde una visión latinoamericana alternativa, es que interpretar lo que pasaba como crisis fiscal, y culpar por ello al Estado de bienestar, no fue un diagnóstico correcto, sino una forma de enfocar el problema

de acuerdo con intereses particulares, los de los grandes polos de concentración capitalista. Hoy nos damos cuenta de que si existía un déficit fiscal era porque el Estado había tenido que encargarse poco a poco de funciones mayores y más costosas, pero que lo que explicaba el asunto no era la ineficiencia del sector público (aunque muchos ejemplos efectivos de ineficiencia y corrupción entraran a la disputa y fueran perversamente confundidos con las verdaderas monstruosidades de las economías centralizadas o socialistas), sino una alteración que superaba todos estos referentes y debía ser planteada como un desequilibrio entre sociedad y naturaleza.

En efecto, la presencia de masas crecientes de hombres, particularmente en grandes centros urbanos, así como la elevada demanda de supuestos satisfactores propios de la economía de consumo, tuvieron como resultado un gran impacto sobre las fuentes energéticas, acuíferas, sobre la conservación del medio ambiente, la infraestructura pública, etcétera, que elevó sus costos de forma muy desproporcionada.

Garantizar una red de transportes y subir mil metros el agua que consumen los veinte millones de habitantes del Distrito Federal implica costos que no se explican por la ineficiencia del Estado de bienestar (aunque se puedan comprobar enormes ineficiencias y corrupción aquí y allá), sino por un fenómeno mucho más complejo y neurálgico: el del agotamiento del entorno natural y sus costos impagables de sustitución.

Ante esto, el neoliberalismo planteó que fuera el mercado, el ámbito privado de la oferta y la demanda, el que se encargara de enfrentar el desbalance. Y es que, visto como crisis fiscal, todo parecía quedar arreglado: el Estado se haría más chico, se privatizarían las empresas y la competencia; sirviéndose de la ciencia y la técnica encontraría las soluciones más eficaces y baratas para abordar con decisión el nuevo desbalance.

Sin embargo, en la medida en que el problema se encuentra en los fundamentos mismos del principio de existencia social, es

decir, en la relación con el entorno natural, y no se reduce a un asunto de desbalance fiscal, la receta del neoliberalismo, en torno al mercado, el individuo, la empresa privada, la competencia transnacional y el avance científico-técnico, ha demostrado ser no sólo ineficiente para corregir el desbalance, sino que ha contribuido a su agravamiento aceleradamente.

Colocado el problema como desbalance profundo entre sociedad y naturaleza, reaparece como viable e incluso como una vía privilegiada el tema de la reconstrucción de las identidades colectivas sustentables y el de la regulación estatal de ciertos procesos que no pueden ser cubiertos por ninguna otra entidad.

Visto desde este ángulo, la legitimidad de estas temáticas deja de ser cuestionada por la ideología del neoliberalismo y es posible levantar la hipótesis de que si los intereses de las grandes empresas capitalistas y sus gobiernos estuvieron en mejor posición para generar con mayor agilidad una ideología (el neoliberalismo), fue por su cercanía con los centros creadores del saber. Pudieron aprovechar así el desbalance sociedad-naturaleza a su favor por la vía de la crítica al Estado, al corporativismo, a lo colectivo... Pero en una segunda oleada, cuando ya fue posible hacer el balance del desorden social agravado por el libre mercado, cuando los movimientos sociales e incluso los levantamientos armados dijeron ¡ya basta! a la transnacionalización y a la pobreza, los temas fundamentales se han comenzado a plantear de otra manera y eso está afectando, naturalmente, nuestros conceptos: la cuestión es entonces cómo hacer subsistir lo comunicatorio con lo individual, el mercado con el Estado, la economía doméstica y su defensa con la eficacia competitiva transnacional, el desarrollo de la técnica y del comercio con la defensa del empleo.

*Diez preguntas  
sobre los movimientos sociales*

EMILIO DUHAU

[Universidad Autónoma Metropolitana]

En las reflexiones que planteo en este trabajo intento retomar un conjunto de cuestiones que están presentes en el debate reciente sobre los movimientos sociales, en particular en América Latina. He optado por organizar este ensayo en términos de un conjunto de preguntas sobre las que es posible formular diferentes respuestas, pero que he tratado de no pronunciar de modo taxativo.

*¿El fin de la sociedad organizada en torno al trabajo?*

Hay buenas razones para que el movimiento obrero sea considerado como el movimiento social «clásico» por antonomasia, ya que emergió expresando el conflicto central de la «moderna sociedad capitalista». Como es bien sabido, la institucionalización del movimiento obrero significó a largo plazo la de este conflicto central. Dicho de otro modo, constituyó una pieza clave en la organización del conflicto central de las sociedades modernas en cuanto sociedades capitalistas organizadas en torno a la explotación del trabajo asalariado.

En las sociedades nacionales conocidas como desarrolladas, la dinámica capitalista, durante alrededor de tres décadas («los gloriosos treinta») y sobre todo a partir de la finalización de la segunda guerra mundial, posibilitó la consolidación de un conjunto de arreglos básicos concretados en el Estado benefactor, que tuvieron como supuesto central la salarización progresiva y per-

manente de la enorme mayoría de la población económicamente activa.

En el marco de tales arreglos y en la medida que el supuesto señalado se mantuvo vigente, el conflicto central se convirtió en una negociación distributiva más o menos estabilizada: mayor productividad, mayores salarios, mayor acceso garantizado a un conjunto de bienes y servicios básicos. También se amplió durante las últimas décadas el horizonte de las luchas sociales que pasaron a expresar una diversidad de motivos vinculados ya no a la institucionalización de un conjunto de derechos hoy considerados básicos y la emergencia de la generalidad de la población por encima del nivel de la pobreza, sino a riesgos globales (pacifismo y ecologismo), con las reivindicaciones relacionadas con el estatuto social de diversas minorías y la reivindicación de derechos asociados a las «diferencias».

Pero, como es conocido, la reestructuración capitalista detonada por la crisis de mediados de los años setenta introdujo lo que parecen presentarse como modificaciones perdurables en el supuesto central —la salarización creciente y permanente de la población—: altas tasas de desempleo y precarización de franjas significativas de la fuerza de trabajo son desde hace algunos años componentes permanentes del escenario social de los países desarrollados. Esta situación ha ido acompañada de la pérdida de importancia relativa de los puestos de trabajo en la industria y la consiguiente pérdida de centralidad del *locus* del movimiento laboral institucionalizado: los grandes sindicatos por ramas industriales.

En América Latina, las cosas evolucionaron de modo diferente, pero con un conjunto de semejanzas (al menos en relación con el modelo de desarrollo adoptado). En los países con mayor territorio y población, mirados retrospectivamente, el modelo de desarrollo capitalista basado en la sustitución de importaciones había dado lugar, en los años setenta, a la formación de un mercado in-

terno significativo, a la preponderancia numérica de la clase obrera industrial y a sistemas de seguridad social que, sin la amplitud y grado de penetración en la reproducción social alcanzadas en el mundo desarrollado, proporcionaban, sin embargo, el modelo de incorporación e integración sistémica que con la continuidad del desarrollo, se suponía, habría de alcanzar en algún momento a la gran mayoría de la población.

Para el mundo desarrollado y el conjunto de países clasificados como de ingreso intermedio no es discutible la permanencia estructural de las clases sociales fundamentales de la sociedad capitalista. Está claro que lo que fue el componente fundamental de las clases subalternas —tanto en el centro como en la periferia capitalista compuesta por los países de ingreso medio—, el obrero industrial, se convierte en un componente minoritario de dichas clases, y con ello son muchas cosas las que cambian. Una fundamental: que el terreno de las luchas sociales y su centro de gravedad se desplazan inexorablemente. El terreno, porque la gran planta industrial «fordista» y con ello los grandes agregados de obreros industriales con sus sindicatos de industria o de rama tienden a perder el papel de *locus* central de la relación trabajo asalariado-capital. En cuanto al centro de gravedad, el eclipse del componente mencionado se da junto con una clara tendencia —promovida explícitamente por los gobiernos y los capitales multinacionales— a la fragmentación creciente, en estatuto laboral e ingresos, de la clase trabajadora.

En el mundo desarrollado, esta nueva situación ha sido percibida —y se ha manifestado también en el terreno político electoral— como el problema de la exclusión (véase Touraine: 1990) que hasta el momento no ha llevado a la definición de un terreno claro de protestas y movilizaciones sociales de carácter progresivo, sino de respuestas desorganizadas y anomia, protestas y movilización defensiva de las franjas organizadas cuyas perspectivas laborales y estatuto resultan amenazados o quebrantados, y persistencia de los «nuevos» movimientos sociales (verde, feminismo, *gay*, etcétera) pro-

tagonizados por los «integrados», así como movimientos de orientación restitutiva,<sup>1</sup> marcados por el chovinismo y el racismo.

En América Latina, y en México en particular, la nueva problemática en el terreno de la acción colectiva ha sido trazada de modo convincente por S. Zermeño en términos de las tendencias a la «desorganización» (1989 y 1994), pero por otro lado, una multiplicidad de trabajos muestra la emergencia de una gran diversidad de formas de organización y movilización popular, marcadas por la lucha por la subsistencia y la búsqueda de una democratización que en muchos casos, más que expresarse como demandas planteadas a uno o unos adversarios determinados, se manifiesta como búsqueda de formas democráticas de autoorganización.

Regresando a la pregunta inicial, lo único que parece estar claro hasta el momento es que aunque difícilmente se puede sostener que el trabajo ha dejado de ser una categoría social central, el futuro, la composición y el estatuto social de la clase trabajadora constituyen una verdadera incógnita.

### ¿Dónde está el sujeto?

Frente a la nueva situación, al menos tres perspectivas en el debate latinoamericano en las ciencias sociales, y en la sociología en particular, se interrogan por el sujeto capaz de una contestación consistente al *statu quo* y de operar como motor del cambio social. La primera, constituida en el terreno sudamericano de las dictaduras y las transiciones, descubre como problema de las sociedades latinoamericanas la institucionalización del conflicto en el proceso de transición a la democracia. A partir de ahí abandona, al menos implícitamente, el plano societal de la relación entre clases sociales, repre-

<sup>1</sup> Utilizo este término para referirme a las formas de movilización que invocan el regreso a valores o a situaciones sociales que habrían retrocedido o habrían sido afectadas por un «otro» al que se considera como intruso; por ejemplo, los trabajadores migrantes.

sentación política y actores colectivos, para concentrarse en la construcción de sistemas políticos democráticos.

Una segunda perspectiva propone que el conflicto, y por lo tanto el problema fundamental, sigue siendo el de la explotación y la dominación y, por consiguiente, los movimientos sociales expresan, en nuevas condiciones, la lucha de clases. El sujeto ya no es el obrero industrial, sino que

la pluralidad de elementos constitutivos obliga a referirse a las «clases populares» como sujeto doblemente colectivo (por la heterogeneidad de sus ingredientes y por sus expresiones), donde el concepto de clase abandona su referente estrecho al trabajador: 1) productivo, 2) asalariado y 3) del mercado formal, para englobar a todos quienes participan como explotados y oprimidos en las relaciones de poder —político, económico, de género, cultural, étnico...— institucionalizadas en el Estado, sus aparatos y políticas (Vilas, 1995: 82).

Una tercera perspectiva, expresada en función del análisis del caso mexicano que hace Zermeño, sostiene que la crisis del modelo de desarrollo y del punto de inflexión establecido por la redefinición desde arriba de la inserción de las economías latinoamericanas en la economía global ha debilitado a los actores que expresan la formación de una sociedad moderna y las posibilidades de organización de la lucha de clases y de los conflictos centrales, en términos de representaciones políticas y grupos de interés. El desmantelamiento de los prospectos de modernidad ha dado paso, de acuerdo con esta perspectiva, a una extrema fragmentación y desorganización sociales.

Me parece que las tres perspectivas están apuntando a otras tantas tendencias y significados atribuibles a las circunstancias actuales.

La perspectiva de la democracia emergente asume, con razón, aunque en gran medida sin hacerlo explícito, que el conglomerado que integra el grupo económico, social y políticamente

dominante enganchado al carro de la globalización (políticos y tecnocracia neoliberal, grandes grupos económicos asociados a la globalización y grupos gerenciales de la clase media), sólo resultará condicionado a la incorporación efectiva de las demás clases y sectores sociales, por la vía de la institucionalización y consolidación de la democracia política. Un juego que el interés bien entendido de todos los actores llama a jugar en la medida que no se observa en el horizonte ningún actor sociopolítico capaz de intentar subvertir con éxito el orden socioeconómico vigente.

En el fondo de esta perspectiva yace la apuesta de que es posible llegar a un orden más democrático en lo social por la vía de la democracia política y que, por consiguiente, esta última no es el producto necesario de una previa modernización social en el sentido clásico.

La segunda perspectiva parece apostar a que en la multiplicidad de identidades y formas de acción colectiva subyace una identidad potencial englobante: las clases populares que comparten una situación común de dominados y explotados, base posible de un sujeto colectivo cuyas reivindicaciones no pueden ser contenidas en el marco estrecho proporcionado por las «democracias coartadas» producto de la transición (Guido y Fernández 1989). La hipótesis central se opone a la de la perspectiva anterior: no existe posibilidad de una democratización social con la institucionalización de la democracia política, la cual está operando como mecanismo para la gestión de la modernización excluyente. Es innegable la tendencia a que la democratización política vaya de la mano de la imposición de un modelo con efectos excluyentes; sin embargo, dicha democratización está implicando la apertura de espacios que posibilitan el despliegue de la protesta social.

La tercera perspectiva se orienta a lo que también es un rasgo innegable de la situación presente: la desorganización social que genera el modelo dominante. No obstante, no existen razones muy claras que avalen la idea de que quizá la única posibilidad ante la

desintegración social sea lo que Zermeño ha denominado el «regreso del líder» (1989).

*¿Hay un conflicto central o, más bien, cuáles son los conflictos centrales?*

Surge a continuación la pregunta de si, en las actuales condiciones, las acciones colectivas responden a macrotendencias que expresan una totalidad estructurada y, por lo tanto, tienden a organizarse en torno a un conflicto central; o más bien, expresan una diversidad de identidades, demandas y orientaciones de acción que hacen problemático postular un eje articulador.

Desde la perspectiva que sostiene el carácter popular del sujeto de clase en la periferia capitalista, y en particular en América Latina, existe un común denominador de los diversos referentes: el carácter compartido de explotados y dominados de los actores movilizados (Vilas 1995; Fernández 1995). Es, por lo mismo, posible postular la existencia de los movimientos sociales de protesta, en la medida que están vinculados globalmente:

... en función de lógicas causales conectadas a distintos planos de la reproducción de los sistemas de dominación, las interacciones de la movilización social se encuentran globalmente interrelacionadas y determinadas estructuralmente, surgiendo así la opción de pensar desde qué ciclos se interrelacionan las fases de conflictualidad, formas de lucha y tipos de subjetividad y de identidad esencial de los actores, clases o movimientos sociales... el ciclo definitorio que engloba el conjunto de la experiencia histórico-social de América Latina se inscribe en lógicas de subjetivación enmarcadas en la trascendencia de una modernización salvaje, excluyente y retenida exclusivamente por una minoría elitista en extremo reducida (Fernández, 1995: 96 y 103).

Afirmaciones como ésta me dejan perplejo; no porque rechace la existencia de situaciones donde, durante un mismo periodo,

o incluso un mismo año (es el caso del 68), se produzca la movilización social simultánea de diferentes actores en varios contextos y países, sino porque el planteamiento no contiene ningún principio explicativo, sólo una postulación. Y, sobre todo, porque no propone ninguna forma de establecer el vínculo entre determinadas macro-tendencias económico-sociales —en este caso modernización excluyente— con la activación de actores determinados y la formación de la identidad —el nosotros— que permite tal activación.

De modo que si, por una parte, parece asistir razón a Gunder Frank y Fuentes cuando sostienen que

... los movimientos sociales tienden a tener ciclos de vida propios. Los movimientos tales, así como sus miembros, su movilización y su fortaleza tienden a ser cíclicos ya que movilizan a la gente en respuesta a (principalmente en contra, y en menor grado a favor de) circunstancias que en sí mismas son de carácter cíclico (Frank y Fuentes. 1989: 26).

Me parece que una afirmación como la siguiente (también de Gunder Frank y Fuentes):

El desarrollo de la presente crisis político-económica a nivel mundial y sus múltiples ramificaciones en distintas partes del mundo está generando y agravando sentimientos de privación económica, política, cultural y de identidad, así como el agravio moral que deriva del sentimiento de justicia de millones de personas en todo el mundo (1989: 28).

No autoriza a predecir, con base en las manifestaciones actuales, que se formará un nosotros —a partir del contorno acotado por las «clases populares»— que protagonizará un ciclo, a gran escala y de modo articulado, de protesta, recusación y transformación del orden vigente. No necesariamente el agravio y la privación *per se* derivan en la articulación de movimientos sociales, llá-

mense de protesta o de otro modo. Al respecto debe señalarse algo obvio: las respuestas pueden ser, y de hecho lo son, muy diversas, van desde el retraimiento anómico y la huida hacia espacios extrasistémicos,<sup>2</sup> no antisistémicos (droga, violencia indiscriminada, criminalidad, etcétera), pasando por las movilizaciones localizadas de carácter comunitario-defensivo, que tienen algún interlocutor pero no un adversario definido, y las explosiones sin direccionalidad, hasta llegar al final, pero no de modo necesario, a la acción colectiva organizada y consistente que genera un poder social significativo, esto es, los movimientos sociales.

Es necesario retomar un elemento que la teorización contemporánea sobre la acción colectiva y los movimientos sociales asume como un conocimiento adquirido: las identidades que dan lugar al reconocimiento de un «nosotros», sus cualidades y potencialidades se constituyen y transforman en un proceso en el cual la relación con el «otro» y la imagen y respuestas que ese «otro» devuelve al «nosotros» forman un componente consustancial de dicho proceso.

Ahora bien, en las condiciones actuales, el despliegue de las identidades, de las solidaridades potenciales y de la acción colectiva es objeto de múltiples formas de monitoreo, persuasión y disuasión por parte de los encargados de gestionar el *statu quo*, capaces de incidir de modo significativo en su desarrollo. Hoy, es importante tenerlo en cuenta, la lucha por las conciencias ha superado ampliamente los medios que la caracterizaban hasta hace algunas décadas: desde las posiciones de poder es posible hoy racionalizar,

<sup>2</sup> Estoy utilizando aquí el término de retraimiento anómico para referirme a las actitudes y conductas que suponen la ausencia de valores a los cuales puedan ser remitidas. Su carácter «extrasistémico» está dado por el hecho de que no constituyen formas de rebelión frente al orden vigente o de contestación del mismo, sino respuestas disruptivas indiscriminadas.

fragmentar, individualizar y programar con altos grados de eficacia la gestión de los efectos de la explotación, la dominación y la exclusión. ¿Acaso la conversión de esta última en «pobreza» y las medicinas que se aplican para su tratamiento, no constituyen una expresión sintética de estas nuevas condiciones?

Por otro lado, hoy como siempre, pero en condiciones que han sufrido cambios radicales en las últimas décadas, la constitución de sujetos colectivos basados en la solidaridad y la percepción de una comunidad de destino es un proceso de construcción social que no tiene nada de natural ni eneluctable: se desenvuelve en el plano de la economía moral, no en el de la economía política.

### *¿Quién es el adversario?*

De acuerdo con Tilly, ningún movimiento social opera sin hacer referencia a por lo menos tres poblaciones: los que detentan el poder (objeto de las reclamaciones), los activistas y una población desfavorecida. Señala, además, que a menudo otras poblaciones desempeñan un papel de detentadores rivales de poder, activistas de movimientos sociales rivales, las fuerzas represivas, los miembros del público en general (Tilly, 1995: 27).

Tilly no especifica el significado del término «los que detentan el poder» y además está suponiendo un formato estándar de acción colectiva, tomado de la historia británica entre 1760-1820. Pero en todo caso es evidente que, en términos generales, se refiere fundamentalmente al personal gobernante, situado en diferentes instancias, según el caso que adopta como referente: la corona, el parlamento y, en general, las «autoridades».

Ahora bien, en este contexto la común referencia a «los que detentan el poder» no implica necesariamente un adversario determinado, ya que la exhibición de las demandas frente a la autoridad puede involucrar a un tercero que ocupa el papel de adversario y que no son las autoridades. Para Touraine, en cambio, un movimiento social propiamente dicho supone actores colectivos com-

prometidos en un conflicto para la utilización social de los principales recursos de una cultura; sus elementos constitutivos son la definición del actor mismo, la de su adversario y del desafío planteado por el conflicto y un principio central de integración de las conductas (Touraine, 1989: 246-249).

Si la posición de Tilly convierte en movimiento social una modalidad de acción colectiva que implica movilizarse en torno a una reivindicación, en la de Touraine, casi todo lo que se suele asumir como movimiento social en el contexto latinoamericano actual no lo constituye.

Observemos, por ejemplo, la abigarrada colección de formas de acción colectiva centrada en lo urbano, característica de los años ochenta en América Latina:

... se han originado formas organizativas de características sumamente heterogéneas y disímiles: luchas en los asentamientos por vivienda y legalización de la tenencia de la tierra; luchas por el suministro de servicios sanitarios...; luchas contra la carestía de la vida o por evitar el pago de impuestos excesivos; caceroleos; luchas por la obtención de servicios de transporte, ollas populares, paros cívicos, cooperativas de consumo para lograr abastecimiento básico de alimentos; movimientos de pobladores; agrupaciones femeninas por el suministro del «vaso de leche» a los niños o de servicios de salud populares; movimientos ecologistas contra la contaminación del medio ambiente y contra el despilfarro de recursos no renovables, etcétera (Calderón y Dos Santos, 1989: 79-80).

Frente a este abigarrado panorama, Touraine concluye que el principio de unidad de estas diversas formas de acción colectiva, que considera cercanos a los nuevos movimientos sociales que se forman en los países más industrializados, «... no es la defensa de intereses económicos, menos todavía una conciencia de clase: es la voluntad de ciudadanía». Y no constituyen, por consiguiente, movimientos sociales que oponen clase contra clase, sino parte de un

movimiento histórico; tienen como interlocutor al Estado, que opera como adversario y protector al mismo tiempo (Touraine, 1989: 246-251). En suma, el principio central que otorgaría unidad de sentido a esta multiplicidad de manifestaciones (en el centro y en la periferia) no sería la explotación, sino la exclusión.

### *¿Nuevos o lo de siempre?*

Gunder Frank y Fuentes (1989) sostienen que ni los movimientos considerados clásicos (fundamentalmente el movimiento obrero) son tan clásicos como se supone, ni que todos, ni siquiera la mayoría, de los considerados «nuevos» movimientos sociales son en rigor nuevos, ya que estrictamente sólo los movimientos ecologista y pacifista pueden ser considerados como realmente nuevos, en el sentido que suponen principios de movilización no presentes en formas precedentes de acción colectiva.

Sin embargo, me parece que esta forma de plantear la cuestión es un tanto formalista: apunta al contenido manifiesto de las demandas y reivindicaciones (los movimientos nacionalistas, étnicos, religiosos, etcétera, no tienen en este sentido nada de nuevo) y deja de lado el significado que la multiplicidad de formas de acción colectiva puede tener respecto del posible desplazamiento histórico del eje del conflicto y de movilización social. La novedad, es necesario pensarlo, radica quizá, más que en el objeto de la acción colectiva en que ésta tiende a converger en la definición de un espacio social que no es ni el de la lucha política —entendida como aquella que se desenvuelve en el marco de un sistema de partidos—, ni el de la lucha de clases.

### *¿Contra el Estado, en el Estado, sin el Estado, con el Estado?*

Los movimientos sociales, observados en retrospectiva (y en esto hay que darle la razón a Tilly), tienen éxito en la medida que logran el reconocimiento de sus demandas, se institucionalizan o simplemente desaparecen.

A este respecto es necesario distinguir en el problema dos cuestiones: la relación entre política y sociedad y entre institucionalización y autonomía.

a) ¿Política o sociedad? ¿Los movimientos sociales lo son en tanto y en cuanto se desenvuelven, valga la redundancia, en la esfera social, o en rigor siempre suponen llevar un determinado conflicto a la esfera de la política?

A este nivel, diversos planteamientos resultan cuando menos equívocos. Se ha dicho, y lo han aseverado diversos autores (C. Offe, A. Gunder Frank, entre otros) que los movimientos sociales en general o bien los «nuevos» movimientos sociales se caracterizan por no plantear su lucha en el terreno de la disputa por el control del poder estatal. Los movimientos sociales tienen poder en la medida en que se movilizan y actúan y no en cuanto logran poder político.

Hay que tener en cuenta que los movimientos sociales producen cambios no de modo directo en «la sociedad» (la estructura social), sino indirectamente, ya sea a través del cambio cultural o del jurídico-político. En efecto, tomemos como ejemplo las reivindicaciones de género (léase reivindicaciones feministas). El movimiento feminista puede lograr sus objetivos si logra un impacto en la percepción del significado del género y, en consecuencia, en las actitudes prácticas frente al género, pero además si a través del orden jurídico-político se establecen normas en contra de la discriminación sexista.

Normalmente, el éxito resultará de la combinación de avances en ambos terrenos, lo cual se traducirá al final en un cambio social; por ejemplo, una distribución diferente de las responsabilidades sociales, las tareas cotidianas y la influencia y el poder entre los individuos pertenecientes a distinto sexo.

Está claro que pueden existir muchas formas de acción colectiva que se orientan a influir en el plano de la economía moral, o si

se prefiere, de la transformación de lo que está bien y lo que está mal en el terreno del sentido común. También es evidente que para que tales formas de acción colectiva se desenvuelvan se requiere el ejercicio de un conjunto de derechos, o de lo contrario deberán desarrollarse en la clandestinidad. Así, si el movimiento *gay* ha de manifestarse públicamente para reivindicar sus derechos a la diferencia, se necesita tanto que la homosexualidad no sea objeto de criminalización como que haya alcanzado un cierto grado de legitimidad social.

b) ¿Institucionalización o autonomía? En el marco del estado-nación o, incluso, en el internacional, definido por el espacio acotado por los organismos multinacionales, la calidad de interlocutor reconocida a los actores colectivos continúa siendo, y parece ser cada vez más, un activo muypreciado. Pero el reconocimiento como interlocutor implica de modo necesario un cierto grado de institucionalización. ¿Significa esto la pérdida de autonomía de los actores colectivos?

Recordemos que incluso en el terreno clásico del movimiento obrero, la institucionalización en el sentido de la actuación en un marco legal determinado que confiere el papel de «representante autorizado», ha podido ir acompañada de grados muy diversos de autonomía. Comparemos a este respecto, por ejemplo, los sindicatos de diversos países del Cono Sur con los de México. Claro que la forma de la institucionalización (el contenido regulatorio del marco legal) resulta sumamente significativa.<sup>3</sup>

Pero situándonos en el terreno de los «nuevos» movimientos sociales, la novedad no parece consistir ni en que sean ajenos al

<sup>3</sup> Por ejemplo, establece condiciones muy diferentes para la acción colectiva la posibilidad de que la autoridad estatal pueda o no declarar «existente» una huelga, como ocurre en México, a que simplemente baste con declararla de manera formal.

espacio de la política, ni en la ausencia de tendencias a la institucionalización, sino en la común referencia a la «sociedad civil», entendida no en el sentido de la teoría política del siglo XVIII, como el ámbito del intercambio privado, más bien como un conjunto de actores vinculados al Estado en cuanto ciudadanos, pero no definidos ni como actores propiamente económicos o grupos de interés, ni como actores políticos (partidarios), aunque por supuesto en general «hagan» política.<sup>4</sup>

Esto, sin duda, otorga a las organizaciones no gubernamentales ese papel de bisagra que tienen en la actualidad. Éstas pueden administrar recursos públicos al mismo tiempo que «no» son gubernamentales, actuar como voceros de grupos desfavorecidos, denunciar las acciones de un determinado gobierno o empresa y participar en diversos foros internacionales promoviendo la institucionalización de normas y derechos a favor de la humanidad o de grupos determinados (los sin techo, las mujeres, los migrantes, las minorías étnicas, etcétera). Sin embargo, no se trata de «organizaciones de movimientos sociales» en el sentido que otorga Tilly al término, ya que no actúan como «representantes» de las poblaciones con las que están de alguna forma relacionadas.

Así como el reconocimiento progresivo de una esfera privada y la construcción paulatina de las instituciones que dieron forma al estado-nación a partir del siglo XVII no se presentaron como un dato objetivo, sino que están relacionadas inextricablemente con la teoría social y política, este nuevo espacio, que no sólo «está ocupado», sino que se constituye al mismo tiempo que dicha acción adquiere una orientación determinada, puede ser teorizado de diversos modos. Tal como ocurrió con la separación

<sup>4</sup> A este respecto, véase, por ejemplo, en lo que se refiere a las movilizaciones de carácter urbano y los cambios en la política, Núñez, 1990 y Massolo, 1994, y a la dimensión política del movimiento urbano popular en México, Ramírez Sáiz, 1994.

Estado-sociedad, esfera pública-esfera privada, esa teorización no resultará un elemento contingente respecto de la construcción de un nuevo significado de la sociedad civil, sino que será parte de tal construcción. De ahí también la importancia del debate correspondiente.

### ¿Universalismo o particularismo?

Una pregunta cuya importancia radica en que hace referencia a las bases de la construcción del «nosotros» que constituye el supuesto de la posibilidad de la solidaridad, el altruismo y la superación del dilema del prisionero en el desarrollo de la acción colectiva y de los movimientos sociales.

Al respecto, la reflexión contemporánea reconoce (por ejemplo, González Casanova, 1995), o bien señala, como una de sus limitaciones (Calderón y Dos Santos, 1989), el particularismo que caracteriza a las acciones colectivas de carácter defensivo y expresivo, así como a las que tienen como fundamento la etnicidad, la raza y, en cierta medida, la nación. Este particularismo puede ser vinculado a la lógica de la globalización capitalista:

... ahora, el universalismo de los movimientos igualitarios y socialistas se halla en un deterioro global. Hoy la mayor parte de las luchas sociales de los oprimidos se da con ideologías particularistas, o que parecen serlo. [...] El capitalismo global de fines del siglo XX privilegia ciertas estructuras que corresponden a fenómenos particulares focalizados o localizados, con nichos, «clusters» o santuarios que alteran las características generales, los objetivos generales, y las propias generalizaciones y explicaciones. Si el neocapitalismo del Estado asistencialista acabó con el concepto fuerza de los proletarios de todos los países capaces de unirse, y lo hizo mediante la estratificación de la clase trabajadora, el capitalismo transnacional, en su etapa de globalización, acentúa las diferencias de los trabajadores mediante estructuras focalizadas o localizadas que alteran aún más el pensar y el hacer de las políticas de interés general de por sí limitadas, y

eliminan o neutralizan buena parte de los logros alcanzados por los trabajadores organizados (González Casanova, 1995: 33-34).

A partir de aquí se opera un salto en el razonamiento para sostener que con base en los particularismos surgirá en el futuro lo universal concreto. «Sin embargo, y esto es lo más importante, en la amalgama de las luchas de los oprimidos reaparecen los intereses generales como un fenómeno no sólo moral, sino político» (González Casanova, 1995: 38).

En una perspectiva semejante se sostiene la existencia de un sujeto de clase popular, definido por la igual condición de explotado y oprimido (Vilas, 1995). Sin embargo, ¿no reaparece aquí el problema de trasladar sin mediaciones claras una identidad de intereses imputada en el plano estructural al terreno muy diferente de la definición del nosotros? «El movimiento por la democracia con poder del pueblo, con pluralismo ideológico, religioso y justicia social, por incipiente que sea, cada vez se extiende más en distintos países de América Latina, Arabia, el sur de Asia y el Extremo Oriente» (González Casanova, 1995: 48).

Son posibles y también ostensibles los fundamentalismos, el racismo y el chovinismo. Es decir, frente a las formas de acción colectiva de orientación democrático-autonomista o libertaria, confinadas en gran medida a los espacios locales, y frente a los de orientación universalista, como el movimiento verde, se presentan como considerablemente activados los movimientos sociales restitutivos o escapistas. Entre las primeras dos grandes variantes: los fundamentalismos (con gran relevancia en África y Asia) y los racismos-chovinismos, vinculados a la circulación internacional de la fuerza de trabajo, con razón definida por Wallerstein (1995) como uno de los grandes componentes de la crisis actual.

En todo caso, la precaución mínima a tomar es asumir que el futuro está abierto en este sentido y que resulta peligroso desdeñar la potencialidad de la acción colectiva de orientación restitutiva.

Después de todo, la historia muestra que el componente fundamental de este tipo de acción colectiva, dadas ciertas condiciones, es el encuentro de un liderazgo con el carisma suficiente y un sentimiento lo suficientemente masivo.

### *¿Igualdad o diferencia?*

Igualdad y diferencia, por su parte, remiten a un tipo de tensión relacionada con las tendencias particularistas de la protesta y la movilización social contemporáneas, seguramente más significativa en el centro que en la periferia del sistema mundial. En efecto, si se observa en retrospectiva, y simplificando al extremo, el ciclo típico de institucionalización de derechos en las sociedades desarrolladas —civiles, sociales— y la orientación de las luchas sociales —universalismo e igualdad— aparecen como orientaciones omnipresentes. Incluso E. Hobsbawm ha planteado que términos como identidad colectiva, grupos de identidad y política de la identidad, entraron en uso sólo en los años sesenta, y que esta última constituye un elemento ajeno al proyecto de la izquierda que es universalista; al respecto, sostiene:

¿Qué tiene que ver pues la política de la identidad con la izquierda? Permítaseme afirmar con firmeza lo que no sería necesario volver a afirmar: el proyecto político de la izquierda es universalista: es para todos los seres humanos. Interpretemos como sea la palabras, no es la libertad para los accionistas o los negros, sino para todos [...] y la política de la identidad no es esencialmente para todos, sino para los miembros de sólo un grupo específico (Hobsbawm, 1996: 45).

Sin embargo, las cosas no parecen presentarse tan en blanco y negro como este autor lo hace. Cuando menos es necesario preguntarse cuál es hoy el «proyecto político de la izquierda». Podemos estar de acuerdo, por lo demás, en que en muchos casos la política de la identidad asume formas regresivas e incluso claramente ame-

nazadoras, como es el caso de los fundamentalismos. Pero, sin duda, hay más que eso en la cuestión de la igualdad y la diferencia. La radicalización de la lucha por la igualdad termina por conducir a la demanda por el reconocimiento positivo de las diferencias, tanto individuales como colectivas (Cfr. E. Jellin, 1994: 95-101).

### *¿Hacia dónde van los movimientos sociales?*

Es necesario reconocer que las ciencias sociales están mucho mejor preparadas para pensar y explicar la reproducción social que para pensar y explicar el cambio. En este sentido, tanto la economía como la ciencia política tienden a ser lo que podríamos llamar disciplinas sistémicas: abstraen sendas dimensiones de la realidad social (la economía y la política), que por lo demás han llegado a constituirse en gran medida como sistemas autorregulados, y analizan su funcionamiento; partiendo de estas premisas difícilmente pueden plantear el cambio social; sus preguntas apuntan a las condiciones de regulación y al desempeño de sus respectivos sistemas.

Por otro lado, la principal herramienta de las ciencias sociales es el método comparativo, y en particular la sociología es una disciplina que se desarrolló como autorreflexión sistemática de la modernidad y que, por ello, opera contrastando, desde el referente del estado-nación, las diferencias y similitudes de las instituciones, normas y orientaciones de acción empíricamente observables con modelos típico-ideales construidos a partir, en sus fundamentos clásicos, de la contrastación con las sociedades precapitalistas y premodernas, y en su aplicación a las realidades incorporadas a la modernidad por la vía de la conquista y la colonización, a través de la comparación con las sociedades, no por casualidad, definidas como «desarrolladas».

¿Cómo nos habilitan estas herramientas para pensar el papel, el significado y la capacidad de promover el cambio social de esas modalidades de acción colectiva a las que hemos dado en llamar movimientos sociales? Esto, además, en el marco del generalizado

descrédito de las utopías basadas en la construcción de una sociedad alternativa por la vía holística, parece haber concluido un largo ciclo de ingeniería social a gran escala, con la excepción de la aplicación *urbi et orbi* de la doctrina neoliberal, la cual puede ser considerada el último intento de ese género en el siglo que acaba de terminar.

Está claro que esa franja del mundo que conocemos como países desarrollados y como países de ingreso medio (una parte de América Latina) está confrontada a una situación difícilmente sostenible a largo plazo: la creciente incapacidad de proveer de un modo de vida legítimo al conjunto de los ciudadanos. Esto es, en el plano cultural y de acuerdo con los objetivos proclamados desde la esfera política, sigue vigente el principio de que el trabajo constituye la vía fundamental de integración social y de acceso a los bienes sociales. Pero tal como planteó A. Gorz hace ya década y media, el desarrollo capitalista asoció trabajo a empleo y la participación en la distribución a este último. Y, por otro lado, el supuesto del desarrollo capitalista, el aumento de la productividad basado en la revolución tecnológica requiere cada vez menos «empleos», sobre todo en el sentido al que normalmente está asociado el término (Gorz, 1980).

Esto pone en cuestión el conjunto de arreglos que permitieron convertir al trabajo en cuanto «empleo» en principio central de integración sistémica en el marco del estado-nación, y coloca a las sociedades contemporáneas en contradicción con su supuesto cultural fundamental. ¿No residirá aquí el conflicto central de las próximas décadas y, por consiguiente, el eje potencialmente articulador de la acción y las identidades colectivas y los movimientos sociales?

\* \* \*

## BIBLIOGRAFÍA

- CALDERÓN G., F. Y M. R. DOS SANTOS (1989). «Del petitorio urbano a la multiplicidad de destinos», *Revista Mexicana de Sociología*, año XI, núm. 4.
- FERNÁNDEZ, O. (1995). «Movimientos sociales y ciclos de protesta en América Latina», *Sociológica*, año 10, núm. 28.
- GONZÁLEZ CASANOVA, PABLO (1995). «Lo particular y lo universal a fines del siglo XX», *Sociológica*, año 10, núm. 27.
- GUIDO, R. y O. FERNÁNDEZ (1989). «El juicio al sujeto: un análisis de los movimientos sociales en América Latina», *Revista Mexicana de Sociología*, año LI, núm. 4.
- GUNDER FRANK, ANDRE y M. FUENTES (1989). «Diez tesis acerca de los movimientos sociales», *Revista Mexicana de Sociología*, año LI, núm. 4.
- GORZ, A. (1980). *Adieux au prolétariat*. París: Éditions Galilée.
- HOBBSAWM, ERIC (1996). «La política de la identidad y la izquierda», *Nexos*, núm. 224.
- JELLIN, ELIZABETH (1994). «¿Ciudadanía emergente o exclusión? Movimientos sociales y ONG en los años noventa», *Revista Mexicana de Sociología*, año LVI, núm. 4, 1994.
- MASSOLO, ALEJANDRA (1994). «Las políticas del barrio», *Revista Mexicana de Sociología*, año LVI, num. 4, 1994.
- NÚÑEZ, O. (1990). *Innovaciones democrático culturales del movimiento urbano popular*. México: UAM.
- RAMÍREZ SAÍZ, JUAN MANUEL (1994) «Aportaciones políticas del movimiento urbano popular», *Revista Mexicana de Sociología*, año LVI, núm. 3.
- TILLY, CHARLES (1995). «Los movimientos sociales como agrupaciones históricamente específicas de actuaciones políticas», *Sociológica*, año 10, núm. 28.
- TOURAINÉ, ALAIN (1989). *América Latina. Política y sociedad*. Madrid: Espasa Calpe.
- VILAS, CARLOS (1995). «Actores, sujetos, movimientos: ¿dónde quedaron las clases?», *Sociológica*, año 10, núm. 28.

- WALLERSTEIN, IMMANUEL (1995). «El fin de qué modernidad?», *Sociológica*, año 10, núm. 27.
- ZERMEÑO, SERGIO (1989). «El regreso del líder: crisis, neoliberalismo y desorden», *Revista Mexicana de Sociología*, año LI, núm. 4.
- (1994). «Estado y sociedad en el neoliberalismo dependiente», *Revista Mexicana de Sociología*, año LVI, núm. 4.

*El concepto de movimientos sociales:  
un balance inicial sobre su empleo  
en México (1970-1996)*

ALBERTO J. OLVERA RIVERA

[Universidad Veracruzana]

En este trabajo se presenta un balance inicial sobre el significado que se le ha dado al concepto de movimiento social en México en los años recientes. En tanto que una crítica a las ideas dominantes sobre un tema implica asumir una perspectiva alternativa, conviene explicar que hemos fundado nuestras ideas en los recientes desarrollos de las teorías de la sociedad civil (ver Cohen y Arato, 1992; Avritzer, 1994; Olvera y Avritzer, 1992; Keane, 1988a y 1988b; Alberto Melucci 1996a y 1996b). Sin embargo, optamos por no movernos dentro de un marco exclusivamente conceptual, sino construir al mismo tiempo una crítica y una interpretación empírica alternativa. Sin duda, este objetivo requiere una calificación. No se trata de crear nuevas teorías, ni de decir que lo hecho hasta la fecha no tiene relevancia; por el contrario, la investigación sobre movimientos sociales en México es rica y compleja. Se pretende simplemente hacer una crítica informada que nos permita visualizar nuevos caminos a explorar. En el limitado espacio de estas páginas hemos seguido las tendencias de interpretación dominantes sobre movimientos sociales, sobre todo desde la perspectiva de los propios actores. Al proceder así, estamos corriendo el riesgo de no hacer justicia a quienes han hecho aportes críticos. Insistimos: el nuestro no es un balance exhaustivo, sino una primera lectura que pretende ofrecer un insumo para una polémica que hoy se antoja indispensable.

En la primera parte de este texto se hace un diagnóstico sintético de la evolución de los movimientos sociales en México desde 1970 hasta 1990, y una evaluación de la forma en que los analistas y los actores sociales los entendieron. En la segunda parte se estudian los años noventa y se resaltan los retos analíticos planteados por la emergencia de la forma de identidad colectiva centrada en el discurso de la sociedad civil. En la conclusión se propone una vía posible de integración del concepto de movimiento social en la noción de sociedad civil.

La idea de movimiento social ha sido usada en México, como en todas partes, para describir una generalización empírica. Muy diversas clases de fenómenos son designados con esta categoría general. Para convertirla en una categoría analítica debemos acotar su significado, mas no a la Touraine, reduciéndola a aquellas formas de acción colectiva que cuestionan la historicidad. Preferimos tomar como *background* la definición un tanto más general de Melucci: es una forma de acción colectiva que «I) invoca solidaridad; II) manifiesta un conflicto; III) conlleva una ruptura de los límites de compatibilidad del sistema dentro del cual la acción tiene lugar» (1996: 28). Por tanto, no todas las formas de acción colectiva constituyen un movimiento social. El punto crítico es definir el sistema de acción concreto y el momento o el grado en que sus límites se rompen.

Para los fines de este trabajo preferimos asumir una interpretación no restrictiva de esa noción. En la medida que México vive una fase de transición en su régimen político y profundas transformaciones sociales, económicas y culturales tienen lugar, los sistemas de acción están en flujo y, por tanto, es difícil precisar sus límites de tolerancia. En cada caso mostraremos cómo entendemos esta condición.

Nuestro argumento en esencia es el siguiente: la multiplicidad semántica de la noción de movimiento social se debe a que fue empleada como una manera de describir toda forma de acción co-

lectiva, en especial la proveniente de los sectores populares. Esta situación se asocia, desde la década de los setenta, al predominio de formas de interpretación fuertemente influidas por un marxismo estructural, las cuales reificaban las acciones colectivas considerándolas como una mera respuesta a tensiones estructurales en la sociedad (la crisis urbana, la crisis agrícola, etcétera), o bien como resultado de la esencia transformadora implícita en la propia naturaleza de los actores sociales (el carácter revolucionario de los pobladores urbanos, etcétera).

Por otra parte, el interés teórico acerca de los movimientos sociales (casi siempre meramente ennumerativo de las teorías disponibles) no se correspondió con una aplicación empírica sistemática del concepto. La fuerza de la influencia tourainiana en México dejó a los analistas en la perplejidad, pues dentro de esa perspectiva sólo unos cuantos movimientos de orden urbano-cultural podían ser entendidos como movimientos sociales en sentido estricto, y eso aun con reservas (el ecologista, el feminista). La escasa influencia de la escuela de movilización de recursos ha resultado en este sentido lamentable, pues el estudio de la composición de la dirigencia de los movimientos, de los recursos humanos y materiales de que disponen, y de los espacios, repertorio de acción y demandas de la movilización colectiva hubiera permitido matizar la atribución de propiedades revolucionarias a los movimientos populares políticamente autónomos del Estado y moderar su interpretación como formas nuevas de la acción colectiva.<sup>1</sup>

Paralelamente, el debate centrado en la clasificación de nuevos y viejos movimientos sociales fue ilustrativo de los alcances y limitaciones de la falta de una conceptualización rigurosa (Craig y Foweraker, 1990). En ese debate, las formas de movilizaciones y

<sup>1</sup> El rechazo a esta perspectiva por sus implicaciones críticas poco gratas para la izquierda puede verse en la reacción al libro de Carlos Tello sobre Chiapas (1995).

sus contextos históricos adquirieron preeminencia sobre los contenidos culturales y las formas de autocomprensión de los actores. La dimensión hermenéutica del análisis, tan resaltada en los escritos recientes de Alberto Melucci, se perdió en aras de una especie de objetivismo formal dentro del cual el debate sobre lo viejo y lo nuevo no tenía salida, además de que se centraba en un falso problema.<sup>2</sup>

En los años noventa, el interés teórico sobre los movimientos sociales ha permanecido, pero sin superar los obstáculos antes mencionados. La emergencia de la arena político-electoral como nuevo espacio privilegiado de la lucha política y de la aparición de movimientos urbano-culturales de carácter ciudadano en el contexto de una profunda transformación neoliberal del Estado y de la economía, condujeron a la pérdida de centralidad de las viejas formas de movilización popular, la derrota de los movimientos clasistas, la disolución de los anteriores espacios de lucha que combinaban acción social y acción política, y a la aparición de nuevos actores sociales.

Los movimientos sociales recientes en México han cambiado tanto en su composición, formas de autocomprensión y carácter, como en su relación con el sistema político. Las interpretaciones académicas de estos procesos parecen permanecer atadas, sin embargo, a las viejas concepciones. Una vía de salida de este problema sería combinar los aportes de las recientes teorías de la sociedad civil con una aplicación no dogmática de las teorías disponibles sobre movimientos sociales.

<sup>2</sup> En efecto, en todos los movimientos hay elementos «nuevos» y «viejos», aun en los más tradicionales o en los de tipo cultural, como el ecologista y el feminista. Lo que importa en todo caso es entender la combinación específica de esas características en el contexto de las condiciones dadas de la lucha social, tomando en cuenta el autoentendimiento de los propios actores.

### *I. La fase de reificación de los movimientos populares: las décadas de los setenta y ochenta*

Durante estas décadas, los únicos movimientos sociales considerados dignos de ese nombre fueron populares clasistas y básicamente aquellos que reclamaron su autonomía frente al Estado. El hecho de que la atención se centrara en este tipo de movimientos y se les reificara como unidades homogéneas tuvo que ver con la influencia del marxismo estructural, la debilidad de los análisis de corte cultural y, ante todo, con la determinación histórica derivada de la hegemonía del corporativismo en México.

En efecto, si algo definió al régimen de la revolución mexicana fue su capacidad para mantener en el largo plazo la fusión entre Estado, mercado y sociedad (Olvera, 1995). El perfeccionamiento del modelo corporativo trajo como consecuencia la sobrepolitización de las relaciones sociales, es decir, condujo a que las relaciones laborales, sociales y mercantiles en que se insertaban los campesinos minifundistas y casi todas las formas de asociación gremial estuvieran mediadas por la intervención del Estado o fueran formas de integración política en el régimen.

En este contexto, toda lucha por la autonomía organizativa de actores sociales populares adquirió un carácter político y tuvo como interlocutor necesario y con frecuencia como enemigo directo al propio Estado. En esas condiciones, la sobrepolitización de las propias luchas autonómicas resulta bastante comprensible. Más aún, dado que el régimen de la revolución mexicana asumió discursivamente la defensa y promoción de los derechos sociales, la lucha contra el Estado sólo pudo fundarse en una crítica contrafactual, la cual implicaba tener como trasfondo un marco ideológico todavía más radical que el del propio régimen.

Esta determinación histórica de naturaleza político-cultural llevó a lo largo de esos años a un cierto maximalismo en las perspectivas estratégicas de los movimientos populares, que por la misma razón fueron fácilmente colonizados por distintas corrientes

tes de izquierda. Era muy difícil hallar una forma *no política* de lucha por los derechos sociales en las condiciones de *corporativismo* generalizado e inexistencia de espacios sociales intermedios entre actores sociales y Estado, como la esfera pública (aún muy limitada), el parlamento y un sistema de partidos.

Esta tendencia a visualizar movimientos locales y sectoriales como componentes de un acto colectivo definido en términos de clase hacía caso omiso del particularismo local que muchas de esas acciones colectivas representaban y, ante todo, impedían descubrir si de esas acciones emergían realmente nuevas formas de identidad colectiva. Las combinaciones específicas entre viejas y nuevas formas de identidad fueron así subsumidas en la imagen de un movimiento como totalidad homogénea cuya única voz era la de los líderes visibles. Mientras tanto, otros cambios en la sociedad, sobre todo en las formas de acción colectiva de empresarios y clase media, que implicaban significativos cambios culturales, fueron emprendidos desde una perspectiva que no empleaba la noción de movimientos sociales.

Esta forma de aproximación a la realidad fue reforzada por la aparición de las grandes coordinadoras de masas, a fines de los años setenta y principios de los ochenta. La tendencia a tomar la voz de los líderes como expresión del contenido de los movimientos alcanzó su cúspide. *Caso paradigmático* es el movimiento urbano-popular, el cual, a lo largo de los primeros congresos de la Coordinadora Nacional del Movimiento Urbano Popular (Conamup), se conceptuó a sí mismo como un movimiento con potencial revolucionario (Moctezuma, 1984). No es difícil descubrir en el carácter de esas discusiones la influencia decisiva de los activistas de distintos grupos y corrientes de izquierda, que de esta manera legitimaban su autoasumida misión histórica.<sup>3</sup>

<sup>3</sup> Muy afín a esta forma de autocomprensión de los actores era la idea de que los movimientos urbano-populares respondían a un ...

Como resultado de esta situación, el estudio del sistema de acción en que se insertaban los movimientos urbano-populares se diluyó en postulados normativos. Cuáles eran los puntos en los que en verdad el sistema político o el mercado urbano eran subvertidos o cuestionados, en qué forma o hasta qué punto eran preguntas que no se planteaban o se respondían apelando a principios abstractos. Además, los potenciales propiamente culturales de ese tipo de movimientos sólo habrían de ser rescatados a partir de la experiencia de los sismos de 1985, cuando los pobladores del centro histórico de la ciudad de México hicieron valer su sentido de identidad local para evitar su desalojo y la reconversión del uso del suelo.

Pero aun esta cualidad identitaria de cierto tipo de movilizaciones urbanas fue tomada básicamente como una demostración de resistencia heroica frente a la insensibilidad e irresponsabilidad del Estado. La rica gama de referencias identitarias locales, el recurso a viejas y complejas redes de parentesco, paisanaje, compadrazgo y formas diversas de autoayuda raramente fueron consideradas como objeto de análisis legítimo que mostrara la complejidad sociocultural implícita en el movimiento y los distintos niveles de acción en él contenidos.<sup>4</sup>

... proceso estructural denominado crisis urbana que parecería caracterizar en el mundo desarrollado a las viejas ciudades —en proceso de colapso por su incapacidad de cambiar y el rebasamiento de sus funciones históricas— y en los países subdesarrollados como consecuencia de la explosión demográfica. Véase Ramírez Sáiz, 1986.

<sup>4</sup> Estudios antropológicos urbanos, como los de Cornelius (1976) y de Lomnitz (1981), quedaron así separados de los estudios sobre movimientos sociales urbanos. La contradicción fundamental parecía ser que los primeros subrayaban el carácter conservador y adaptativo de la acción social de los pobladores, mientras los segundos insistían en su carácter transformador.

Algo similar sucedió en esa época con el movimiento campesino, que fue interpretado por los analistas como una continuidad histórica con los movimientos campesinos por la tierra que habían caracterizado las décadas posteriores a la revolución mexicana (Bartra 1985). Sin embargo, el manejo simbólico de derechos históricos consagrados (como el derecho a la tierra) reflejaba la ambivalencia del movimiento campesino en relación con el régimen; por un lado, se le reclamaba el cumplimiento de un derecho existente, y se reconocía entonces la legitimidad del régimen que lo acepta de manera simbólica; por otro, se le criticaba contrafactualmente por no cumplir con sus propios postulados. De esta manera, siempre era posible pensar que las condiciones locales reflejaban el carácter incompleto de la revolución mexicana, mas no su agotamiento histórico.<sup>5</sup> Las organizaciones campesinas tendieron a radicalizarse hacia finales de los setenta, cuando el discurso de las organizaciones empezó a sostener que el proyecto histórico de la revolución mexicana sólo podría completarse haciendo una nueva revolución. El grito de batalla de la Coordinador Nacional Plan de Ayala (CNPA) fue el de «hoy luchamos por la tierra, mañana por el poder» (1980), el cual reflejaba esa disposición.<sup>6</sup> Pero entre esas declaraciones, la práctica política efectiva y la autocomprensión real de los campesinos de base había un abismo, al igual que en el caso del movimiento urbano-popular.

<sup>5</sup> Este era el argumento de Warman (1972) y de numerosos líderes campesinos de la época.

<sup>6</sup> Si bien el protagonismo de los activistas de la izquierda radical fue menos evidente en el movimiento campesino que en el urbano-popular, al menos hasta principios de los ochenta, la radicalización discursiva del movimiento expresaba básicamente la visión de una dirigencia profesionalizada y muy influida por el basto movimiento de izquierda proveniente de las universidades.

El tránsito hacia una estrategia de autonomía económica de empresas campesinas<sup>7</sup> (el «cambio de terreno»), a partir de principios de los años ochenta, marcó un momento de la emergencia de un nuevo liderazgo campesino. Ahora los dirigentes eran profesionistas de origen rural fuertemente influenciados por militantes de diversas corrientes de izquierda, en especial las maoístas. Si bien la nueva estrategia era no fundamentalista, varios factores determinaron que el cambio de perspectiva no deviniera en la emergencia de nuevas identidades colectivas firmes. Para empezar, la complejidad técnica implícita en la administración de empresas regionales y la frecuente necesidad de negociación con entidades del gobierno condujeron a la reproducción de las viejas prácticas de centralización de la dirección en los líderes y al surgimiento de contradicciones internas en las organizaciones derivadas de intereses mercantilistas o de la falta de claridad en las responsabilidades administrativas. Pero más importante aún fue el hecho de que la nueva estrategia abrió un terreno de lucha en donde los enemigos del pasado no existían ya y donde la noción de derechos sociales sustantivos habían desaparecido (Olvera y Millán, 1994). En el nuevo sistema de acción los cuestionamientos pasaban a ser internos, y no hacia el contexto político exterior. Sólo en aquellos casos en que se afectaron de modo sustancial fuertes intereses de acaparadores-caciques, este tipo de acción resultó en un cambio social significativo en el plano local.<sup>8</sup>

Sin embargo, las identidades formadas a partir de esta estrategia no eran gremiales, pues las empresas eran locales y a veces

<sup>7</sup> Entendida como vía de creación de bases de apoyo en el campo por la izquierda maoísta. Véase Gordillo, 1988.

<sup>8</sup> Tales fueron los casos de Sonora, en la primera fase de la Unión de Ejidos del Yaqui y el Mayo (Gordillo, 1988), de la Unión de Uniones de Ejidos y Grupos Solidarios Campesinos Pajal Ya Quiptic, en Chiapas (Hernández, 1996) y de otros muchos proyectos locales y regionales en todo el país. Sin embargo, ninguno de ellos ...

abarcaban varias ramas de la producción, y no eran regionales, pues en realidad la mayoría de las empresas no encontraron la manera de sustituir el modelo de compra local característico de los acaparadores privados. Se reforzó así el carácter localista de las identidades campesinas e incluso se crearon o reforzaron las divisiones internas de las comunidades (Olvera *et al.*, 1996). Sólo unos cuantos casos fueron en realidad exitosos en el plano económico y sirvieron como eje de una resistencia política a los poderes fácticos locales. En estas condiciones, el movimiento campesino difícilmente podría ser catalogado como un movimiento social nacional, si bien en algunas regiones y periodos sin duda se constituyó en un movimiento que rebasó los límites del sistema político de acción.

En otro orden, las maneras de articulación de las nuevas organizaciones en forma de redes pareció en su momento prefigurar un nuevo patrón igualitario de unidad en la acción, tal como reclamaba la Unión Nacional de Organizaciones Regionales Campesinas Autónomas (UNORCA) (Moguel *et al.*, 1992). Lo único negativo en términos identitarios fue que esta asociación fue fundamentalmente un acuerdo de dirigentes, sin que las bases tuvieran forma de participar en ella o de por lo menos entenderla. Si bien, la UNORCA tuvo el potencial de ser una forma alternativa (no corporativa y políticamente plural) de unidad en la acción de las organizaciones campesinas, la decisión de sus líderes de llevar adelante su causa a través de un pacto con el grupo salinista determinó el estrechamiento de sus márgenes de acción política y la hegemonía de una visión de la política como negociación intraélites. No es extraño que de la UNORCA salieran los principales cuadros dirigentes campesinos del proyecto salinista de recomposición de las bases sociales de apoyo del régimen (Olvera, 1997).

... duró lo suficiente o logró mantener su perfil durante un periodo prolongado, de forma tal que llegaran a crear identidades duraderas.

El movimiento sindical conoció un breve periodo de auge a mediados de los setenta gracias a una relativa liberalización del monopolio corporativo promovido por el presidente Luis Echeverría (1970-1976). Después de esos años, el movimiento obrero volvió a ser el único espacio de acción social totalmente cerrado a cambios jurídicos y políticos. El sindicalismo no fue influido de modo tan significativo por las corrientes de izquierda. Distintos grupos radicales trabajaron en el gremio magisterial, en los sindicatos de la industria acerera y en numerosas fábricas de ramas diversas de la producción. Invariablemente se confrontaron con el núcleo más duro del poder corporativo del Estado y salieron derrotados después de librar importantes batallas. Mejor suerte tuvieron las vertientes más sindicalistas y en principio antipolíticas del movimiento sindical autónomo, como la Unidad Obrero Independiente (UOI), que con notable eficacia extendió su control sobre la industria automotriz y el sindicato del autotransporte en el Distrito Federal (Middlebrook, 1995). Lo mismo puede decirse del sindicalismo universitario, el cual pasó a ser dirigido por activistas del Partido Comunista, sin que esto significara la fundación de un modelo sindical alternativo, como la práctica ha demostrado.<sup>9</sup> La conjunción de derrotas y de rutinización de los sindicatos independientes

<sup>9</sup> El sistema de acción basado en la estructura sindical era y es de extraordinaria importancia para lograr una institucionalización no clientelar y no corporativa de los derechos laborales y para constituir el actor colectivo que podría denominarse movimiento sindical. Las derrotas de la izquierda en este terreno y los retrocesos experimentados en los últimos años en materia contractual y salarial resaltan las dificultades de cambio en este sistema de acción y el carácter estratégico que éste tiene en términos de una despolitización de las relaciones laborales y la conversión de los obreros en ciudadanos. Debido a esta situación, un movimiento sindical autónomo sería un verdadero movimiento social, pues cuestiona...

impidió la constitución de un movimiento social duradero en el seno del sindicalismo mexicano (De la Garza, 1992a).

Un déficit interpretativo en los estudios sobre los movimientos sindicales de esta época fue el de no haber percibido la especificidad del movimiento social más novedoso de la época, que era de la intelectualidad urbana radical. En efecto, la continuidad histórico-cultural entre el vasto movimiento estudiantil de los años setenta y la notable expansión y crecimiento de grupos de izquierda fue marginalmente analizada. Sin embargo, el carácter nacional del radicalismo estudiantil e intelectual de los años setenta y principios de los ochenta demuestra la fuerza e impacto de ese auténtico movimiento social de carácter cultural, que fue el que dio origen a la izquierda contemporánea mexicana y que explica también el desarrollo de muchos movimientos populares de la época (Moguel, 1987).

Cabe insistir en que dentro de los movimientos populares convivían diversas influencias y tendencias y que, al igual que todo movimiento social, no eran un todo homogéneo ni su naturaleza estaba fijada por puras determinaciones estructurales. En un plano muy general, puede decirse que el movimiento urbano popular, el campesino y aun el obrero independiente fueron el resultado de la confluencia de dos diferentes tipos de movimientos sociales: por un lado, el de orden urbano-cultural representado por las fracciones radicalizadas de la intelectualidad universitaria y, por otro, la activación propia y natural de los movimientos populares derivada de la apertura de una fase de liberalización política a partir del gobierno de Luis Echeverría.

A su vez, esta confluencia tomó formas y expresiones en sumo grado diversas en el tiempo y el espacio. En algunos casos, los acto-

... ría uno de los pilares políticos del régimen y uno de los elementos nodales que explican la relativa facilidad de implantación del neoliberalismo en México.

res urbano-culturales se transformaron en dirigentes populares y trataron de negar su propia identidad al materializar su misión «ir al pueblo». Principalmente, los maoístas pensaron que al vivir en las colonias populares, en los barrios obreros o en las comunidades campesinas su vieja identidad urbano-cultural se diluiría en las identidades populares.<sup>10</sup> Como resultado hubo actitudes esquizofrénicas en la izquierda, en las que el voluntarismo canceló un mínimo de objetividad analítica. Esta negación a reconocer la realidad fue compartida por la mayoría de los analistas de los movimientos sociales, cuyas narrativas con frecuencia hicieron caso omiso de la diversidad implícita en la composición de los movimientos sociales y del carácter político de su dirigencia.<sup>11</sup>

En otro orden, puede considerarse que a lo largo de los ochenta hubo un fuerte prejuicio en contra de movimientos sociales de carácter conservador o que tenían como actores centrales a las clases medias urbanas o a los empresarios. Sin embargo, debe reconocerse que uno de los movimientos sociales más significados a partir

<sup>10</sup> Actualmente, está casi por demás decir que ese experimento fue fallido en la medida en que los actores urbanos no pudieron borrar jamás su propia especificidad, aparte de que no tenían por qué hacerlo.

<sup>11</sup> Por supuesto, hubo muchos casos que no se ciñeron a esta tendencia, en especial en los esfuerzos por atender la especificidad de la cultura obrero y los análisis de algunos movimientos de carácter étnico, en particular en Juchitán y otros en diversas partes del país. Para el caso del movimiento urbano-popular véase Ramírez Sáiz 1986. Lo mismo puede decirse de los primeros esfuerzos de usar la arena electoral como medio de lucha en espacios locales. Ahí fue necesario analizar mejor la complejidad de los campos de fuerza; si bien las condiciones que propiciaban una identificación colectiva de carácter político no siempre fueron asumidas como objetos de estudio. Véase López Monjardín, 1986.

de mediados de los años setenta fue la creciente autonomización política de los empresarios medianos del norte y occidente del país y el creciente activismo de las clases medias urbanas de esas mismas regiones, golpeadas con dureza por las sucesivas devaluaciones y la ineficacia gubernamental. En ambos casos, los viejos sistemas de acción fueron cuestionados, sea como ruptura del control corporativo empresarial o como crítica del modelo privatístico y pasivo del rol público de la clase media. Si bien diversos analistas estudiaron a los empresarios, los cambios sucedidos en las clases medias fueron muy poco evaluados. Lo mismo puede decirse de la mayoría de los movimientos de carácter conservador vinculados a la jerarquía católica, que no merecieron el interés de los científicos sociales y que resultaron fundamentales para abrir el periodo de la insurrección político-electoral iniciado en Chihuahua en 1983.

Los movimientos urbanos de carácter conservador produjeron una mutación cultural de indudable importancia al cuestionar el monopolio de la política por parte del partido oficial y al asumir la posibilidad de gobernar sus localidades utilizando para ello la vía electoral (Tarrés, 1986). Los alcances de este movimiento aún no se han agotado, puesto que los sectores medios y empresariales de otras partes del país apenas se están incorporando a esta tendencia. La naturaleza de los cambios culturales implícitos en un patrón de respuestas colectivas, que se articuló en una nueva vocación por la política y la protesta pública, no ha sido analizada. En efecto, las clases medias del norte iniciaron una práctica asociativa que significó una ruptura con una vieja tradición de privatismo, la cual debe ser considerada un importante cambio cultural por más que éste se haya producido en sectores muy conservadores y tomando como referencia el rescate de normas y valores tradicionales.

Haciendo un balance de cómo se interpretó en México la naturaleza de los movimientos sociales en los setenta y los ochenta cabe señalar que destacan tres características fundamentales:

1. La categoría de movimiento social fue asimilada a la de

popular y, en segundo lugar, incluyó también al estudiantil. Esta operación intelectual implicaba que se consideraba como movimiento social sólo aquel de tipo de acción colectiva del que se asumía por razones normativas que tenían un sentido transformador y revolucionario.

2. Esta asimilación se acompañó de la reificación de los movimientos populares al entenderlos como entidades homogéneas y analizarlos básicamente a partir del discurso de los líderes y sus acciones de protesta. No se analizó su complejidad interna ni la de los sistemas de acción en que se ubicaban. No se percibió o no se evaluó el hecho de que en su seno convivían en realidad dos tipos de movimientos sociales.

3. Se ignoró casi por completo todo un tipo de movimientos sociales de gran relevancia para la historia política contemporánea del país, como son los de las clases medias y los de empresarios.

## *II. La desaparición de las viejas referencias y actores y la emergencia del discurso de la sociedad civil*

En 1988, la sorpresiva insurrección electoral que acompañó el súbito ascenso del cardenismo cambió radicalmente los parámetros de la acción política y creó por primera vez para la izquierda la posibilidad de propiciar un cambio de régimen por la vía electoral. Esta nueva coyuntura coincidió con la derrota estratégica del sindicalismo independiente (por más de que la resistencia continuara viva en el magisterio y en parte de la industria automotriz), con la virtual desaparición de la Coordinadora Nacional Plan de Ayala (CNPA) y la consolidación de la tendencia dominante de carácter económico en el movimiento campesino. Al mismo tiempo, el movimiento urbano-popular entraba en una fase de rutinización y decadencia.

En un primer momento, el fenómeno del cardenismo creó en la izquierda una nueva ilusión: la del colapso del régimen a partir de la resistencia civil. Cuando se percibió que no estaba a la orden del día la autodestrucción o la deposición del régimen, la

izquierda confió en un triunfo electoral inmediato, y se consideró a sí misma una mayoría política virtualmente automática. Las consecuencias de este autoentendimiento fueron severas, pues la mayoría de los dirigentes de los movimientos sociales populares autónomos invirtieron su capital político en campañas electorales y dedicaron buena parte de su tiempo a las luchas internas dentro del naciente PRD, ya que consideraron que en ese momento se definían acomodamientos definitivos en la perspectiva del inevitable destino de la izquierda: en condiciones democráticas, se convertiría de inmediato en gobierno.

Esta manera de entender la coyuntura condujo a una nueva forma de sobrepolitización de los movimientos sociales populares. Si antes sus direcciones apostaban todo a una especie de revolución futura y tendían por ello a la confrontación en las luchas inmediatas, ahora los movimientos fueron entendidos como clientelas políticas cautivas. La vieja tradición mexicana de fundir lo social y lo político fue reproducida una vez más por la izquierda, que siguió así la herencia del corporativismo del régimen político mexicano.

El nuevo interés en la acción político electoral y la centralidad que adquirieron los conflictos postelectorales en el país condujeron a una pérdida de visibilidad de los movimientos populares en cuanto tales, que además habían entrado ya en una fase de franco declive. Su dirección política trasladó al plano electoral el eje central de sus preocupaciones y conflictos. Los analistas sociales también se concentraron crecientemente en esta nueva arena de lucha y descuidaron el estudio de los cambios en la sociedad.

Si bien la derecha no tuvo el éxito esperado en el plano electoral nacional en 1988, el PAN alcanzó una nueva consolidación organizativa y estableció vínculos estructurales firmes con los distintos grupos conservadores ligados a la jerarquía católica y con los grupos emergentes de empresarios del norte y occidente. En este sentido, el PAN logró nutrirse de las élites emergentes surgidas de

las asociaciones civiles de carácter conservador, la mayoría nacidas o fortalecidas al calor de la nueva tradición de protesta pública que surgió junto con la crisis estructural de los ochenta.

A su modo, la derecha también politizó relativamente la lucha social al canalizar a la vía electoral las viejas formas de resistencia civil conservadora. El efecto de este proceso fue que la tradicional falta de visibilidad de las asociaciones conservadoras se acentuó al optar éstas por la vía electoral como forma de generalizar en el ámbito social sus valores, principios y objetivos. Ya no se trató entonces de apelar a las conciencias ciudadanas a través de la esfera pública, sino de imponer, desde el ejercicio del gobierno y por la vía de la reglamentación del orden público, un estilo de vida conservador legitimado dentro del marco de la noción del «buen gobierno».

El paso de la centralidad de la esfera societal a la política, a partir de 1988, expresa el cambio de perspectiva de las élites político-culturales mexicanas, que decidieron aceptar la vía electoral como forma civilizada y pacífica de propiciar el cambio de régimen. Los analistas de las transiciones a la democracia han señalado reiteradamente la naturaleza de este ciclo, en el cual a una gran movilización social en el arranque del proceso de liberalización sigue una fase de normalización política y creciente centralización de las negociaciones al interior de las élites políticas (O'Donnell y Schmitter, 1986). Por supuesto, esto no es un proceso fatal, sino que responde a una opción consciente de las propias élites (para una crítica de esta perspectiva, véase Olvera y Avritzer, 1992).

Entre tanto, el gran movimiento sociocultural urbano de los años setenta, a saber, el radicalismo estudiantil-intelectual, se fue debilitando en los ochenta por la progresiva pérdida del fervor revolucionario que antecedió al colapso del socialismo en 1989. Luego se transformó en un movimiento partidario que optó por la lucha electoral y abandonó en cierta forma su anterior vocación por la dirección de movimientos sociales populares. Otra vertiente de este

movimiento, que expresa también el desencanto revolucionario, posterior a 1989, se habría de expresar en la explosión de organizaciones no gubernamentales.

Dos factores de orden estructural han sido decisivos también en el aparente colapso de los movimientos sociales de la década anterior. Se trata de los efectos del ajuste neoliberal sobre el tejido social y de los esfuerzos sistemáticos del gobierno salinista por crear un vínculo directo entre grupos sociales emergentes en el plano local y el gobierno federal, es decir, una sustitución del corporativismo tradicional por otro.

Los efectos disgregadores del ajuste neoliberal no son desconocidos para nadie (nadie ha tratado mejor este proceso que Sergio Zermeno, 1996). Ha sido ampliamente documentado el hecho de que la política económica neoliberal condujo a un aumento del desempleo, al desmantelamiento del contrato colectivo, a la pérdida de influencia del sindicalismo, a la inviabilidad económica de la producción campesina, al aumento de la economía informal y la marginalidad urbana, al incremento de la emigración y a la acentuación del privatismo como conducta dominante en el plano colectivo.

Evidentemente, los brutales efectos del ajuste neoliberal minaron los fundamentos sociales y económicos de las viejas formas de identidad colectiva y redujeron los espacios de maniobra en que por costumbre se habían movido la mayoría de los movimientos sociales populares. El colapso del viejo y del nuevo movimiento campesino independiente, del sindicalismo en general y el abatimiento relativo del movimiento urbano-popular tienen como trasfondo el ajuste neoliberal. Sin embargo, el colapso de las viejas formas de lucha y de organización no significa la desaparición de toda clase de acción colectiva ni la anulación de la resistencia social. Más bien atestigüamos un cambio de forma cuya percepción ha demostrado ser difícil.

La centralidad de los movimientos sociales populares en la imaginaria de izquierda derivada de dos causas fundamentales:

por un lado, de la asignación ideológica de cualidades transformadoras a la acción colectiva popular y, por otro, de la capacidad de coordinación y centralización de la dirección de la lucha por parte de activistas profesionales de izquierda. Dentro de esta concepción se incluía también la hegemonía de formas expresivas de lucha arraigadas con fuerza en la cultura política nacional: las manifestaciones, las tomas de oficinas públicas, los mítines prolongados, las grandes marchas del campo a la ciudad. Estos tipos de movilización acentuaban el dramatismo de la protesta social y portaban el simbolismo de poner al pueblo en las calles como una forma de cuestionar el reclamo del régimen de ser el único y verdadero representante del pueblo mexicano.

Para nadie es un secreto el alto costo económico y personal de la movilización colectiva. El desgaste que viene de su sobreutilización es bastante evidente, sobre todo en relación con los magros resultados que se obtienen. Sin embargo, la izquierda ha seguido atendida casi en exclusividad a esta forma de lucha, sólo que la ha trasladado del ámbito de lo social al terreno político-electoral.

La sensación de derrota de los movimientos sociales que se percibe en los tiempos recientes tiene que ver también con el hecho de que durante el gobierno salinista el régimen logró abrir canales particulares de negociación para los actores colectivos urbanos y creó formas expeditas de atención a las demandas de movimientos campesinos regionales y nacionales. La resolución de los principales conflictos se trasladó así del ámbito de la confrontación pública al de la negociación privada. Sin duda, esta práctica, que incluyó también la cooptación sistemática de la izquierda maoísta a través del Programa Nacional de Solidaridad (Pronasol), no significó que los campesinos vieran realmente satisfechas sus demandas ni la resolución de los problemas urbanos, sino tan sólo su canalización y neutralización efectivas. En otras palabras, se creó un nuevo sistema de acción para tratar las demandas populares

que se fundó en su despolitización relativa y en su refuncionalización mediante una vía clientelar novedosa.

La conjunción de todos los factores mencionados explica la pérdida de centralidad de los movimientos sociales populares como forma de concebir la lucha social y representar los intereses de las propias clases populares. Sin embargo, esto no significa que los campesinos y los trabajadores urbanos industriales hayan cesado de resistir, sino que cambiaron los terrenos y las maneras de hacerlo en el contexto de una situación abiertamente desfavorable a sus intereses y en la nueva circunstancia de que su vieja dirección política profesional o se integró al Estado o se concentró de modo creciente en el ámbito de la acción política.

En estas condiciones, las luchas populares tendieron a expresarse en su forma más normal y natural; como luchas ancladas en el territorio, de naturaleza sectorial o temática y sin pretensiones de generalización de derechos o de transformación política global. En otras palabras, las formas de resistencia se trasladaron a los espacios locales, se canalizaron por la vía de la negociación directa entre actores interesados y las instituciones estatales correspondientes y se perdió la capacidad de articulación nacional que en un momento dado llegaron a tener las organizaciones por la vía de los pactos entre grupos de izquierda. En suma, la acción colectiva popular continúa existiendo, pero sin constituir un movimiento social propiamente dicho.

Esta forma de expresión de las luchas populares se corresponde también con la extensión de la práctica del asociacionismo civil entre sectores importantes de las clases medias urbanas, la cual se manifiesta en la multiplicación de grupos ciudadanos orientados a la defensa de intereses o aspiraciones específicas, como la preservación de centros históricos, la preocupación por la seguridad pública, la lucha contra la contaminación ambiental, contra la corrupción y, en general, por todos aquellos aspectos que influyen en la calidad de la vida cotidiana. Esta ampliación de horizontes de

lucha y su carácter público han constituido un sistema de acción antes inexistente, en el que se le disputa al Estado el monopolio de la definición de la «buena vida» y se critica su ineficacia.

A su vez, estas formas de acción colectiva se corresponden también con el renovado interés que ha adquirido la lucha por la democracia local. En efecto, la vía de la competencia electoral por los gobiernos municipales se ha convertido en una forma privilegiada de emergencia de nuevas élites políticas locales y regionales y en la manera en que se manifiesta la aspiración ciudadana por un gobierno eficiente y controlable. Todo ello refleja la creciente centralidad del plano local como espacio de articulación de diversas formas de la acción colectiva.

Puede decirse también que esta nueva dimensión político-cultural ha traído como consecuencia la configuración de espacios públicos locales o especializados. En efecto, la importancia de la radio, de los —con frecuencia— minúsculos periódicos regionales y de los foros públicos ha crecido en la medida en que la problemática local ha adquirido una visibilidad y un potencial de cambio que la mayoría de los actores sociales no le otorgaban hasta hace poco tiempo.

En estas circunstancias, los analistas sociales aparecemos relativamente confundidos. Por un lado, acostumbrados a tratar con actores colectivos dotados de gran visibilidad y dirigidos por profesionales, parecería que el paso a la descentralización de las luchas sociales significa el colapso de la acción colectiva. La vieja adaptación del principio tourainiano a una lectura marxista —que los movimientos sociales propiamente dichos son aquellos que cuestionan la historicidad vigente (entendida aquí como el capitalismo)— obliga a pensar que los movimientos sociales en cuanto tales no existen más en el plano popular y en todo caso se reducen hoy a los que con rigor pueden calificarse como «nuevos movimientos sociales».

Sin embargo, si seguimos las enseñanzas de Alberto Melucci, quien ha subrayado con insistencia que los movimientos sociales no

son homogéneos ni tienen necesariamente que adquirir una cualidad organizativa centralizada, y que son más bien expresiones simbólicas de un nuevo orden cultural emergente, habremos de reconocer que lo que está en marcha en el país es el surgimiento de nuevos tipos de movimientos sociales que cuestionan el viejo orden político centralizado y la necesidad de intermediación política para expresar las aspiraciones sociales. En efecto, atestigüemos la búsqueda colectiva de una interlocución eficiente con los gobiernos federal y estatal, un esfuerzo por lograr gobiernos locales más responsables y una capacidad relativamente mayor de expresión de intereses y demandas por parte de los propios actores sociales sin la necesidad de una dirección política profesional como intermediación cultural. En ese sentido, podemos considerar que las nuevas formas de acción colectiva que están apareciendo en diversas partes del país, aún sin visibilidad pública, constituyen en su conjunto un movimiento social en la medida en que cuestionan el viejo patrón de acción política y la centralización del poder.

Por supuesto, debe reconocerse que la mayoría de la gente ha optado por salidas individuales o familiares a la crisis, siguiendo el patrón natural de racionalidad inmediatista que rige la reproducción social en condiciones de precariedad. Esto ha significado un reforzamiento por la vía del mercado de las alternativas populares a la crisis. La vitalidad de la emigración y la expansión brutal del sector informal confirman el hecho de que en un país como el nuestro la gente no se puede dar el lujo de no trabajar, y que la creatividad para buscar alternativas es extraordinariamente amplia. Por supuesto, junto con estas salidas de carácter mercantil se produce una refuncionalización de las lealtades familiares extensas y de las redes de paisanaje asociadas a la emigración por relevos, se reconstruyen los vínculos de confianza mutua en el mercado informal y emergen formas de asociación microempresarial que con frecuencia rebasan el ámbito de lo familiar y local.

Sin embargo, este recurso al privatismo como salida a la crisis no es contradictorio con la búsqueda de gobiernos locales eficientes ni con la defensa de bienes culturales colectivos, como edificios históricos, la limpieza del ambiente, la defensa de los derechos individuales o la preservación de las tradiciones. A la atomización de los viejos agregados sociales se le puede oponer la emergencia de nuevas clases de asociacionismo basadas en la individualidad y en nuevas formas de identidad, que van desde la ciudadanía más abstracta hasta el ecologismo del pequeño pueblo. La verdadera dimensión de este tipo de respuestas sociales está aún por estudiarse.

Mientras esto sucede en los microespacios sociales, en el plano nacional se ha observado la emergencia de movimientos sociales que difieren radicalmente del patrón de acción de las décadas anteriores y que reflejan un cambio en los actores y los escenarios de lucha social. Pueden señalarse, por lo menos, las siguientes innovaciones principales: la emergencia de las organizaciones no gubernamentales, la aparición de asociaciones cívicas en defensa y promoción de la democracia, la formación de agrupaciones de carácter gremial en el ámbito agrario y la creación reciente de un movimiento indígena nacional.

La creciente visibilidad de las organizaciones no gubernamentales (ONG) no sólo expresa el crecimiento de su número, sino la ocupación de nuevos espacios en la esfera pública, la aceptación de sus preocupaciones por parte de un amplio número de ciudadanos y una vocación protagónica de sus dirigentes. Si bien las ONG son un fenómeno cuyo origen se remonta más de veinticinco años atrás, lo cierto es que fue a partir de los años ochenta que adquirieron una gran visibilidad y empezaron a incidir con fuerza en la definición de la agenda pública. Dos factores fueron determinantes en este proceso: en los ochenta, el acceso creciente de las ONG al financiamiento internacional, y en los noventa, la sustitución paulatina del viejo concepto de servicio a los movimientos populares

por una creciente profesionalización y una orientación a la definición de políticas sociales alternativas.

Las ONG constituyen una vertiente resultante del viejo movimiento de radicalización estudiantil-intelectual de los setenta. De hecho, en su origen muchas de las ONG eran una forma secundaria de acción de grupos políticos de izquierda, o bien instituciones creadas por los sectores progresistas o radicalizados de la Iglesia, los cuales encontraron con rapidez correspondencia con algunas agencias financiadoras del exterior también administradas por intelectuales o grupos eclesiásticos progresistas. Sin embargo, a partir de 1988, el creciente número de las ONG pasó a expresar un fenómeno relativamente distinto: la aparición de sectores medios urbanos que no encontraron acomodo a sus aspiraciones en los partidos políticos existentes ni forma de materializar su vocación de servicio dentro del sector público, que hasta entonces había sido capaz de absorber muchas de las iniciativas de cambio propuestas por intelectuales comprometidos con la promoción de la justicia social.

Por otra parte, las ONG también expresan la creciente importancia que los sectores ilustrados de las clases medias urbanas otorgan a los nuevos valores culturales que han emergido en los países desarrollados: el feminismo, el ecologismo, la lucha por la aceptación e integración de los homosexuales, por los derechos de la niñez y las personas de la tercera edad, la protección en general de los derechos de las minorías y de los humanos.

Así, en México ha surgido una asociación conceptual entre los llamados en Occidente «nuevos movimientos sociales» y las ONG. En cierta forma, esta afinidad refleja que los movimientos culturales de nuevo tipo se han institucionalizado en México en la forma de organizaciones no gubernamentales, lo cual les ha dado cierta estabilidad, permanencia, recursos y presencia pública, aunque al mismo tiempo ello ha conducido a una cristalización de su dirección y a la generalización de una forma de prácti-

ca privatista. En efecto, las ONG son por su propia naturaleza pequeños grupos relativamente cerrados caracterizados por una administración personalizada y la falta de pluralidad política en su interior como conjunto podría considerarse que abarcan o representan distintas orientaciones políticas. Pero tomadas individualmente, las ONG constituyen una especie de pequeñas empresas no plurales y no abiertas que sólo como conjunto representan un movimiento social. En este sentido, la forma de asociacionismo civil que practican es simultáneamente particularista y universalista. Particularista, porque las ONG constituyen agrupaciones cerradas que han llegado incluso a ser un sector económico. Universalista, porque promueven orientaciones culturales de carácter general y tienen la capacidad de cuestionar aspectos parciales del orden establecido.

En México se ha llegado al exceso de que los miembros de las ONG se conceptúen a sí mismos como la «sociedad civil» en general, y excluyan cualquier otra forma de asociación cívica de esta definición. El déficit analítico en este terreno es alarmante, no sólo por lo que respecta a la investigación académica de este fenómeno social, sino en lo que se refiere a la propia autocrítica de un sector que por su naturaleza intelectual debería practicarla de manera sistemática.

Otra novedad como movimiento social la constituyen las asociaciones que desde 1990 aproximadamente están luchando por la democracia. Este tipo de agrupaciones son también de carácter urbano-cultural y tienen su origen en una operación autocrítica de los grupos que desde mediados de los ochenta promovieron la defensa de los derechos humanos. En efecto, éstos se había concentrado en sus primeros años en la defensa de los derechos de los inmigrantes centroamericanos ilegales, para luego extender su ámbito al campo de los derechos humanos de los mexicanos pobres y, por último, llegar a la conclusión de que los derechos políticos son también derechos humanos. En este punto coincidieron con gru-

pos de académicos y con algunos políticos que asumieron una actitud independiente, que configuraron así el cimiento de lo que en 1994 sería Alianza Cívica.

A diferencia de las ONG, Alianza Cívica fue políticamente plural, organizativamente abierta y acotó el ámbito de su actuación de tal modo que pudo adquirir un amplio reconocimiento público por su independencia. En 1994, representó una forma de asociación civil que expresaba un amplio y generalizado deseo ciudadano por una verdadera democracia electoral, un deseo compartido por muchos actores de muy diversa índole (Olvera, 1995).<sup>12</sup>

Los retos de la rutinización y estabilidad de un movimiento con una dirección un tanto informal, sin recursos ni personal en la provincia y muy requerido para todo tipo de apoyos o como legitimación a otras iniciativas sociales,<sup>13</sup> han demostrado ser muy grandes para Alianza Cívica. Además, el que la negociación de la reforma electoral se haya monopolizado en las direcciones partidarias tornó difícil para Alianza Cívica mantener su ámbito de acción y encontrar uno nuevo que no forzara sus principios constitutivos.<sup>14</sup> Sin embargo, puede considerarse que Alianza Cívica ha sido un movimiento social exitoso en la medida en que logró colocar en la esfera pública la demanda por la democracia electoral y la necesidad de ciudadanizar el manejo del sistema electoral.

<sup>12</sup> Este movimiento tampoco ha sido debidamente estudiado en el plano académico, por más que pronto deberán aparecer diversos trabajos al respecto.

<sup>13</sup> Nos referimos a las consultas populares promovidas por el EZLN y por el frente de organizaciones que realizó la llamada Jornada Nacional de Condena a la Política Económica del Gobierno.

<sup>14</sup> En este sentido, el programa Adopte un Funcionario ha resultado ser el más apropiado, pues consiste en la vigilancia pública del ejercicio del gobierno, actividad ciudadana por excelencia que permite mantener los principios de pluralidad y autonomía.

Por otra parte, en el ámbito agrario, donde se vivió a lo largo de la década de los ochenta una enorme crisis estructural, lograron emerger y alcanzaron un grado mínimo de consolidación dos organizaciones de carácter gremial que significan un nuevo tipo de movimiento social: la Coordinadora Nacional de Organizaciones Cafetaleras (CNOC) y El Barzón.

La CNOC, nacida en 1988, es la primera organización gremial de pequeños productores agrícolas —en este caso en su mayoría de origen indígena— que no es dirigida por militantes de partidos políticos y que ha sido capaz de evitar el caudillismo en su dirección nacional y de desarrollar al mismo tiempo una capacidad propositiva en materia de política sectorial. La CNOC es una organización gremial de carácter plural, pues sus miembros pertenecen a todos los partidos, descentralizada, en la medida en que las asociaciones que la componen tienen un amplio margen de acción, y propositiva. Puede considerarse que la CNOC representa la emergencia de una nueva cultura asociativa en el ámbito campesino que critica las viejas formas de acción colectiva en el mundo rural (Olvera y Millán 1994; Hernández, en Moguel *et al.*, 1992).

Por desgracia, en el contexto de la investigación en materia agraria ha habido poca atención a la naturaleza de estos procesos de cambio, los cuales, ciertamente, no son generalizables a todo el sector y ni siquiera a los planos regionales en los que actúan las organizaciones cafetaleras. Las variaciones regionales son enormes por lo que dentro de la CNOC conviven las nuevas prácticas y principios y las viejas tradiciones políticas. Sin embargo, debe destacarse que la CNOC ha logrado mantener su perfil gremial en un contexto en el cual parecía que sólo los empresarios agrícolas o la tecnocracia profesional campesina que formó la UNORCA eran capaces de proponer políticas alternativas o luchar por los intereses sectoriales de sus agremiados.

El caso de El Barzón es también muy relevante en la medida que ha significado la activación y movilización de un sector de la

sociedad agraria que se había caracterizado por su pasividad y conformismo (Torres y Rodríguez, 1994). Su generalización ulterior a las áreas urbanas marcó la posibilidad de una alianza entre actores económicos de las clases medias del campo y la ciudad que nunca antes se había presentado. Sin embargo, lo que El Barzón representó como innovación cultural en las formas de lucha y en la autopercepción de los actores sociales se vio parcialmente contrarrestado por la reproducción de viejas tradiciones políticas, como el faccionalismo y el protagonismo de los líderes.

El Barzón representa la emergencia de una nueva práctica asociativa (si bien de carácter defensivo) entre empresarios agrícolas pequeños y medianos, así como entre sectores de la clase media urbana hundidos en problemas crediticios en una época en que de la ilusión de la entrada a la sociedad de consumo pasaron a la condición de delincuentes económicos. Al radicalizarse, El Barzón ha llevado a cabo una crítica explícita de la política económica neoliberal y, mostrando gran inventiva en las formas de movilización y recurriendo siempre a los instrumentos que ofrece la ley, ha sabido convertirse en un movimiento con potencial de permanencia y ha podido extenderse por todo el territorio nacional.

De esta forma, El Barzón ha constituido una innovación, en tanto que ha cuestionado un aspecto de la política económica y desarrollado una capacidad propositiva en los planos jurídico y económico, y una continuidad; mientras que el faccionalismo y la centralización de la dirección en dirigentes casi profesionalizados ha conducido en casi todo el país a cierta dispersión organizativa y la pérdida de control sobre las actividades políticas de sus dirigentes por parte de las bases. El primer aspecto ha sido muy resaltado en los artículos disponibles sobre El Barzón, pero el segundo no ha merecido ninguna atención.

La emergencia del EZLN renovó el interés internacional por la cuestión indígena. Si bien en un principio EZLN carecía de un programa en materia de derechos indígenas, en el curso de su ne-

gociación con el Estado logró procesar y consensar las demandas aisladas que diversos movimientos indígenas locales estaban defendidos desde tiempo atrás. Las innovaciones culturales introducidas por el zapatismo son de todos conocidas, desde la introducción en la esfera pública de un lenguaje de matriz indígena y tono milenarista hasta el uso altamente simbólico y expresivo de las máscaras, las armas y la condición indígena misma (Hernández, 1996). La guerra simbólica del EZLN en la esfera pública nacional e internacional es en sí misma una innovación extraordinaria.

Sin embargo, ha sido poco analizado que en realidad en torno al EZLN se han formado tres diferentes tipos de movimientos sociales. En primer lugar destaca el vasto movimiento de solidaridad desarrollado, a escala nacional, por un conjunto de ciudadanos urbanos, dispuestos a apoyar lo que ellos han percibido como una causa justa. Este caso es el primer ejemplo en muchos años de una solidaridad urbana de carácter nacional con actores populares agrarios. Este movimiento se fue acotando progresivamente hasta institucionalizarse en una forma no plural y no ciudadana en el actual Frente Zapatista de Liberación Nacional. Así, un movimiento que empezó siendo de solidaridad cívica, devino en un proceso de decantación y desgaste en un movimiento protopolítico cuyas esferas de acción y carácter aún no han terminado de definirse. No obstante, debe destacarse que el movimiento civil de solidaridad todavía existe y puede expresarse si la circunstancia lo requiriere.

El segundo movimiento es el de la intelectualidad de izquierda, que constituyó la larga lista de asesores del EZLN y que significó para muchos de ellos una nueva oportunidad de activismo político en un momento en que sus posibilidades de acción dentro del PRD o en otras esferas de acción pública estaban casi canceladas. Este movimiento logró acercar, entonces, a un grupo pequeño, pero significativo, de intelectuales a la dirigencia zapatista, lo cual ayudó a sistematizar el nuevo discurso de los derechos indígenas y a crear una corriente de opinión favorable al zapatismo en la esfera publi-

ca, además de propiciarle una dimensión internacional que de otra manera no habría tenido. Este acercamiento es de un nuevo tipo respecto al del pasado, pues no pretende dirigir al «pueblo».

El tercer movimiento es el propiamente indígena, el cual no existía como tal antes del alzamiento. La posibilidad de conjuntar en un solo movimiento los variados intereses políticos y las distintas perspectivas étnico-culturales de las direcciones locales de las organizaciones indígenas surgió con la coyuntura abierta por la insurrección zapatista. A lo largo de los encuentros indígenas regionales y los nacionales en Chiapas y en la ciudad de México, así como en la negociación entre el EZLN y el gobierno, se ha concretado un programa de derechos indígenas y creado una conciencia nacional de unidad entre los distintos grupos étnicos, lo cual en conjunto configura un gran cambio político-cultural. Las características y condiciones específicas en que este movimiento se desenvuelve están siendo ampliamente estudiadas, y puede considerarse que el EZLN es el fenómeno social más debatido de los últimos tiempos en México.

No está por demás, sin embargo, señalar la evidente ambivalencia del EZLN en cuanto a su propia identidad como actor. En efecto, el Ejército Zapatista no puede ser al mismo tiempo un actor político y un movimiento social indígena, so pena de reproducir la vieja práctica de la colonización política de los movimientos sociales.

Al hacer un balance de los movimientos sociales que emergieron en los noventa y sus interpretaciones, podemos señalar las siguientes características sobresalientes:

1. Los movimientos sociales dejan de percibirse a sí mismos en términos fundamentalistas. La acción social tiende a separarse de la acción política.

2. Los movimientos sociales más importantes no son populares clasistas, sino culturales urbanos y, muy recientemente, de carácter étnico-cultural.

3. Los viejos dirigentes político-sociales profesionales y la intelectualidad radical se concentran más en la acción política que en la social.

4. La pérdida de centralidad de los grandes movimientos clasistas se corresponde con la creciente centralidad de acciones colectivas locales, sectoriales y no políticas en la mayor parte del país.

5. Los movimientos sociales de carácter nacional se concentran en el ámbito cultural y en la lucha por la democracia, adquieren un carácter autolimitado y toman como eje de su propia identidad la noción de sociedad civil; así subrayan su diferenciación de la esfera política.

6. El análisis académico de los movimientos sociales tarda mucho en adaptarse a los cambios y en general testifica la derrota de las viejas formas de la acción colectiva sin necesariamente percibir la emergencia de otras nuevas.

7. Hay un retraso considerable en el estudio de las innovaciones culturales que portan los movimientos sociales recientes y persiste la imagen de los movimientos como entidades homogéneas, lo cual disminuye el potencial analítico de los estudios realizados.

### *Consideraciones finales*

El conjunto de procesos hasta aquí apuntados nos indica que ha habido en los años recientes una revaloración de la esfera social de acción, compuesta sobre todo por los siguientes espacios y prácticas: a) el reconocimiento de la importancia de apelar a, y constituir la opinión pública, es decir, de la necesidad de comunicar ideas, principios y valores a la sociedad misma y no sólo ni prioritariamente al Estado; b) la exigencia a los gobiernos locales, estatales y federal de respeto a los derechos ciudadanos y eficacia en la gestión, sin que esto implique una lucha por o un cuestionamiento del poder político como tal, y c) la búsqueda de consensos en la escala social para mejorar la calidad de vida, ya y ahora, con una

serie de reformas radicales, sin esperar futuras revoluciones o la llegada de gobiernos providenciales.

En estas condiciones, que implican una profunda mutación cultural, ha aparecido una diversidad de movimientos sociales que sin ser centralizados y sin buscar tener permanencia en el tiempo o institucionalización organizativa atacan problemas específicos en espacios acotados. La identidad colectiva como «sociedad civil» a la que muchos de ellos se asimilan remite al rescate de la cualidad no directamente política y no fundamentalista de su acción, y a la afirmación de su autonomía frente al Estado y los partidos.

La valoración del potencial de cambio de estos movimientos, que son más difíciles de estudiar en tanto son mayormente locales y sectoriales, no permanentes y no del todo institucionalizados; depende de un cambio de perspectiva analítica que se centre en el potencial cultural de estas formas de asociacionismo civil y de sus probables efectos políticos en el contexto de nuestra inacabada e incierta transición a la democracia.

Para tal fin es conveniente situarse en el territorio de las recientes teorías de la sociedad civil. En efecto, tanto en Europa del Este y Sudamérica, como en los países desarrollados, la invocación contemporánea a la sociedad civil refleja un deseo de diferenciación de la acción social respecto a la esfera política, al tiempo que crea una identidad colectiva que cruza las fronteras de clase y la preferencia política. No estamos aquí en condiciones de analizar los aportes de una teoría de la sociedad civil a la comprensión de este fenómeno (véase al respecto, Cohen y Arato, 1992; Avritzer (ed.), 1994; Olvera y Avritzer, 1992; Oxhorn, 1995; Olvera, 1996b). Sin embargo, vale la pena apuntar al menos el sentido que los movimientos sociales asumen en ella.

En la perspectiva de Cohen y Arato (1992), la sociedad civil tiene dos componentes principales: por un lado, el conjunto de instituciones que definen y defienden los derechos individuales, políticos y sociales de los ciudadanos y que propician su libre asociación,

la posibilidad de defenderse de la acción estratégica del poder y del mercado y la viabilidad de la intervención ciudadana en la operación misma del sistema; por otro lado, el conjunto de movimientos sociales que continuamente plantean nuevos principios, valores y demandas sociales, y vigilan la aplicación efectiva de los derechos ya otorgados. Tendríamos así que la sociedad civil contendría un elemento institucional definido por la estructura de derechos de los estados de bienestar contemporáneos, y un elemento activo, transformador, constituido por los nuevos movimientos sociales.

Desde esta perspectiva, la sociedad civil sería un espacio en donde se generan procesos de aprendizaje colectivo. Las asociaciones y movimientos generan nuevas potencialidades culturales, las cuales son estabilizadas de una manera selectiva por medio de la creación de nuevas instituciones sociales, nuevas leyes, nuevos aparatos.

Sin embargo, sólo en Occidente los derechos fundamentales han sido efectivamente institucionalizados y al final extendidos en sucesivas olas de juridificación a los campos de las libertades y prerrogativas políticas, sociales y económicas. En el resto del mundo dichas instituciones han sido adoptadas de manera formal, pero de hecho ignoradas o utilizadas sólo funcionalmente, como un nuevo instrumento de dominación. La ley ha sido usada como la garantía de la soberanía del Estado y no de la protección de los ciudadanos; con frecuencia el único espacio legítimo de acción social ha sido el propio Estado; la esfera pública ha permanecido en extremo débil y la idea misma de una sociedad autónoma ha sido rechazada de modo radical.

Así, la sociedad civil, fuera del Occidente desarrollado, debe entenderse como un movimiento y no tanto como una institución. Empero, aun en este nivel una corrección es necesaria. Los movimientos sociales de países sin las instituciones de la sociedad civil moderna son de dos tipos. Primero, movimientos sociales clasistas (clase obrera, campesina, colonos urbanos), que fueron los movimientos históricos que en el mundo desarrollado lograron la

extensión universal de los derechos civiles y políticos y la institucionalización de los derechos sociales. La ausencia virtual (o la aplicación segmentada o parcial) de esos derechos en el tercer mundo convierte a los movimientos sociales clasistas en actores fundamentales del proceso de democratización, entendido éste como la generalización de derechos y las formas de participación social en el control del sistema.

En términos histórico-comparativos, los movimientos clasistas han sido, en el aspecto cultural menos influyentes, en el político menos autónomos y en el social menos representativos en los países tercermundistas que en el Occidente. Esta misma debilidad explica en parte la carencia de derechos con aplicación universal y de justicia social elemental en América Latina. El desarrollo, crecimiento y fortalecimiento de los movimientos sociales clasistas es un proyecto no cumplido sin cuya actualización no será posible una verdadera aplicación universal de derechos y una estabilización de los mismos, aun en regímenes democráticos.

El segundo tipo de movimientos sociales son los urbano-culturales, muy parecidos a los de Occidente. Su particularidad es que se ven forzados a luchar por demandas como la democracia, la justicia social y el imperio de la ley; sin estas precondiciones todos sus reclamos por nuevos valores universales, estilos de vida o conceptos de progreso tendrían muy poco peso político, social y cultural. La política de la influencia (Cohen y Arato, 1992: caps. X y XI), que es el mecanismo privilegiado de acción de los movimientos sociales de Occidente, requiere una esfera pública dentro de la cual se den a conocer las nuevas demandas sociales, partidos modernos permeables a esas demandas, espacios sociales en donde nuevos estilos de vida puedan ser experimentados, una cultura pluralista que acepte lo nuevo y sea capaz de incorporar lo que deviene moral y socialmente en aceptable. Ninguno de estos factores predomina en América Latina o bien es operativo sólo para pequeñas élites, usualmente disociadas de la mayoría de la población.

Lo que estamos atestiguando en México es el desarrollo de movimientos sociales de carácter urbano-cultural que contribuyen a crear las disposiciones culturales y las instituciones de una vida pública democrática. En el proceso, han tendido a reforzar su identidad como «sociedad civil» para evitar su colonización política. Las posiciones van desde la actitud más antipolítica posible (que raya en el populismo y en el anarquismo) hasta la virtual instrumentalización política del liderazgo social. Al mismo tiempo, los movimientos clasistas casi han desaparecido de la arena pública, y algunos de ellos se encuentran en vías de una posible reconstrucción.

Los movimientos sociales en México se hallan así en medio de dos tendencias contradictorias: por un lado, el desarrollo del *ethos* público de la sociedad civil y el relativo avance hacia una democracia electoral apuntan a la consolidación de las instituciones políticas y la cultural pública de una sociedad civil moderna; por otro, la desintegración social propiciada por el neoliberalismo fomenta una debilidad extrema de los actores sociales clasistas que redundan en una anulación de *facto* de los derechos sociales, al mismo tiempo que la crisis terminal del régimen genera el riesgo de un regreso del autoritarismo abierto e impone una política de control sobre las organizaciones gremiales.

Cabe señalar, finalmente, que el análisis del potencial intrínseco de los movimientos sociales para estabilizarse a sí mismos, institucionalizar sus espacios de acción y adquirir permanencia exige una consideración crítica de los problemas de la heterogeneidad social y cultural de sus miembros, de las formas en que el poder y el conocimiento están interrelacionados en su vida interna, y de la naturaleza de las relaciones entre bases y líderes y entre éstos y el sistema político (Olvera, 1995). Todos estos factores, cuya matriz común radica en los problemas de comunicación derivados del encuentro de diferentes culturas políticas locales (Lomnitz 1992), y variadas formas de conocimiento, tienen que ser analizados para

poder hacer un balance de los potenciales y limitaciones de la sociedad civil en los procesos de democratización.

Valgan las anteriores reflexiones como una forma de acotar el campo de la discusión. Darle contenido y sacar sus consecuencias teóricas y prácticas sólo puede ser una tarea colectiva y a largo plazo.

\* \* \*

## BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO, JORGE (ed.) (1981). *Lucha urbana y acumulación de capital*, vol. 12. México: Ediciones de la Casa Chata.
- y JAIME TAMAYO (coords.) (1994). *Elecciones con alternativas. Algunas experiencias en la república mexicana*. México: CIIH-UNAM/ La Jornada.
- ANZALDUA y CARR (coords.) (1986). *The mexican left, the popular movements and the politics of austerity*, San Diego: UCSD.
- AVRITZER, LEONARDO (ed.) (1994). *Sociedade civil e democratização*. Belo Horizonte: Del Rey.
- ASÍS, ALBERTO (1987). «Chihuahua y los límites de la democracia electoral», *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 4, octubre-diciembre, UNAM, México, pp. 159-228.
- BARTRA, ARMANDO (1980). «Crisis agraria y movimientos campesino en los setenta», *Cuadernos Agrarios*, núm. 10/11, vol. 5, pp. 15-64.
- (1995). *Los herederos de Zapata, Movimientos campesinos posrevolucionarios en México*; Era.
- BASSOLS, MARIO *et al.* (1988). *Antología de sociología urbana*. México: UNAM.
- BENNET, VIVIENNE (1993). «Orígenes del movimiento urbano popular mexicano: pensamiento político y organizaciones políticas clandestinas (1960-1980)», *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 3, julio-septiembre, México, pp. 80-102.
- BIZBERG, ILAN (1990). *Estado y sindicalismo en México*. El Colegio de México.

- BRACHO, JULIO (1993). «La izquierda integrada al pueblo y la solidaridad: revisiones de política popular», *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 3, julio-septiembre, México, pp. 69-88.
- CALDERON, FERNANDO *et al.* (1987). *Los movimientos sociales ante la crisis*. Buenos Aires Argentina: CLACSO.
- CNPA (1980): «Resoluciones del Primer Encuentro Nacional de Organizaciones Campesinas Independientes», *Textual*, núm. 3, vol. I, México, pp. 110-12.
- COHEN, JEAN (1985). «Strategy or identity: new theoretical paradigms and contemporary social movements», *Social Research*, núm. 4, vol. 52.
- y ANDREW ARATO (1992). *Civil society and political theory*. Cambridge: The MIT Press.
- COSTA, N (1989). *UNORCA: documentos para la historia*. México: Costa-Amic Editores.
- COULOMB, RENÉ y EMILIO DUHAU (coords.) (1993). *Dinámica urbana y procesos sociopolíticos. Lectura de actualización sobre la ciudad de México*. México: UAM-Azcapotzalco/ CENVI.
- CORNELIUS, WAYNE A. (1980). *Los inmigrantes pobres en la ciudad de México y la política*. México: FCE.
- y ANN L. CRAIG (1994). *Transforming state-society relations in Mexico*. San Diego: University of California.
- DE LA GARZA TOLEDO, ENRIQUE (1992a). «Reestructuración productiva, estatal y de los sujetos obreros en México», en *Crisis y sujetos sociales*, vol. I, México.
- (1992b). «Reestructuración y polarización industrial en México», *El Cotidiano*, núm. 50, México.
- ESTRADA, MARGARITA *et al.* (comps.) (1993). *Antropología y ciudad*. México: UAM-Iztapalapa.
- FLORES LÚA, GRACIELA, LUISA PARÉ y SERGIO SARMIENTO (1988). *Las voces del campo: movimiento campesino y política agraria, 1976-1984*. México: Siglo XXI.
- FOWERAKER, JOE y ANN CRAIG (eds.) (1990). *Popular movements and political change in Mexico*. Boulder: Lynne Rienner Press.

- GORDILLO, GUSTAVO (1988). *Campeños al asalto del cielo: de la expropiación estatal a la apropiación campesina*. México: Siglo XXI.
- HALL, JOHN A. (1995). *Civil society: theory, history and comparison*. Cambridge University Press.
- HARVEY, NEIL (1990). *The new agrarian movement in Mexico. 1979-1990*. Londres: University of London Research Papers.
- HELD, DAVID (1994). «Sites of power, problems of democracy» *Alternatives*, núm. 19, vol. 2, pp. 219-258.
- HERNÁNDEZ, LUIS (1994). «De Zapata a Zapata: un sexenio de reformas estatales en el agro», *Cuadernos Agrarios*, núm. 8-9, nueva época.
- (1995). *Chiapas: la guerra y la paz*, México: ADN editores.
- JELIN, ELIZABETH (1994). «¿Ciudadanía emergente o exclusión? Movimientos sociales y ONG en los años noventa», *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 4, octubre-diciembre, México.
- LARANA, ENRIQUE, HANK JOHNSTON y JOSEPH R. GUSFIELD (eds.) (1994). *New social movements from ideology to identity*. Filadelfia: Temple University Press.
- LOAEZA, SOLEDAD (1990). *Clases medias y política en México*. México: El Colegio de México.
- LOMNITZ, LARISSA A. (1981). *Cómo sobreviven los marginados*. México: Siglo XXI.
- LOMNITZ, CLAUDIO (1992). *Exit from the labyrinth*. Los Ángeles: California U. Press.
- LÓPEZ MONJARDÍN, ADRIANA (1986). *La democracia municipal, una utopía viable*. México: Siglo XXI.
- MARION S., MARIE-ODILE (1987). «Pueblos de Chiapas: una democracia a la defensiva», *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 4, octubre-diciembre, UNAM, México, pp. 37-74.
- MARVÁN L., IGNACIO y J. AURELIO CUEVAS (1987). «El movimiento de damnificados de Tlatelolco (septiembre de 1985-marzo de 1986)», *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 4, octubre-diciembre, UNAM, México, pp. 111-140.
- MAXFIELD, SYLVIA (1990). *Governing capital*, Cornell University Press.

- MELUCCI, ALBERTO (1996a). *The playing self*. Cambridge University Press.
- (1996b). *Challenging codes*. Cambridge University Press.
- MIDDLEBROOK, KEVIN J. (1995). *The paradox of Revolution: Labro, the state, and authoritarianism in Mexico*. Baltimore y Londres: Johns Hopkins University Press.
- MOCTEZUMA, PEDRO (1984). «El movimiento urbano popular mexicano», *Nueva Antropología*, núm. 23, junio, pp. 21-33.
- MOGUEL, JULIO, CARLOTA BOTTEY y L. HERNÁNDEZ (coords.) (1992). *Autonomía y nuevos sujetos sociales en el desarrollo rural*. México: Siglo XXI/CEHAM.
- (1987). *Los caminos de la izquierda*, México: Juan Pablos.
- MONSIVÁIS, CARLOS (1987). *Entrada libre: crónicas de una sociedad que se organiza*. México: Era.
- MONTAÑO, JORGE (1981). *Los pobres de la ciudad en los asentamientos espontáneos*. México: Siglo XXI.
- MORALES, RODRIGO (1995). «La sociedad civil y las elecciones en México: observadores e interventores», en *La voz de los votos: un análisis crítico de las elecciones de 1994*. México: FLACSO, pp. 87-98.
- MURO, VÍCTOR GABRIEL (1994). *Iglesia y movimientos sociales*. RNIU/El Colegio de Michoacán.
- y MANUEL CANTO CHAC (coords.) (1981). *El estudio de los movimientos sociales: teoría y método*. México: El Colegio de Michoacán/UAM.
- NÚÑEZ GONZÁLEZ, ÓSCAR (1990). *Innovaciones democrático culturales en el movimiento urbano popular*. UAM.
- O'DONNELL, GUILLERMO y PHILIPPE SCHMITTER (1986). *Tentative conclusions about uncertain democracies*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- OLVERA, ALBERTO (1995). «Regime transition, democratization and civil society in Mexico». Tesis de doctorado. Nueva York: New School for Social Research.

- (1996). «El concepto de sociedad civil en una perspectiva habermasiana». *Sociedad Civil. Análisis y Debates*, vol. 1.
- (1997). «Transformaciones económicas, cambios sociales y patrones culturales en el campo mexicano: los obstáculos a la democracia en el mundo rural», en Jorge Alonso (coord.). *La democracia de los de abajo en México*. México: Siglo XXI-La Jornada.
- *et al.* (1996). «Identidades fragmentadas: formas, actores y espacios de la modernización en el campo. El caso de la cafecultura veracruzana», en S. Zermeño. *Democracia y movimientos sociales en México en los años noventa*. México: UNAM.
- y C. MILLÁN (1994). «Neocorporativismo y democracia en la transformación institucional de la cafecultura», *Cuaderno Agrario*, núm. 10, nueva época, México.
- y L. AVRITZER (1992). «El concepto de sociedad civil en el estudio de la transición democrática», *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 4.
- OXHORN, PHILIP D. (1995). *Organizing civil society*. University Park, Pennsylvania State University Press.
- RAMÍREZ SAÍZ, JUAN MANUEL (1986). *El movimiento urbano popular en México*. México: Siglo XXI.
- (1992). «Investigación urbana y movimientos urbanos populares en México durante los ochenta», *Sociológica*, núm. 18, enero-abril, pp. 89-110.
- (1994). *Los caminos de la acción colectiva*. El Colegio de Jalisco/ INAH.
- STREET, SUSAN (1992). *Maestros en movimiento. Transformaciones en la burocracia estatal (1978-1982)*. CIESAS.
- TAMAYO, JAIME (ed.) (1985). *Movimientos sociales. Ensayos, textos, documentos*. UdeG-CISMOS.
- TARRÉS, MARÍA LUISA (1986). «Del abstencionismo electoral a la oposición política. Clases medias en Ciudad Satélite.», *Estudios Sociológicos*, núm. 4, septiembre-diciembre, México.
- TORRES, GABRIEL y G. RODRÍGUEZ (1994). «El Barzón y COMAGRO: dos estrategias de defensa del desarrollo rural», *Cuadernos Agrarios*, núm. 2

- UNORCA (1989). «Líneas generales de UNORCA», *Boletín de UNORCA*, núm. 1.
- WARMAN, ARTURO (1972). *Los campesinos hijos predilectos del régimen*. México: Nuestro Tiempo.
- ZERMEÑO, SERGIO (1987). «La democracia como identidad restringida», *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 4, octubre-diciembre, UNAM, México, pp. 3-8.
- (1996). *La sociedad derrotada. El desorden mexicano del fin de siglo*. México: Siglo XXI.

*Del movimiento urbano popular  
al movimiento ciudadano*

SERGIO TAMAYO FLORES-ALATORRE  
[Universidad Autónoma Metropolitana]

La argumentación de este artículo es doble: la primera apunta la hipótesis de que un nuevo sujeto social, el ciudadano, está constituyéndose en América Latina, que se sustenta en consideraciones estructurales y condiciones históricas precisas. La segunda establece que una manera de explicar los cambios en la naturaleza de los movimientos sociales es por medio de la elaboración teórica de la ciudadanía, analizada en toda su riqueza sociológica.

Esta doble argumentación coincide en los términos, pero para efectos analíticos son dos conceptos diferenciados. La ciudadanización de las prácticas sociales en América Latina es un fenómeno que está aún por ser explicado; mientras que la perspectiva de la teoría de la ciudadanía es usada sólo como una herramienta metodológica con la cual es posible analizar de manera histórica los ciclos de los movimientos sociales y las transformaciones en la cultura política de la sociedad civil y su relación con el Estado, independientemente de las características que asuman determinados sujetos sociales en ciertos momentos de la historia.

Por sujeto social entiendo una entidad colectiva que se construye en un tiempo y espacio específicos, y que por lo tanto es transitoria (Alberoni, 1984), que activa sus facultades de flexibilidad, reinterpretación y capacidad de decidir (Giddens, en Durand, 1992); así, se constituye en un agente, o actor colectivo, que realiza una acción expresada en un campo o ámbito de conflicto tendente

a controlarlo o transformarlo.<sup>1</sup> Por lo tanto, cuando me refiero al ciudadano como sujeto, lo entiendo como construcción colectiva y como movimiento social. Defino la ciudadanía como derechos y atributos de los individuos o de actores sociales, que se modifican histórica y culturalmente a través de conflictos de intereses en un territorio delimitado. El hecho relevante es entender ciudadanía también como construcción social, por lo que el concepto preciso debiera ser práctica de ciudadanía, que expresa los cambios históri-

<sup>1</sup> Entiendo al sujeto como movimiento social, y no en la definición individualista del ser que ata su esencia individual en oposición al objeto. Por el contrario, el sujeto y el objeto están íntimamente ligados, el sujeto piensa y siente, pero exterioriza su pensamiento en acciones que se obtienen a través de la interacción social y en relación con el objeto. El concepto de sujeto está, asimismo, intrínsecamente asociado al término de actor, como algunos investigadores así lo han retomado (Touraine, 1988; 1994; Ramírez Sáiz, 1995; Durand, 1992). Un actor puede entenderse como protagonista, o personaje principal, que se mueve en una escena o campo de acción establecido. El actor realiza un rol, o roles específicos, que le determina un proceder, una intervención, un ejercicio, una conducta o un comportamiento, pero siempre vinculado al rol desempeñado. Los roles son funciones sociales que se acomodan en la lógica del sistema social, por eso se ha entendido que el término actor limita la constitución del protagonista a su carácter objetivo, como si definiéramos a la clase obrera como clase en sí. La diferencia es que el sujeto es la conversión del individuo (como conciencia narcisista) y del actor (como protagonista funcional de un sistema ordenado), que los inserta en una acción colectiva, cubierta de conciencia y de sentido que lo lleva a transformar ese campo de acción, o esa historicidad. Es como el paso de la clase en sí a la clase para sí, pero como proceso, como conjunción de experiencia, de interacción y prácticas culturales (Przeworski, 1985; Katznelson, 1986).

cos en el ejercicio de derechos y atributos, o en su expansión y reducción, con la participación y la lucha social (Turner, 1990; Barbalet, 1988; Roberts, 1995; Tamayo, 1996a y 1996b).

En este artículo se pretenden documentar los cambios en la naturaleza del movimiento social urbano,<sup>2</sup> de lo pensado y percibido por este sujeto durante un periodo de transición, que se inicia en 1968 y concluye en una nueva época a partir de 1988; que pasó de identificarse con una clase, la del proletariado, y que ha llegado a reconocerse con un sujeto, el ciudadano, cuya expresión colectiva concreta está aún por determinarse en los tiempos actuales de la globalización.

Para introducirnos en este tema, y contextualizarlo de alguna manera, rescato la idea de Alain Touraine cuando afirma que la transición hacia la globalización había terminado. Lo que estamos

<sup>2</sup> Hablo del movimiento urbano popular y del movimiento ciudadano, y no de los movimientos, y rescato la definición amplia de movimiento social tanto de Tilly como de Touraine. En su explicación negativa, el movimiento no es un grupo y, por lo tanto, no debe identificarse con una sola organización social. Un movimiento es un sujeto (Touraine), una forma compleja de acción que se constituye como proceso (Tilly) y una agrupación de opiniones y creencias de una población que muestra ciertas preferencias para modificar algunos elementos de la estructura social (McCarthy y Zald, 1993) y que en general es transitorio (Alberoni). Lo anterior, sin embargo, no obsta para restarle importancia a las organizaciones del movimiento social, pero deben diferenciarse analíticamente. En tal sentido, adopto la tipología de McCarthy y Zald (Curtis y Aguirre, 1993) que hace distinción entre movimiento social (MS), un sector del movimiento social (SMS), una industria del movimiento social (IMS) y por último las organizaciones del movimiento social (OMS). Para efectos de este trabajo, el concepto utilizado es el de movimiento social en su acepción más amplia.

viviendo ya es la plenitud de la posmodernidad; el desmoronamiento de la fuerza política y cultural del Estado, el predominio de la electrónica en la reestructuración industrial, y el de la electrónica y los medios de comunicación en la producción de mercancías, la importancia de los medios de comunicación en la identificación de los símbolos culturales que éstas expresan, la paulatina desintegración de las utopías modernizadoras como el nacionalismo o el socialismo y el fortalecimiento de identidades restringidas de corte étnico, territorial y de género. Observamos el desplazamiento del movimiento obrero como protagonista fundamental del cambio social por otros actores sociales, identificados más como ciudadanos que como clase social. Experimentamos un mundo que se ha transformado y presenta características nuevas, diferentes a las manifestadas en el periodo de la modernidad y la sociedad industrial.

Una de estas diferencias es la forma como los movimientos sociales han modificado las interpretaciones de sí mismos, que refleja con claridad las determinaciones estructurales y las condiciones históricas de la transformación. El movimiento urbano popular que se manifestó durante las décadas de los setenta y ochenta fue experimentando profundos cambios hasta convertirse en un movimiento ciudadano que participa socialmente, y la ciudadanía como la ampliación de derechos sociales, políticos y civiles para los habitantes de las ciudades. El movimiento urbano popular fue la expresión de la transición hacia la globalización; el movimiento ciudadano es la presencia plena de la globalización.

Por eso, Touraine tiene razón cuando dice que debemos entender el periodo reciente ya no como transición, sino como el resultado institucional de ésta. Lo importante ahora es cómo explicar la situación actual generada a partir del periodo anterior, porque la forma en que se han acomodado los actores sociales, El Estado, los movimientos sociales, los grupos empresariales, los trabajadores, además del curso, así como la situación política y

económica, contrasta y depende de las condiciones en que se expresaron y resolvieron los conflictos durante la fase de 1968 a 1988.

La participación de la sociedad civil hoy, después de 1988, se incrementa de manera sistemática y ha cambiado cuantitativa y cualitativamente: sólo en la ciudad de México durante 1994 se dieron en promedio 82 manifestaciones públicas por mes, de las cuales 25 se dirigieron al gobierno capitalino. Los tipos de las otras fueron, por orden de importancia, conflictos laborales, manifestaciones políticas, movilizaciones campesinas, estudiantiles, sindicales y religiosas, además de 115 bloqueos de calles y avenidas, y tomas de edificios públicos (*Cfr. La Jornada*, 21 de octubre de 1994).

Los principales partidos políticos del país, tanto como autoridades de gobierno, han coincidido en que el México urbano es más diverso, plural, con un número mayor de fuerzas sociales participando y ejerciendo sus derechos ciudadanos. Ello los ha obligado a conciliar sus plataformas políticas con la heterogeneidad de la población, para que correspondan a las nuevas aspiraciones de los individuos a partir de su experiencia cotidiana. Para aquellos partidos clasistas, la participación electoral que se dio con la reforma de 1977, ha hecho disociar el nexo natural entre la clase y el partido, tal como le pasó al Partido Revolucionario Institucional, cuando dijo ser el heredero del gobierno posrevolucionario y se asumió como representante de una sociedad moderna compuesta principalmente por dos clases protagonistas: el proletariado y la burguesía nacionalista. Lo cierto es que la participación electoral propicia la atracción de otros sectores organizados por fuera de las clases, y se refuerza la imagen de una sociedad que no tiene clases homogéneas ni hegemónicas, sino que es heterogénea y contiene diversas bases de identidad colectiva (Przeworski, 1985).

Las elecciones, sin embargo, expresan también una manifestación de la lucha de clases, porque la población toma posición política al reconocerse en el partido de su elección, el que a su vez

representa una determinada posición de clase a través de los principios que enarbola. En las elecciones presidenciales de 1988, por ejemplo, el movimiento nacionalista revolucionario, con el socialismo fundido en él, resultado de la experiencia social de la transición, obtuvo una «contundente derrota» electoral que redujo el impacto posterior que pudo haber ejercido sobre la política nacional de haber ganado la contienda. No obstante, uno de los participantes de esta tendencia nacional, el movimiento urbano popular (MUP), pudo mantener un cierto grado de fuerza y continuidad a través de organizaciones-frente que aglutinaban cada una un importante número de agrupaciones sociales. Lo esencial de este sector es que a pesar de sucesivas derrotas de tipo electoral mostró capacidad para preservar, aunque de manera desigual, influencia permanente en la sociedad y peso político en la modificación de aspectos relativos a la legislación urbana. Hoy, el movimiento urbano es parte de una enorme corriente ciudadana que se revuelca incómoda ante la impresionante debilidad y torpeza de las élites.

Para explicar las características del MUP, abordaré dos ejes analíticos: a) la comparación del estado actual del movimiento urbano popular con su situación y evolución en los últimos veinticinco años, de una manera que nos permita reconocer los cambios sustanciales en su naturaleza, y b) la conexión de sucesos representados por el movimiento con reflexiones teóricas acerca de la acción colectiva.

Si se trata de entender la transformación en la naturaleza del movimiento social interesa entonces la referencia a cuatro principales cambios evidenciados en esta transición: la autodefinición del movimiento como ciudadano y el relativo equilibrio en el ejercicio de los derechos, la dinámica del movimiento que muestra etapas diferenciadas por tipos de liderazgos e ideologías en su ciclo de desarrollo, las alianzas sociales y políticas, y la relación con el Estado. Estos cuatro aspectos los destaco a continuación:

1. Un primer cambio tiene que ver no sólo con la interpretación que hacen algunos estudiosos del tema de los movimientos,

sino cómo éstos se van pensando, percibiendo y redefiniendo a sí mismos. Durante a década de los setenta y el primer lustro de los ochenta, los analistas se interesaron en justificar por cualquier medio la importancia social y política del movimiento urbano popular. Había que explicar las causas del surgimiento de las revueltas, de dónde provenía su base social, el carácter revolucionario de su lucha y sus perspectivas políticas, y en consecuencia su forzada relación con el movimiento obrero y la lucha de clases. Prevalcieron los análisis del marxismo ortodoxo, muchos de ellos de tipo economista que estudiaron la ciudad para explicar las acciones colectivas del movimiento urbano derivadas de ella; o al revés, pretendía, explicar el movimiento social para describir la estructura urbana. La ciudad era producto de las relaciones sociales de producción capitalista (Castells, 1978; Lojkine, 1977 y 1979; Topalov, 1979; Pradilla, 1984), y la población urbana que se sumaba al movimiento era considerada como parte del ejército industrial de reserva; eran obreros desempleados temporalmente, subempleados que, aunque indirectamente, se relacionaban con los obreros en activo y constituían el conjunto del movimiento obrero (Moctezuma, 1983; Moctezuma y Navarro y Navarro, 1980; Tamayo, 1989). El MUP era considerado por su situación objetiva parte esencial de la lucha de clases.

Los estudios del movimiento urbano popular relacionaban casi siempre tres aspectos metodológicos: las causas objetivas de su surgimiento, sus formas de organización y la confrontación con un Estado que se definía clasista y represor. Estos elementos de análisis coincidieron con las temáticas que las organizaciones sociales debatían en el contexto político y concluían sus debates en los encuentros de la Coordinadora Nacional del Movimiento Urbano Popular (Conamup, 1981, 1983a, 1983b, 1983c, s.f.), cuyas discusiones se daban en términos generales sobre lo siguiente: análisis de la situación actual —objetiva, problemas de la vivienda, carencias estructurales en el capitalismo, etcétera—, intercambio

de experiencias organizativas que las asociaciones venían adoptando, estructura interna, democracia directa, organigramas, constitución de asociaciones de carácter legal, etcétera, y caracterización del Estado, definido como burgués, que delineaba así las políticas estatales de vivienda, servicios y equipamiento urbano, además del control social obtenido por medio de la represión.

Fue una manera de reflexionar la dinámica interna del movimiento, que iba correspondiendo con los principales postulados de la teoría de la movilización de recursos, pero que los analistas nunca rescataron, tal vez por su desconocimiento o por considerarla de tipo estructural-funcionalista contrapuesta al enfoque marxista prevaleciente en ese entonces. La perspectiva de la movilización de recursos estudia la estructura de las organizaciones como expresión concreta de los movimientos y le preocupan sobre todo las causas objetivas de su surgimiento y declinación, a partir de las cuales se elaboran una tipología de la acción. Los antecedentes de esta elaboración provienen de las primeras aproximaciones al estudio de los movimientos sociales de Neil Smelser, desde la década de los cincuenta, en las que planteaba la importancia de deslindar el análisis del comportamiento colectivo de las teorías conductistas, de las multitudes y de la psicología especulativa (Le Bond, 1977; Tarde, 1962 y 1969; Freud, s.f.; Tamayo, 1996a), porque éstas explican las causas de la acción con situaciones no comprobables científicamente, como la imitación, simpatía, contagio, hipnosis, sugestión y neurosis. Clasificar la acción colectiva en sus formas elementales y en los tipos de comportamiento organizado fue importante para determinar sus causas y sobre todo los efectos en la organización social. Para entonces, las formas elementales se consideraban el miedo-pánico, el furor colectivo y el estallido hostil, mientras que las acciones colectivas organizadas eran los movimientos normativo (de reforma social) y valorativo (del tipo revolucionario) (cf. Ramírez, 1996). Análisis parecidos fueron desarrollados más tarde por Melucci (1989), al diferenciar acción colectiva y

movimiento social. El aspecto esencial en la teoría de Smelser ha sido establecer los determinantes del comportamiento colectivo a partir de preguntarse ¿qué determina la existencia de un comportamiento colectivo cualquiera, y qué la existencia de un tipo de comportamiento en vez de otro? En su detallado análisis, el autor identifica seis determinantes: la conductividad estructural, que son las características de tipo económico, político, cultural y religioso que permiten la posibilidad de la acción; la tensión estructural, es decir, las condiciones objetivas en un momento preciso, por ejemplo, crisis económica, condiciones de pobreza extrema y disturbios raciales; el surgimiento de una creencia generalizada, que identifica a los protagonistas con las fuentes de tensión y se vuelve significativa; los factores precipitantes, que son los hechos dramáticos que aceleran el estallido de la violencia; la movilización de los participantes, que es la voluntad y agregación individual para impulsar al grupo a la acción, y, finalmente, la efectividad del control social, que es la determinante que impide o interrumpe la acumulación sucesiva de los otros.

En un caso más circunscrito sobre la dinámica de los movimientos sociales, el enfoque de la movilización de recursos fue desarrollando métodos en el conocimiento de los diferentes medios que las organizaciones utilizan para alcanzar los fines establecidos (McAdam *et al.*, 1988; Zald y McCarthy, 1987; Curtis y Aguirre, 1993; Turner y Killian, 1987; Tilly, 1981 y 1995; Melucci, 1989; Stewart *et al.*, 1989; Snow *et al.*, 1986; Ramírez, 1996). Nos dice de la organización interna, de los componentes de la acción, de los movimientos de los participantes y cómo a partir de la combinación de estos constituyentes en ciertas coyunturas políticas los movimientos llegan a alcanzar, o no, sus objetivos.<sup>3</sup> Por esta razón, se

<sup>3</sup> Es importante aclarar que no todos los estudiosos de la movilización de recursos analizan los movimientos como organizaciones; ya veíamos que para Tilly, por ejemplo, el estudio de los movi- ...

destacan aquí los movimientos como estructuras u organizaciones concretas, porque la acumulación de recursos (en dinero y trabajo) necesita de formas específicas de organización. De ahí que los movimientos sociales se clasifiquen en sectores (SMS), y organizaciones del movimiento social (OMS) (*cf.* Curtis, R. y Aguirre, 1993). Para que una organización del movimiento social tenga éxito, se necesitan apoyos externos y una equilibrada relación costo-beneficio que los participantes del movimiento establezcan para motivar su decisión a participar, el grado de ésta o bien la búsqueda de otras opciones.

La movilización de recursos en sus elaboraciones recientes ha resaltado los aspectos de tipo simbólico, cultural, legal e ideológico con los cuales se analizan los participantes no únicamente como individuos que reaccionan a una causa objetiva, sino que se identifican con los contenidos de los discursos y plataformas políticas e ideológicas de las organizaciones del movimiento social. Este enfoque permite observar las causas de la participación y diferenciar los niveles de involucramiento de unos y otros, así como responder a la pregunta de por qué unos participan en un tipo de organización y otros lo hacen en asociaciones distintas.

Los estudios en América Latina durante los setenta y ochenta se acercaron mucho a la teoría de la movilización de recursos por sus objetos de estudio, aunque, sugiero, no profundizaron teóricamente en todos los aspectos que aquella sí prevé. El interés fue más bien en el aspecto organizativo y operativo; se originaba desde los intelectuales orgánicos que, al mismo tiempo que eran académicos de las universidades, eran activistas y dirigentes de organizaciones sociales. Se tenía la necesidad de desarrollar una teoría cercana a la experiencia empírica.

... movimientos sociales no puede reducirse al de las organizaciones. Un movimiento es una acción política, más que una simple y concreta forma organizativa.

Actualmente, el interés teórico ha cambiado. El movimiento social urbano se expresa y reconoce ante la sociedad. Es heterogéneo como la misma población urbana a la que trata de influir. Se manifiesta a través de movimientos políticos, de participación electoral, de convenciones nacionales junto a mexicanistas, cristianos, ecuménicos, mujeres, empleados, universitarios, estudiantes, jóvenes, indios, ecologistas, etcétera. Pero la diversidad desunifica. El movimiento obrero ha sido desplazado de la escena como sujeto fundamental, porque el liberalismo no necesita de estos sectores sociales para apoyar sus políticas, más bien de las empresas transnacionales y del ciudadano, como individuo, en su acepción más occidental. Ya no se requiere convocar ni a la clase ni al pueblo como categoría nacional.

La estructura actual del mercado laboral muestra una fuerte declinación del empleo en actividades secundarias, aumento en las terciarias —de comercio y servicios— y un alto índice de desempleo. La población se constituye por una importante clase media que demanda derechos ciudadanos, no necesariamente vinculados a reivindicaciones laborales. Debido a estos cambios estructurales, el sujeto social se ha venido transformando, ahora es el ciudadano y no el obrero; nótese, si no, el movimiento urbano popular que fue modificando su percepción e interpretación de los factores de identidad de la base social, su lenguaje en el discurso y su caracterización del Estado. Hoy, el movimiento urbano se autodefine como movimiento ciudadano (Smith y Durand, 1995). Este término era impensable en los setenta, porque el movimiento entonces era revolucionario, expresarse como ciudadano significaba tanto como ser reaccionario y burgués.<sup>4</sup>

<sup>4</sup> Cuando me refiero al movimiento urbano popular ubico principalmente a las organizaciones que formaron la Conamup a finales de los setenta y el primer lustro de los ochenta, así como las organizaciones sociales que se desarrollaron por fuera de la Coordina- ...

El contexto y los significados cambian; en ese entonces, ciudadanía era un concepto que se asociaba a la sociología clásica, vinculado a las ideologías dominantes de las sociedades occidentalizadas; con él se justificaba la armonía social, el progreso y la modernidad. Ciudadanía era una forma de homogeneizar la pluralidad, sin contradicciones, sin lucha de clases y sin intereses antagónicos; por lo tanto, en los países del tercer mundo donde se planteaba la agenda de la revolución y de los movimientos de liberación nacional, definir los movimientos como ciudadanos era ubicarse en el deseo reaccionario de la inclusión, cuando lo que se pretendía era el rompimiento y la crisis revolucionaria.

Las transformaciones estructurales de la sociedad y la evolución teórica sobre la ciudadanía han rebasado el estrecho marco jurídico que la ataba a ser un simple resultado del contrato social. Hoy se habla de ciudadanía —sea de tipo social, político, civil o cultural— como participación y construcción social que se asume, reinventa y transforma (Van Gunsteren, 1978; Mann, 1987; Turner,

... dora, esto es, en conjunto: CDP de Chihuahua y Durango, FP de Monterrey y Zacatecas, el MUP de Guerrero, la UCP, el BPR, San Miguel Teotongo, colonia Guerrero, colonia Doctores y la CUD (Coordinadora Única de Damnificados), entre muchas otras. Hoy, el término ciudadano, o expresiones relativas, es usado como calificativo en el nombre de muchas organizaciones, como Movimiento Ciudadano, Acción Ciudadana, etcétera, y las organizaciones sociales, tanto de nueva formación como de aquellas cuyos orígenes se remontan a las décadas de los setenta y ochenta, han venido incorporando en sus discursos términos como ciudadano, en vez de obrero y proletario, y movimiento ciudadano como sinónimo de movimiento urbano popular; ejemplos de estas organizaciones son el movimiento de damnificados, la UVYD de la colonia Roma, la UPNT del centro histórico, Asamblea de Barrios, El Barzón, etcétera (cfr. Tamayo 1994).

1990; Roberts, 1995; Tamayo, 1996a y 1996b). Es el resultado de complejas relaciones sociales que expanden los derechos y los ejercen con conciencia, por lo que su práctica y concepción se transforma por medio de la interacción social.

La identidad del ciudadano se orienta a romper el tradicional control del Estado sobre la sociedad civil. Por lo tal motivo, no debe extrañar entonces algunas características de las relaciones societales. Los actores sociales ya no se adecuan a la existencia de un Estado benefactor paternalista, sino a uno que sea instrumento de la ciudadanía. En un contexto así, se reacomodan los grupos: la élites, los empresarios y los movimientos sociales, que identifican sus intereses de otra manera, redefinen sus derechos y los oponen a otros, enfrentan proyectos de nación o de ciudadanía que sólo implícitamente se manifiestan como expresión de la lucha de clases.

2. Una segunda característica es que el movimiento social es un proceso dinámico y no un hecho aislado. Touraine (1988; Tamayo, 1995) Lo define como una acción colectiva que deja de ser resultado de causas objetivas para convertirse en un sujeto que busca el control de su historicidad, es decir, el ámbito social y cultural donde se mueve. El movimiento no es un dato, sino un proceso continuo y discontinuo, histórico y transformable.

El caso del movimiento urbano, y en particular del de mujeres, muestra la validez de esta afirmación para el caso mexicano. Después del movimiento estudiantil de 1968 y hasta 1970, los movimientos se expresaron principalmente a través de revueltas estudiantiles en ciudades de provincia; surgieron pequeños grupos políticos de izquierda, las comunidades cristianas de base y los grupos de guerrilla urbana.

Las mujeres empezaron a cuestionar su situación de género en la historia y en la sociedad, y se organizaron en reducidos grupos de clase media —periodistas, profesoras universitarias, estudiantes y activistas políticas—. También se escenificaron invasiones a terrenos urbanos en las principales ciudades del país: en Chi-

huahua, en 1968, luego en Monterrey, Durango, Hermosillo, Tijuana, Zacatecas, Oaxaca y ciudad de México.

A finales de los setenta, el número de organizaciones sociales aumentó considerablemente. Entre 1977 y 1982 se formaron los frentes nacionales con sectores sociales de trabajadores universitarios, maestros, feministas, obreros, campesinos, pobladores, jóvenes y activistas contra la represión.<sup>5</sup>

Lo anterior muestra que un movimiento de carácter nacional se constituye de un número significativo de luchas locales y aparentemente aisladas. La influencia cualitativa de este proceso fue sustancial en la vida política del país, ya que junto con este crecimiento de la actividad popular se dio también un proceso de reorganización de los empresarios que comenzaron a expresar sus inquietudes ante la crisis económica y política de esa época; fue similar con el movimiento obrero oficial que se enfrentó a las posiciones de la izquierda y de los empresarios y presionó, así, al gobierno para ampliar los derechos sociales de los trabajadores y obtener las prebendas de la burocracia sindical. La evidencia disponible muestra que los movimientos sociales no se desarrollan aisladamente, ni siquiera en una relación bipolar con respecto al Estado, aunque sea éste su principal interlocutor; al contrario, las demandas de un sector social tienen repercusiones sobre los derechos de otro u otros

<sup>5</sup> En este periodo se formaron los siguientes sectores del movimiento social: Sindicato Único Nacional de Trabajadores Universitarios, Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación, Frente Nacional por la Liberación de la Mujer, Coordinadora Sindical Nacional, Coordinadora Nacional Plan de Ayala, Coordinadora Nacional del Movimiento Urbano Popular, Frente Nacional contra la Represión y Consejo Popular Juvenil, entre otros. Después se constituyeron el Frente Nacional por la Defensa del Salario, Contra la Austeridad y la Carestía y el Comité Nacional por la Defensa del Empleo, con la combinación de aquellos organismos.

sectores, y así se refleja, en la confrontación entre grupos y el Estado, la naturaleza del conflicto de clase.

Después de los sismos de 1985, el MUP cobró una importante fuerza social y política, cuando destacó las exigencias por democratizar la vida nacional. A partir de este hecho dramático, la sociedad conscientemente se asume plural, y unifica la demanda de democracia. Hay que hacer notar que de una acción espontánea de rescate de víctimas y en solidaridad con los damnificados, y del concurso de las organizaciones barriales para reconstruir toda una ciudad dentro de la macrocefálica ciudad, se derivó un movimiento ciudadano por la democracia, en torno al cual se manifestaron intelectuales, mujeres, estudiantes, sectores sociales y partidos políticos; incluso el PAN, que mejoraba electoralmente en los estados del norte de la república, radicalizó su participación con los llamados a la resistencia civil (*cf.* Tamayo, 1996a).

Durante este periodo, los movimientos sociales aclararon sus proyectos de ciudadanía, que en realidad fueron propuestas de nación, de redefinición de la función del Estado sobre la rectoría económica del país y de los derechos sociales, civiles y políticos. Las propuestas se fueron decantando según el interés de los sectores sociales, por eso la lucha por la ciudadanía es una muestra concreta de la naturaleza del conflicto de clase en ese momento: la burguesía y las élites económicas tenían claro, desde 1975, cuando se formó el Consejo Coordinador Empresarial, que el proyecto de nación pasaba por la privatización, lo que implicaba reforzar desde su perspectiva la dimensión privada de la ciudadanía, y se alejaba cada vez más del proyecto que tenían los asalariados y los pobladores pobres.

En 1988, estos proyectos se enfrentaron en la contienda electoral. La apuesta nacionalista y popular perdió en las urnas, lo que hizo minar las expectativas de mucha gente sobre la posibilidad de un cambio de régimen. Pero el efecto social y en la cultura política de México había echado raíces: por primera vez en mucho tiempo

la población se había organizado en alternativas reales de gobierno. El movimiento popular había pasado de defender primordialmente derechos sociales de la población a demandar el derecho a gobernar, lo que sugiere haber adoptado una perspectiva más política.

Salta a la vista que, cuando el grupo de Carlos Salinas (1988-1994) obtuvo la hegemonía en los noventa, el movimiento social en su conjunto se desarticuló, pero sin desaparecer. Los sindicatos fueron incapaces de constituir un frente sólido que encabezara una alternativa al neoliberalismo creciente, como también lo fueron los cristianos, maestros, mujeres y colonos que en su momento habían escenificado importantes acciones colectivas; ahora se ofrecía, cuando mucho, movimientos atomizados y desarticulados. Las formas anteriores de organización dejaron de ser llamativas, como las ideas de comunidad, de autogestión y las formas de estructurar por jerarquía la organización interna; no obstante, la población estaba más interesada en la política, en la forma de gobernar y en la participación electoral. El movimiento social, por lo tanto, no ha decrecido, así lo sugiero, simplemente se ha organizado de otra manera; los ciudadanos son menos pasivos, aunque menor pasividad no se ha reflejado en un desarrollo organizativo ni en una generación de vínculos entre los distintos sectores del movimiento.

En 1994, la experiencia del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), las elecciones presidenciales, los asesinatos y secuestros políticos y la crisis financiera fueron el contexto en el cual se expresaron una diversidad de organizaciones ciudadanas: grupos de asistencia social, comités de vigilancia electoral, caravanas de apoyo a campesinos e indígenas, organizaciones sociales reivindicativas, convenciones nacionales, etcétera. Si estudios como el de Sergio Zermeño (1996) muestran que la sociedad presenta fuertes síntomas de anomia, existen importantes salvedades, por lo que el problema analítico no es la falta de participación, sino la parcelación social sin lazos entre los fragmentos. Desde 1988, el movimiento social se atomizó, pero aún está presente, organizado

en pequeños grupos como en los primeros años de la década de los setenta; la diferencia es que hoy son más activos y críticos, aunque carezcan de un liderazgo que los unifique.

La crisis de gobernabilidad, en efecto, refleja una ausencia de liderazgo y de renovadas utopías, pero sería un error suponer que el movimiento social es el único protagonista que las padece; los empresarios tampoco tienen líderes que lo cohesionen y se fragmentan entre múltiples posiciones divergentes de micro, pequeños, medianos y grandes capitalistas. El gobierno mismo no puede resolver la fragmentación que padece internamente y lo destroza. Testimonios diversos subrayan que ésta es una situación que no sólo es privativa de México, sino que es enfrentada por muchas otras naciones; obsérvese, por ejemplo, que el Instituto Internacional de Estudios Estratégicos, con sede en Londres, un organismo de investigación de prestigio, concluye que el problema principal de gobernabilidad es la ausencia de liderazgos en el mundo, deplora la existencia de líderes débiles que están a la cabeza de gobiernos tambaleantes; según este instituto, la situación es delicada porque la situación internacional puede precipitarse en un caos. Sin embargo, si el problema de ingobernabilidad es preocupante desde la lógica de las élites, desde la de los desposeídos esto se agudiza, pero no por la falta de un liderazgo institucional, sino por carecer de una alternativa unificadora desde abajo, es decir, de un liderazgo colectivo desde la perspectiva popular.

3. La tercera característica es la capacidad del movimiento urbano popular de generar relaciones y alianzas sociales y políticas. Claus Offe (1987), en su libro *Desafíos a las fronteras de la política institucional*, define los nuevos movimientos sociales de la posmodernidad como aquellos con capacidad de desarrollar amplias alianzas con diversos sectores sociales y políticos: la clase media y otros grupos periféricos como estudiantes, amas de casa, jubilados, desempleados y jóvenes con empleos marginales. En cambio, la vieja izquierda sigue buscando reclutar a los obreros, aunque lo que en-

cuentra es más bien el apoyo de algunos sectores de la nueva clase media. La derecha, por su parte, se respalda tanto en la tradicional como en la nueva clase media, y en trabajadores no sindicalizados.

El estudio de Offe analiza el caso particular de Alemania; sin embargo, es extraordinariamente ilustrativo por la similitud con la situación de México; en nuestro país, durante las décadas setenta y ochenta, el movimiento buscó con desesperación una alianza con el movimiento obrero independiente, que se dio de manera parcial con la formación del FNAP (Frente Nacional de Acción Popular), en 1976, con el FNDSCAC, en 1982, y con la Coalición Nacional contra la Deuda Externa, en 1987; incluso la participación de los trabajadores petroleros y de los maestros durante la campaña electoral de Cuauhtémoc Cárdenas, en 1988, se convirtió en un referente importante del movimiento.

No obstante, la alianza entre grupos periféricos y clases medias actualmente es una de las características. Esto se debe a dos fenómenos, de tipo externo e interno: por un lado, los cambios estructurales están determinando la constitución de las alianzas, en la medida que durante el periodo de sustitución de importaciones, el Estado tuvo un papel central en las inversiones productivas y de servicios; fue creciendo una importante clase media vinculada al empleo del sector público, aunada al aumento constante de actividades del sector privado comercial y de servicios; por ello, el peso específico de las clases medias se ha incrementado en el escenario político (Roberts, 1995); por otro lado, las condiciones de la lucha modificaron la correlación de fuerzas entre las clases sociales; si antes había sido la clase obrera, o un aparte de ella, con la que los movimientos sociales se identificaban, principalmente en los acontecimientos de 1976, 1982 y 1988, sucede ahora que esta clase ha perdido su lugar como eje centralizador de las luchas sociales, en parte debido al control institucional ejercido sobre ella, sin la cual otro hubiera sido el desenlace. Importa, en esta perspectiva, destacar que en el momento en que la clase obrera ya no pudo sostener-

se como sujeto fundamental de transformación, los movimientos sociales perdieron también, en parte, la direccionalidad de la lucha entendida como conflicto de clase, y en tal sentido no debe sorprender que comenzaran a operar con una orientación de tipo más ciudadano.

4. La última característica que describo es que el movimiento social urbano reacciona contra la intrusión del Estado en los mundos de vida (Habermas, 1989; Touraine, 1988; Melucci, 1989; Offe, 1985). Habermas alude a la colonización interna como la intrusión del Estado (del sistema social) en todos los ámbitos de la vida cotidiana (*worldlife* o mundo de la vida). Por sistema se refiere a varias entidades: al «sistema de instituciones», a la estructura y al predominio del mercado y el poder, a la esfera de extrema racionalización (en términos de Weber), el ámbito donde se reproduce el Estado, las formas de la división del trabajo y las de legitimidad y regulación; es, en otras palabras, en los aparatos del Estado donde se generan las normas fundamentales para el mantenimiento del sistema.

El mundo de vida se constituye de tres elementos: la sociedad, entendida como procesos de integración social mediante los cuales se comunican los individuos; la cultura, como depositaria del conocimiento y del entendimiento mutuo, y la personalidad, como sujeto, capaz de comunicar y actuar reconstituyendo su identidad personal y contribuyendo, con la socialización, a la formación de identidades colectivas. En todo caso, la reproducción del mundo de vida se da a través de la interacción social y la acción comunicativa.

La colonización interna es la intrusión de la racionalización extrema del sistema en el nivel de la práctica comunicativa cotidiana, y se convierte en la verdadera crisis del mundo de vida, porque racionalizarla es transmutarla en patología. Con la colonización interna se busca la pacificación de los conflictos mediante el control social, por lo que la conciencia de la vida cotidiana se fragmenta. La extrema racionalización del mundo de vida desintegra sus

componentes —sociedad, cultura y personalidad— y las perspectivas de la cultura. ante este fenómeno surgen los movimientos sociales para oponerse a la intrusión y controlar su espacio vital, se dinamizan en contra el Estado, y se convierten en resistencia a la colonización del mundo de vida. Por su parte, Touraine define los movimientos sociales como acciones que no buscan el poder del Estado; por el contrario, lo rechazan por completo; se oponen al control burocrático sobre la libertad individual. El Estado se ha identificado en la modernidad con la razón instrumental, que controla el dinero, las decisiones y destruyen la integridad del sujeto, con lo que queda establecido que en la era de la posmodernidad el grado de dominio estatal sobre la sociedad depende de la modernización alcanza por los países; en otras palabras, a menor influencia del Estado sobre la sociedad civil en una nación mayor será su grado de desarrollo. Pero desde otra visión, la razón puede aliarse a los movimientos que se colocan contra el dominio de la burocracia, la lógica del poder y la concentración de recursos y decisiones (Touraine, 1994).

Lo mismo consideran Melucci y Offe acerca de los nuevos movimientos sociales, que reconstituyen una sociedad civil independiente del sistemático control del Estado sobre la vida social. La característica de los nuevos movimientos sociales hoy es la búsqueda de su emancipación política. Su espacio de acción es la política no institucional; por eso, los valores reivindicados son autonomía e identidad, como oposición a la manipulación estatal. El objetivo terminal de los nuevos movimientos es reconstituir una sociedad civil independiente de la incesante intervención y control de la burocracia, por eso es un proceso que se orienta hacia la emancipación.

En México y en América Latina los movimientos sociales han modificado su actitud con respecto al Estado, pero no han dejado de lado la posibilidad de constituirse en opción de gobierno. La teoría de la ciudadanía puede ayudarnos a entender los cam-

bios en esta relación y, sobre todo, los que se dan en la interpretación y significación que los movimientos han tenido del gobierno. Por ejemplo, el movimiento estudiantil de 1968 reivindicó primordialmente la expansión de la ciudadanía civil, sus demandas fueron democracia, tolerancia y respeto, buscaban los valores de una sociedad democrática y un Estado tolerante que escuchara la opinión de la ciudadanía; al no encontrarlos, los estudiantes definieron el gobierno de Díaz Ordaz como un Estado despótico que mata estudiantes, intolerante, irrespetuoso y autoritario. El resultado inmediato fue la represión y un aparente fracaso, pero a largo plazo y para la sociedad mexicana el movimiento tuvo un enorme impacto porque mostró la profunda antidemocracia y rigidez del régimen, y abrió mayores espacios de participación.

Durante los sexenios de Echeverría y López Portillo (1970-1982), la idea principal del movimiento opositor fue que hubiera una mayor intervención estatal, con la cual se otorgaron mayores beneficios sociales por medio de programas de nacionalización de las principales industrias básicas. Al movilizarse reivindicando derechos colectivos relativos a las condiciones de vida, los movimientos sociales de izquierda despertaron a la vida pública, insistieron en los derechos sociales más que cualquier otro, a pesar de que la lucha por los derechos humanos y por una mayor participación, que se vinculan a los conceptos de ciudadanía civil y política, siempre estuvieron presentes.

Durante el gobierno de Miguel de la Madrid (1982-1988), el proyecto de ciudadanía del movimiento popular tuvo la posibilidad de convertirse en programa de gobierno. Pasaron de una fase en que sólo defendían derechos sociales a otra en la que demandaban el derecho a gobernar. La participación política se incrementó y los principales conflictos se dieron en las contiendas electorales, tanto en cabeceras municipales como en ciudades medias. De este modo, el movimiento social sí se planteó la toma del poder y, ante el proyecto neoliberal, se unificó en torno a un programa nacionalista-

revolucionario, pero desde la izquierda. Por lo demás, este proyecto político muestra que la raíces nacionalistas de los mexicanos son aún muy profundas. Los cambios estructurales de la globalización impactan fuertemente los procesos internos y las identidades tradicionales; el debilitamiento del Estado y el desmoronamiento de los espacios públicos ceden al individualismo y al fortalecimiento de la vida privada. Los movimientos sociales, que se unificaban alrededor de atributos totalizadores o universales como el socialismo y la perspectiva de clase, han cambiado esos símbolos de cohesión. La reivindicación ha dejado de ser ciudadanía social y se ha orientado hacia los derechos civiles y políticos, como en el caso del movimiento estudiantil de 1968. De tal suerte que la identidad del ciudadano expresada en un cierto individualismo se recrea al rechazar la intervención del Estado y al demandar el control de la sociedad civil sobre los aparatos estatales. Pero al mismo tiempo, esa defensa de los derechos humanos es una apuesta política de carácter universal que unifica a las poblaciones del mundo, y el derecho por la democracia, que se traduce en participación electoral, convierte al ciudadano en parte de una acción colectiva por el poder.

En síntesis, el movimiento social urbano de principios de los setenta rechazó al Estado y su impunidad porque no correspondía con el proyecto de nación que el movimiento enarbolaba. Después exigió mayor intervención estatal, pero bajo el control de la sociedad civil; su planteamiento no fue únicamente de rechazar al Estado, sino supeditarlos a las demandas de la sociedad.

### *Conclusiones*

Hemos visto algunas características del movimiento urbano popular y cómo se han transformado a partir de la década de los setenta: en primer lugar, de considerarse parte del proletariado pasaron a constituirse en movimiento ciudadano.

En segundo lugar, ha sido un movimiento dinámico, por lo que el estudio de la acción colectiva no debe entenderse como un

hecho aislado, sino como un proceso que tiene ciclos y reaparece de acuerdo con determinaciones de tipo estructural y condiciones históricas y culturales. El movimiento social se transformó en ese devenir: de estar constituido por movimientos locales pasó a ser un movimiento de carácter nacional, para caracterizarse hoy por un número creciente de movimientos sectoriales, atomizados, pero con una mayor capacidad crítica. Los liderazgos cambiaron también dependiendo del ciclo de desarrollo del movimiento: los socialistas predominaron en la primera mitad de los setenta; los nacionalistas revolucionarios durante 1976; la corriente socialista de nueva cuenta se hizo presente a principios de los ochenta y hasta 1987; y después los nacionalistas encabezaron el movimiento durante las elecciones de 1988. Actualmente, estas ideologías han entrado en una profunda crisis; las utopías nacionalistas y socialistas han perdido credibilidad. No existe un liderazgo político ni ideológico que pueda unificar los fragmentos sociales descontentos.

La tercera explicación es que las alianzas políticas no son las mismas, porque la importancia e influencia de los sectores participantes han cambiado. El papel protagónico del movimiento obrero ha decrecido y en su lugar aparece una renovada y pujante clase media; antes existía no sólo disposición, sino angustia de amplios sectores del movimiento social por vincularse con la clase obrera; hoy se tolera y se busca la participación de la clase media en estos movimientos y en la constitución de alianzas políticas.

Finalmente, la interpretación del Estado ha cambiado. El liberalismo y el socialismo coinciden en que el Estado debe desaparecer para dejar paso a una sociedad moderna liberada de las ataduras de la burocracia; pero el liberalismo plantea la reducción del Estado para acrecentar el poder del individuo y de la economía de mercado, mientras que el socialismo explica su paulatina desaparición al conquistar una sociedad igualitaria sin clases sociales. En esta semejanza de objetivos, pero con distintos fundamentos, el movimiento, desde los setenta, cambió la interpretación que tenía

del Estado y también su relación con él; mientras que en aquella década lo rechazaba plenamente, en la actualidad reivindica el control ciudadano de las acciones de gobierno y puede concertar prácticas y políticas públicas con las autoridades.

Así, el movimiento pasó de ser acción colectiva producto de determinaciones objetivas a ser acción que busca conducir su historicidad, es decir, se convirtió en sujeto. En los setenta, este sujeto se identificó con la clase obrera, en los noventa es ciudadano, pero no debe entenderse como un alejamiento de la solidaridad y la colectividad, porque ciudadanía, en cuanto forma de identidad, se relaciona con grupos sociales específicos, con demandas ciudadanas específicas, que se reagrupan para defenderse del impacto que genera el ejercicio de derechos ya establecidos de otros sectores, o para exigir la expansión de una ciudadanía que se sustenta en intereses de grupo o de clase. Ciudadanía es identidad en su práctica, y puede ser utopía universalista en su proyección ideológica.

\* \* \*

## BIBLIOGRAFÍA

- ALBERONI, FRANCESCO (1984). *Movement and institution*. Nueva York: Colombia University Press.
- ALONSO, JORGE (ed.) (1987). *Los movimientos sociales en el valle de México* / I y II. México: La Casa Chata.
- (1987). *Lucha urbana y acumulación de capital*. México: La Casa Chata.
- BARBALET, J. M. (1988). *Citizenship: rights, struggle and class inequality*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- CASTELLS, MANUEL (1978). *La cuestión urbana*. México: Siglo XXI.
- CONAMUP (1983a). «Acuerdos y resoluciones del primero, segundo y tercer encuentros nacionales». México.
- (1983b). «Resoluciones de la primera reunión inquilinaria del valle de México», *Testimonios*, núm. 1, UAG.

- (1983c). «Principios y estatutos», México.
- (1983d). «Conclusiones del primer encuentro de mujeres del movimiento urbano popular», México.
- CURTIS, RUSSELL L. y BENIÑO AGUIRRE (eds.) (1993). *Collective behavior and social movements*. Boston: Allyn and Bacon.
- DURAND, VÍCTOR MANUEL (1992). «Sujetos sociales y nuevas identidades», en Enrique de la Garza Toledo (coord.). *Crisis y sujetos sociales en México*, México: CIIH-UNAM/ Miguel Ángel Porrúa.
- FREUD, S. (s.f.) «Thoughts for the times on war and death: our attitude toward death», en Wilcox & S. (eds.). *Understanding death and dying*.
- HABERMAS, JÜRGEN (1989) *Teoría de la acción comunicativa: complementos y estudios previos*. Madrid: Cátedra.
- KATZNELSON, I. (1986). «Working-class formation: constructing cases and comparisons», en I. Katznelson y Zolberg. *Working-class formation*. Princeton: Princeton University Press, pp 3-41.
- LE BON, G. (1977). *The crowd*. Hermondsworth: Penguin.
- LOJKINE, J. (1979). *El marxismo, el Estado y la cuestión urbana*. México: Siglo XXI.
- (1977). «Big firms strategies, urban policy and urban social movements», en M. Harloe (ed.). *Captive cities, studies in the political economy of cities and regions*. Londres: John Wiley & sons.
- MCADAM, D., J. MCCARTHY y M. ZALD (1988). «Social movements 2», en N. Smelser (ed.). *Handbook of sociology*. Newsbury Park CA: Sage Publications.
- MANN, M. (1987). «Ruling class strategies and citizenship», *Sociology*, vol. 21-3, pp. 339-354.
- MELUCCI, ALBERTO (1989). *Normads of the present, social movements and individual needs in contemporary society*. Filadelfia: Temple University Press.
- MOCTEZUMA, PEDRO (1983). «Breve semblanza del movimiento urbano popular y la Conamup», *Testimonios*, núm. 1, UAG.
- y B. NAVARRO (1980). «Clase obrera, ejército industrial de reserva y movimientos sociales urbanos de las clases dominadas

- en México 1970-1976», *Teoría y Política*, núm. 2, Juan Pablos, México.
- OFFE, C. (1985). «New social movements: challenging the boundaries of institutional politics», *Social Research*, vol. 52-4.
- PRADILLA, E. (1984). *Contribución a la crítica de la «teoría urbana»*. México: UAM-Xochimilco.
- PRZEWORSKI, ADAN (1985). «Proletariat into a class: the process of class formation», en A. Przeworski. *Capitalism and social democracy*. Cambridge: Cambridge University Press.
- RAMÍREZ SAÍZ, JUAN MANUEL (1996). «Las teorías sociológicas y la acción colectiva», *Ciudades*, núm. 29, enero-marzo, pp. 28-40.
- (1995). *Los movimientos sociales y la política, el Comité Popular del Sur en Guadalajara*. Universidad de Guadalajara.
- ROBERTS, BRYAN (1995). *The making of citizens*. Londres: Arnold.
- SMITH, MARIA MARCIA y VÍCTOR MANUEL DURAND (1995). «Actores y movimientos sociales urbanos y acceso a la ciudadanía», *Ciudades*, núm. 25, enero-marzo.
- SNOW, D. et al. (1986). «Frame alignment processes, micromobilization and movement participation», *American Sociological Review*, vol. 51, agosto.
- STEWART, CH., C. SMITH y R. DENTON (1989). *Persuasion and social movements*. Prospect Heights. Illinois: Waveland Press, Inc.
- TAMAYO, SERGIO (1996a). *Violencia y no violencia en los movimientos sociales*. México: UAM-Azcapotzalco.
- (1996b). «La teoría de la ciudadanía en los estudios urbanos: Estado y sociedad civil, derechos ciudadanos y movimientos sociales», *Anuario de Estudios Urbanos*, núm. 3, UAM, México.
- (1995). «Movimientos sociales modernos, revueltas o movimientos antisistémicos», *Sociológica*, núm. 28, año 10, mayo-agosto, UAM, México.
- (1994). «The twenty mexican octobers: a study of citizenship and social movements» Tesis de doctorado, University of Texas at Austin, 1994.

- (1989). *Vida digna en las ciudades. El movimiento urbano popular en México, 1980-1985*. México: Gernika / UAM-Azcapotzalco.
- TARDE, G. (1962). *The laws of imitation*. Gloucester: MA, 1962
- (1969). en T. Clark (ed.). *Gabriel Tarde*. Chicago.
- TILLY, CHARLES (1995). «Los movimientos sociales como agrupaciones históricas específicas de actuaciones políticas», *Sociológica*, núm. 28, año 10, mayo-agosto.
- (1981). *As sociology meets history*. Nueva York: Academic Press, Inc.
- TOPALOV, CH. (1979). *La urbanización capitalista*. México: Edicol.
- TOURAINÉ, ALAIN (1994). *Crítica de la modernidad*. México: FCE.
- (1988). *Return of the actor: social theory in postindustrial society*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- TURNER, RALPH (1990). «Outline of a theory of citizenship», *Sociology*, vol. 24-2, pp. 189-217.
- TURNER, RALPH y L. KILLIAN (1987). *Collective behavior*. Englewood Cliffs, Nueva Jersey: Prentice Hall, Inc.
- VAN GUNSTEREN, HERMAN (1978). «Notes on a theory of citizenship», en P. Birnbaum, J. Lively y, G. Parry (eds.). *Democracy, consensus and social contract*. Londres: SUAGE Publications.
- ZALD, MAYER y J. MCCARTHY (eds.) (1987). *Social movements in an organizational society*. New Brunswick: Transaction Books, 1987.
- ZERMEÑO, SERGIO (1996). *La sociedad derrotada, el desorden mexicano del fin de siglo*. México: UNAM/Siglo XXI.

*La democracia y la violencia: fronteras  
simbólicas para los movimientos sociales*

ADRIANA LÓPEZ MONJARDÍN

[ENA-UNAM]

*Mi preocupación pasó del objeto de investigación a su modo  
de presentación, pues es allí donde la teoría social y la práctica  
se entrecruzan de tal manera que surge una pequeñísima oportunidad  
de «redimir» el objeto, dándole una posibilidad de traspasar los conceptos  
que lo aprisionan y de influir en la vida misma.*

M. Taussig

En México resulta difícil delimitar el campo específico de los movimientos sociales, que continuamente se «contaminan» por la política y por la más diversas formas de interacción con el aparato estatal. Durante mucho tiempo fue debido a la virtual ausencia de organizaciones sociales y gremiales autónomas; después, desde los años setenta, porque las luchas sociales se encontraron estrechamente ligadas a los procesos de construcción de organizaciones independientes, que no podían desarrollarse al margen de interminables conflictos políticos con el gobierno y el partido oficial. Ahora, durante los últimos años del siglo XX, cuando los procesos electorales tienden a ser competitivos, el camino de los movimientos sociales se entrecruza, a menudo, con los más diversos episodios de participación electoral: sus dirigentes se convierten en candidatos a diputados o a presidentes municipales, y la atención gubernamental a ciertas demandas sociales se puede negociar a cambio de votos.

Una y otra vez queda en el aire la pregunta ¿no hay movimientos sociales en México? ¿Sólo el movimiento estudiantil popular de 1968 podría caber, si estiramos las definiciones? ¿Y la tendencia democrática de los trabajadores electricistas, en los años setenta? ¿Y la Coalición Obrero-Campesina-Estudiantil del Istmo (COCEI) que, anclada en la cultura indígena y popular, lleva más de veinte años organizando tanto las movilizaciones reivindicativas como la participación electoral de la población de varios municipios istmeños? ¿Y el movimiento de los deudores agrupados en El Barzón, que promueve la renegociación de las carteras vencidas desde un discurso que se apoya en la condena tradicional de la usura y subvierte, a la vez, los postulados neoliberales? ¿Y el Ejército Zapatista de Liberación Nacional?

También puede plantearse la pregunta a la inversa: ¿de qué nos sirve un concepto de movimientos sociales si excluye de antemano la mayor parte de las manifestaciones de la acción colectiva observables en nuestro país?

John Gledhill (1994: 179-189) ha cuestionado las definiciones que diversos autores —como Ernesto Laclau, Alain Touraine y Manuel Castells— han hecho de los nuevos movimientos sociales. A juicio de Gledhill, se ha partido del supuesto de que sus rasgos distintivos se localizan en su peculiar autonomía respecto del Estado y en su organización interna democrática. Sin embargo, se ha llegado al extremo de postular la autonomía como un estándar absoluto, que dice más sobre las ilusiones y obsesiones de los autores que sobre los propios actores involucrados en los movimientos.

Según Gledhill, más que la búsqueda de la «pureza», es necesario reinsertar el estudio de los movimientos en los campos sociales, culturales y políticos más amplios en los que se desarrolla su experiencia, y rediscutir sus alcances y limitaciones desde una triple perspectiva: que retome el punto de vista de los actores, que aborde las relaciones entre los participantes y los no participantes en los movimientos y que vincule el estudio de sus prácticas demo-

cráticas con el análisis de las posibilidades de que éstas se traduzcan en procesos de democratización más amplios de la sociedad, incluyendo sus prácticas políticas e instituciones.

Paradójicamente, buscando la especificidad de lo «social», se ha llegado a sobrepolitizar el estudio de los movimientos, y se han pasado por alto otros aspectos de su dimensión social. Al analizar los movimientos sociales en referencia a su posible «proyecto autónomo», a sus expresiones organizativas estables y relativamente institucionalizadas, y a las prácticas democráticas de actuación y relación entre los participantes que debieran darse en su interior, se llega a desconectarlos de otras formas de acción colectiva, menos espectaculares y más continuas, que corresponden a la resistencia cotidiana.

James Scott ha definido las formas de resistencia cotidiana a partir del estudio de las armas ordinarias a las que suelen recurrir los grupos sociales subordinados. Las caracteriza como formas de lucha brechtianas, que requieren escasa coordinación y planeación, y por lo general evitan una confrontación simbólica directa con la autoridad o con las normas impuestas por las élites. Si bien la resistencia cotidiana se expresa, con frecuencia, a través de acciones individuales, anónimas y encubiertas, todas ellas se encuentran inmersas en una amplia red de complicidades sociales y suponen un procesamiento cultural que incluye símbolos, normas, ideas y valoraciones respecto a lo que se puede considerar justo. De esta manera, señala Scott, las acciones y los pensamientos —o el sentido— de la resistencia se encuentran en un diálogo permanente (Scott, 1985: 29-42).

De esta propuesta de Scott en torno a las formas de resistencia cotidiana interesa retener dos aspectos centrales: su carácter de proceso cultural, que acompaña y da sentido a las actuaciones, y la metáfora del arrecife, a la que recurre el autor para evaluar «los miles y miles de actos individuales de insubordinación», que llegan a crear una barrera política o económica propia de los subordinados.

Importa retenerlas porque sería pertinente preguntarse si la emergencia de los movimientos sociales no está anclada en estos arrecifes y procesos culturales que los preceden y los desbordan, y si el estudio de los movimientos puede restringirse al análisis de sus expresiones más orgánicas y a sus proyectos explícitos y verbalizados; o si los movimientos sociales incluyen también el diálogo constante entre los participantes y los no participantes; los miembros activos y los ocultos o anónimos, que pueden compartir un código cultural. En muchos casos, entonces, se podría abordar los movimientos sociales como la «punta de un iceberg»; como el contrapunto entre los mares tropicales con sus arrecifes de resistencia anónima y los mares nórdicos con sus hielos flotantes de desafío abierto.

Resulta pertinente abordar el estudio de los movimientos sociales desde una perspectiva antropológica, que oriente la investigación en un doble sentido: porque pone el acento sobre la dimensión simbólica de la acción colectiva; y porque busca dar cuenta de las interpretaciones que los propios sujetos construyen y disputan en torno a su actuación.

Antes de volver a la problemática que plantea el estudio de los movimientos sociales en el México contemporáneo, haré unos breves comentarios sobre las propuestas de cuatro autores que destacan la dimensión simbólica de los movimientos sociales y la perspectiva de los actores involucrados en ellos.

Alberto Melucci, al rediscutir la especificidad de los nuevos movimientos sociales, pone especial interés precisamente en su dimensión simbólica. Sostiene, como punto de partida (1992: 74-75), que las formas de poder que emergen en las sociedades contemporáneas están sustentadas en la capacidad de informar, en el sentido de dar forma. Diversos conflictos (aunque no todos, no siempre y no necesariamente) se expresan, entonces, como un desafío que remodela los lenguajes y los códigos culturales que organizan la

información. La acción de los movimientos es, en sí misma, un mensaje diseminado en la sociedad, que comunica formas simbólicas y patrones relacionales que permiten iluminar lo que el autor llama «el lado oscuro de la luna», al hacer emerger un sistema de significados que cuestionan los sentidos que el poder trata de imponer a los hechos colectivos e individuales.

En estos casos, los conflictos no se expresan principalmente a través de las acciones encaminadas a conseguir resultados en el sistema político, y su potencial social no está sólo basado en recursos materiales o en formas de organización social, sino en una creciente extensión de la habilidad de producir información.

Melucci plantea que «la pugna por la producción y reapropiación del significado parece constituir el núcleo central de estos conflictos contemporáneos; ello implica una cuidadosa redefinición de lo que es un movimiento social y sus formas de acción» (1994:128). Los movimientos, nos dice, actúan ante el resto de la sociedad como una especie de médium, cuya función principal es sacar a la luz lo que el sistema no dice por sí mismo, la cuota de silencio, violencia y arbitrariedad que siempre subyace en los códigos dominantes. Los movimientos sociales se convierten en medios masivos de comunicación que nos hablan a través de la acción.

El papel de los movimientos sociales como intermediario entre los dilemas del sistema y la vida diaria de las personas se manifiesta en lo que hacen: su mensaje central consiste en el hecho de que existen y actúan, más que en sus lenguajes y consignas (Melucci, 1994: 145). Con lo que hacen y su forma de hacerlo, los movimientos anuncian que hay otros caminos, que siempre habrá otras formas de enfocar un asunto, y que las necesidades de los individuos o los grupos no pueden reducirse a la definición que de ellos hace el poder.

Desde esta nueva perspectiva, lo específico de los movimientos sociales no se restringe a la dicotomía entre la acción política y

la social. Por el contrario, Melucci sostiene que el antagonismo de los movimientos sociales tiene un carácter eminentemente comunicativo: ofrecen al resto de la sociedad otros códigos simbólicos que subvierten la lógica de quienes dominan en ella. Y si bien su impulso innovador no se agota en una transformación del sistema político por obra de los actores institucionales, la posibilidad de que las demandas colectivas se expandan y encuentren espacios depende, sin embargo, del modo en que los actores políticos logren traducir en garantías democráticas las demandas procedentes de la acción colectiva.

## II

David A. Snow y Robert D. Benford (1992:133-155) también enfatizan la función que tienen los movimientos sociales como agentes activamente involucrados en la construcción de sentido. Desde su punto de vista, un aspecto poco estudiado ha sido la manera en que los movimientos participan, junto con los medios masivos de comunicación, los gobiernos locales y el Estado, en lo que los autores denominan «la política de significación».

Los movimientos sociales generan modelos interpretativos que simplifican y condensan el «mundo exterior», a través de la ubicación selectiva y la codificación de objetos, situaciones, eventos, experiencias y secuencias de acciones dentro del propio medio pasado o presente. Estos modelos o marcos interpretativos, según Snow y Benford, tienen tres funciones centrales.

En primer lugar, permiten la puntualización, es decir, descubren o enfatizan la gravedad o la injusticia de una situación; o bien, redefinen como injusto e inmoral algo que se consideraba tolerable, aunque molesto. Esta redefinición incluye la identificación de las causas o los culpables de la situación injusta y señala la necesidad de una acción correctiva.

En segundo lugar, se plantea un diagnóstico y una prognosis: los activistas del movimiento atribuyen la responsabilidad de de-

terminadas situaciones problemáticas a ciertos agentes culpables, sean individuos, procesos colectivos o estructuras. La prognosis supone una línea de acción general para mejorar el problema y la asignación de responsabilidades en torno a quién le toca emprender dicha acción.

En tercer lugar, los modelos interpretativos cumplen una función de articulación y codificación; permiten a los activistas articular y alinear un vasto conjunto de eventos y experiencias de una manera relativamente unificada y significativa. Se constituyen «paquetes» significativos, que permiten que las siguientes experiencias o eventos ya no necesiten ser interpretados de nuevo. Snow y Benford sostienen que la emergencia de un ciclo de protesta está asociada al desarrollo o a la construcción de un marco maestro innovador. Consideran que lo novedoso de los marcos de acción colectiva radica no tanto en los elementos ideacionales innovadores, sino en la manera en que los activistas los articulan y entretejen.

Estos modelos interpretativos o marcos maestros (*master frames*) tienden a funcionar como un paradigma, una matriz de sentido o una fórmula maestra (*master algorithmus*) que colorea y constriñe la orientación y las actividades de otros movimientos particulares asociados a él, en términos de extensión temporal y hacia diversos grupos sociales.

## III

Aunque Pierre Bourdieu (1990: 281-309) no se refiere explícitamente a los movimientos sociales, destaca la importancia de la explicación en el funcionamiento simbólico y en la constitución de los actores colectivos. Señala que

La capacidad de dar existencia explícita, de hacer público, es decir, objetivado, visible, decible o, incluso, oficial a aquello que, al no haber accedido a la existencia objetiva y colectiva, continuaba en estado de experiencia individual o serial —malestar, ansiedad, expectación, inquietud—

tud—, representa un formidable poder social, el poder de hacer los grupos haciendo el sentido común, el consenso explícito, de todo el grupo.

Bourdieu enfatiza el poder de nominación y las luchas constantes que se desarrollan para delimitar el modo de percepción legítima de un objeto, y disputar continuamente al Estado el monopolio de la nominación, que conlleva al monopolio de la violencia simbólica legítima y que constriñe a los actores colectivos en espacios preexistentes y delimitados.

Para Bourdieu es importante considerar también la ambigüedad y pluralidad de perspectivas a las que se puede recurrir para denominar a un grupo o un evento. Dicha pluralidad da lugar a una situación incierta y evanescente, que abre la posibilidad de escapar al veredicto de la taxonomía oficial. Los nuevos actores y los nuevos movimientos sociales, sobre todo en sus fases liminares, actúan en estos espacios de la «autodenominación» y la resemantización.

En un sugerente y breve artículo sobre «la huelga y la acción política» (1990: 265-276), Bourdieu nos recuerda que «lo que está en juego en la lucha es en sí objeto de lucha», y propone recurrir al análisis estructural de las reivindicaciones y las formas de lucha; considera que resultan tan significativas las presencias como las ausencias.

En cada movimiento es necesario analizar el proceso mediante el cual se define por qué es legítimo pelear y cuáles son los medios que se pueden emplear legítimamente para hacerlo. Esta definición es producto de una serie de acciones colectivas, que involucran al actor que protagoniza el movimiento, a sus adversarios y, sobre todo, a los periodistas y analistas profesionales que contribuyen a delimitar y divulgar tanto las *doxas*, aquello que el sentido común acepta como reivindicaciones e instrumentos de lucha aceptables, como las censuras lingüísticas, que excluyen otros aspectos como ilegítimos o incluso impensables; y los eufemismos, producidos para eludir o suavizar lo innombrable.

### *Los nuevos movimientos sociales en México ¿o las guerras de Internet?*

*En esta apelación a la sombra, a lo que no está dicho y no puede decirse, se sitúa tal vez el significado más profundo de la nueva búsqueda espiritual que impulsa la acción colectiva de muchos grupos.*

A. Melucci

La democracia y la violencia se han convertido en las fronteras que delimitan y permean el campo en que se desarrollan los movimientos sociales actualmente en México. En un sentido estricto, restringido, los procesos electorales se entrecruzan continuamente con las actividades de las organizaciones sociales; de las mismas maneras en que la violencia institucional aparece en el horizonte como un acompañante sistemático de las acciones colectivas o como una opción aceptable para ciertos actores, muchos de ellos con una trayectoria en las organizaciones sociales. Pero su funcionamiento como fronteras para los movimientos sociales se ubica, fundamentalmente, en el ámbito de la disputa simbólica por los contenidos de la democracia y la violencia.

Como hechos empíricos recientes, la creciente competencia electoral y la irrupción de varios grupos armados que desafían al gobierno han reintroducido los problemas de la democracia y la violencia en las vidas de los mexicanos. Se trata de experiencias nuevas, que exigen nuevos modelos interpretativos porque desafían a las *doxas* preestablecidas.

El proceso mediante el cual la democracia y la violencia se han convertido en problemas actuales y pertinentes en México ha estado acompañado por un sistemático atentado contra el sentido común. Ambas se estrechan a menudo, cuando debían mantenerse como los polos opuestos y excluyentes del campo político, y ambas se atraviesan también, cada día, en los caminos de las organizaciones sociales, que debieran mantenerse en un ámbito especí-

fico, autónomo respecto a la política. Resulta que desde los territorios «marginales» de la sociedad, habitados por los campesinos y los indígenas, se está dando una de las disputas por los sentidos de la democracia y la violencia más intensa y activa, que cuestiona las certidumbres urbanas de los habitantes de las ciudades. Por ello, la guerra de los indígenas chiapanecos es, también, una guerra de Internet... o un movimiento social.

I

«La fiera ternura»: la metáfora se ha repetido una y otra vez, en los comunicados que el Ejército Zapatista de Liberación Nacional emite desde la selva lacandona. Tanto, que si hubiera que resumir al movimiento en un par de palabras, éstas podrían ser las adecuadas. Porque en ellas se encuentran los dos polos, contradictorios y complementarios, que rigen la autodefinición de los zapatistas: los más dignos, los que dijeron «ya basta», y también los más pequeños, los siempre olvidados.

Así los ha conocido —y reconocido— la sociedad en general: como los más pobres, los que soportan los índices de marginación más severos, las víctimas de tantos «rezagos». Y también, como los portadores de una esperanza, o de una amenaza que desafía el orden establecido.

Además, el EZLN actualiza la disputa simbólica por la herencia de Emiliano Zapata. Lo hace desde su aparición en la escena, en un ámbito anterior al discursivo, al «autodenominarse» zapatista. Desde la irrupción del conflicto en 1994, el nombre que se dieron los insurgentes fue un campo en el que se libraron batallas tan intensas como las del cuartel de Rancho Nuevo. Y tal vez ahí perdió el gobierno la primera de ellas: cuando cesó la censura lingüística en los medios masivos de comunicación y se empezó a hablar y a escribir lo innombrable: el nombre elegido por un amplio movimiento indígena. Porque, pese a la contrarreforma agraria, las élites políticas nunca buscaron desactivar la aureola de

legitimidad y justicia que rodea a todo lo «zapatista», sino que trataron de restringir esta denominación a un sentido unívoco y propuesto desde arriba. Los de abajo, no obstante, no habían renunciado a dar al término sus propias connotaciones, que ahora proclamaba el EZLN.

En el terreno discursivo, la eficacia del llamado EZLN está anclada tanto en su «autodenominación» como en su autodefinición. Al presentarse como indígenas dignos y oprimidos, que reclaman un lugar en la sociedad nacional, y no como revolucionarios portadores del proyecto alternativo global; al llamar con insistencia a los «otros» indígenas, campesinos, ONG, sociedad civil: «Hermanos, no nos dejen solos», los zapatistas resaltan su debilidad y reclaman la «ternura».

Al sostener irreductibles sus demandas y al advertir su disposición a continuar su lucha, los zapatistas enfatizan su «fiereza». Pero ésta se vuelve en seguida hacia el otro polo, porque se anuncia necesaria para lograr que los niños crezcan sanos, para que las mujeres puedan ser maestras o enfermeras en sus pueblos sin tener que morir o matar para ello.

Lo «radical» del movimiento contrasta con el tipo de reivindicaciones mínimas, elementales, que sostiene: sólo aquellas que pueden hacer la diferencia entre la vida y la muerte en el ámbito cotidiano de los pueblos indios; sólo aquellas que hacen la diferencia entre una vida digna y una paz invivible. Es la tensión entre los «medios» y los «fines»: éstos involucran lo que la sociedad reconoce como derechos humanos elementales (pan, techo, salud, educación) y quedan vinculados directamente a otros dos campos: el de la democracia y el de la tierra y el trabajo; contagian a ambos la legitimidad que conllevan los primeros.

Desde esta perspectiva, el EZLN hunde la legitimidad en el terreno del sentido común y abre la posibilidad de descargar la responsabilidad de los «medios», de la guerra y el sinsentido sobre una forma de organización social en la que sólo la guerra hace po-

sible que las voces de los olvidados sean escuchadas, y sus necesidades legítimas y elementales, atendidas.

## II

Cuarenta y cinco días después de la Primera Declaración de la Selva Lacandona del EZLN, los integrantes del Consejo Estatal de Organizaciones Indígenas y Campesinas de Chiapas (CEOIC) se reunieron en las afueras de la ciudad de San Cristóbal de las Casas para acordar un plan de acción. Cientos de delegados a la reunión estatal del CEOIC discutieron también sobre la posibilidad de demandar al gobierno el reconocimiento del EZLN como fuerza beligerante.

En ese debate, los indígenas y campesinos de Chiapas estaban enfrascados en un proceso colectivo de construcción de sentido que les permitiera hacer comprensible el acontecimiento más importantes que les había tocado vivir. Al incursionar en este ámbito, lo van habitando: plantan en él sus necesidades y reclamos, destierran a sus adversarios y actualizan la condena de sus agravios. Cuando hablaban de demandas sociales y agrarias, de negociaciones con las autoridades y de pliegos petitorios, se atravesaron la guerra y la democracia.

Como fuerza política, nosotros llegamos a la conclusión de que no sea reconocido el Ejército Zapatista. Porque con fuerzas políticas, estamos en dificultades en este país. Como fuerza política está reconocido el PRI, ¿qué nos ha dado? Esta reconocido el PRD, el PAN. Con todos los reconocimientos de fuerza política de todos los partidos, nos han estado partiendo la madre. [...] Como fuerza beligerante, significa que nuestros hermanos no suelten las armas, para que nosotros sigamos consiguiendo negociaciones y adquiriendo lo que estamos solicitando desde hace un chingo de años.

La incertidumbre que genera la guerra, como hecho social inédito, queda acotada. Los indígenas y campesinos de Chiapas se

apropian de ella y construyen un campo semántico que les permite entenderla, interpretarla e interactuar con ella a partir de sus propias vidas, de sus agravios y sus esperanzas. Al contraponer el Ejército Zapatista y el ejército mexicano, dan cuenta tanto de los doce días de guerra en enero de 1994 como de la historia de sus familias y sus comunidades, que han experimentado las incursiones y los desalojos de tierras por parte de los militares. Cuando apelan a la Convención de Ginebra, por paradójico que resulte, recurren a la guerra y no a la paz para imaginar la posibilidad de cambiar, por ejemplo, el trato inhumano que han sufrido los prisioneros indígenas y campesinos.

Al apropiarse de la democracia, los integrantes del Consejo retienen una valoración positiva y, desde ahí, desarrollan un esfuerzo por darle contenidos precisos y tangibles que la asocian más con la solución de sus demandas que con el sistema de partidos y las contiendas electorales. En la medida en que la democracia es algo «bueno», debe dar cabida a los indígenas y a los campesinos, con sus agravios y sus esperanzas a cuestas. Ante la nueva panorámica agraria, la cuestión de la democracia emerge como un problema de índole nacional. No se refiere a las formas tradicionales de gobierno indígena, ni a la regulación de la vida comunitaria, ni al caciquismo que oprime a los pueblos. Se trata de entender quién gobierna a México y cómo lo hace; y por qué lo hace «sin tomar en cuenta al pueblo» para cambiar las leyes.

## III

Sin un *corpus* discursivo hegemónico, la democracia soporta intensas batallas simbólicas, encadenadas a su propia ambigüedad. En la medida en que convoca a todos, abre la posibilidad de que cada uno de esos todos reformule su experiencia de vida bajo el manto polisémico y prestigioso de la democracia. Es lo que están haciendo los indios y campesinos de Chiapas, que la invocan a reclamar el reparto agrario, el respeto de los derechos humanos o la atención

estatal a sus demandas sociales. También el EZLN se levantó en armas en su nombre. Y la paradoja más profunda no radica en el intento de asociar a la democracia con un episodio particular de lucha armada, sino en la incapacidad de los dioses tutelares de la democracia para sentar legítimamente la desvinculación entre ambos espacios.

Por otra parte, podemos constatar que al narrar un mismo hecho empírico: un violento desalojo policíaco, por ejemplo, una multitud de ciudadanos, sobre todo de las regiones rurales y de los barrios marginales de las ciudades, han recorrido un largo camino discursivo durante los últimos veinte años. Todavía en los años setenta se referían a estos hechos como un castigo, perpetrado por la guardias blancas o las fuerzas públicas. En los relatos populares abundan los ejemplos de los pueblos que «han sido muy castigados» a lo largo de su historia. Algunos años más tarde, esta expresión cayó en desuso, y se generalizó el vocablo «represión». En los noventa, en cambio, es casi universal la referencia a las violaciones de los derechos humanos. Y no se trata simplemente de un cambio de palabras, sino de cambios en los modelos interpretativos, que permiten resemantizar un evento y reinsertarlo en un nuevo contexto social y discursivo. Se trata también de la posibilidad de entablar nuevos modelos de interlocución con la sociedad en general.

En muchas regiones del país, en particular en el estado de Guerrero, resulta que, justa o injustamente, en términos de hechos reales, de imaginarios colectivos o de tácticas represivas, los movimientos sociales se encuentran estrechamente imbricados tanto con la participación electoral como con las acciones armadas. En primer lugar, a raíz de la irrupción pública del Ejército Popular Revolucionario se ha desatado una intensa campaña de persecución de los dirigentes de las organizaciones sociales: del magisterio, pobladores urbanos, campesinos e indígenas.

En contraparte, mientras que los grupos guerrilleros de América Latina se propusieron como lineamiento programático sabo-

tear los procesos electorales, el EPR decretó «treguas unilaterales» en los estados de Guerrero y México, para no obstaculizar el desarrollo de los comicios en 1996. En el caso de Guerrero, concluyó que «el pueblo logró avanzar y conquistar espacios», y que la presencia del EPR contribuyó a reducir las posibilidades de imponer un fraude electoral. Al mismo tiempo, los dirigentes de la Organización Campesina de la Sierra del Sur han sido perseguidos y encarcelados, acusados de participar o simpatizar con el EPR; y el PRD denunció la integración de «listas negras» con los nombres de sus militantes, también perseguidos.

La lucha contra la violencia es por obtener el poder legítimo de nominación. Esa fue una de las más recientes batallas protagonizadas y ganadas por el EZLN frente al gobierno, cuando Javier Elorriaga y Sebastián Entzin fueron condenados por terrorismo. Una simple palabra podía bastar para condenar no sólo las vidas de los dos presos, sino el futuro del movimiento zapatista, incluyendo las comunidades que constituyeron sus bases de apoyo, los zapatistas civiles y los invitados y asesores del EZLN en el diálogo de San Andrés.

En este terreno del debate sobre los nombres, caracterizaciones y explicaciones se colocan los ensayos de ejercicio del poder legítimo de nominación: cuando el presidente Ernesto Zedillo, en su informe de gobierno de 1996, definió al EZLN en referencia a sus bases sociales y por contraposición con el EPR, de tal manera que diversos medios masivos de comunicación sintetizaron en una imagen, caricaturizada pero eficaz, una «guerrilla buena» y otra «mala».

Desde el ámbito de centenares de grupos y personas de la «sociedad civil», la disputa se amplió al entrar en escena el llamado «Por la paz, el diálogo nacional», publicado el 25 de septiembre de 1996. Frente al anuncio gubernamental de «aplicar todo el peso de la ley» a los grupos «terroristas», la Comisión Nacional de Intermediación que presidía el obispo Samuel Ruiz y centenares

de organizaciones civiles firmantes de dicho llamado, resaltaron la necesidad de atender las causas sociales que generan la violencia en México.

*La violencia: una historia con villanos*

*I have no pretension to objectivity. There are villains in my biased story,  
and I shall let them wear the black hats.*

J-P. Dumont

Jean-Paul Dumont (1992:133-153), en un sugerente artículo sobre el funcionamiento simbólico de la violencia en una comunidad rural del Filipinas, llama la atención sobre su carácter virtual. Afirma que la violencia no sólo es expresiva sino también expresa; es a la vez representación y representada, manipulativa y manipulada.

Dumont plantea que la violencia se ha incorporado a la ideología y a las construcciones culturales de la gente. En la dimensión ideológica, tiene un carácter estructurado: da cuenta de hechos históricos, de confrontaciones y frustraciones pasadas, y guarda en la memoria las muertes del pasado. Pero, al mismo tiempo, tiene una función estructurante, en la medida en que organiza la manera en que la gente percibe la violencia y da forma a las acciones humanas. Este aspecto estructurado y estructurante de la ideología y la experiencia se actualiza tan pronto como se introduce un ejemplo de violencia proclamada y actuada.

Aunque en determinados momentos la violencia no sea un hecho actual, alrededor de ella se ha construido una narrativa que permite vincular en un marco interpretativo a cualquier forma de violencia futura. La violencia está así presente, y todas las formas de autoridad política pueden manipular en su ventaja el valor estructurante de su argumento coercitivo.

Dumont concluye que es necesario un análisis sólido de las causas estructurales, sociales e institucionales que generan la violencia. Pero no basta. Porque ésta no sólo es un hecho real, sino que es también representada y manipulada en términos ideológicos, en muchos niveles y arenas diferentes, y trasciende el hecho mismo de su ocurrencia. El propio manejo por parte del poder de la violencia virtual, siempre a mano, se convierte, en sí mismo, en una nueva forma de violencia.

En esta misma perspectiva, el análisis de Michael Taussig sobre la doctrina de la seguridad nacional y la guerra de baja intensidad en América Latina, destaca el funcionamiento simbólico y la construcción de imaginarios colectivos en torno a lo que llama «la guerra del silencio», que se caracteriza por provocar un «descentramiento geográfico, epistemológico y estratégico militar». Su principal propósito consiste en «desdibujar los límites y las realidades habituales, y mantenerlos borrosos» (Taussig, 1995: 38).

Para Taussig, la guerra sucia es, sobre todas las cosas, una guerra de silenciamientos. Pero el motivo de silenciar no es, como puede pensarse, borrar la memoria, sino enterrarla profundamente dentro del individuo:

Pienso que el Estado (o más bien su fuerza armada y policial), al asesinar y hacer desaparecer a personas, y luego negar y encubrir la desaparición en una nube de confusión, no tiene como objetivo la destrucción de la memoria. Nada de eso. El objetivo al que se apunta es al de la relocalización y refuncionamiento de la memoria colectiva. Es de importancia fundamental comprender este punto. El interés del Estado está en mantener viva la memoria de las protestas políticas públicas y en mantener viva la memoria de la violencia sádica y cruel desatada contra ella. (La noción de Foucault de controlar por medio de la norma, de la normalización, no podría ser más irrelevante aquí. El Estado en América Latina, combinando la violencia con la ley, gobierna por el estratégico arte de anormalizar. Kafka y Bataille son relevantes aquí.) El mejor servicio que la memoria de las protestas y de

la violencia desatada contra ellas por el Estado le rinde a las fuerzas de la represión oficiales es cuando se rompe la característica colectiva de esa memoria, cuando se fragmenta y se localiza, no en la esfera pública, sino en la hermética privacidad del individuo o de la familia. Allí alimenta el temor. Allí alimenta las pesadillas, impidiendo la oposición dinámica e inteligente y la capacidad de protesta pública (Taussig 1995:68-79).

Este silenciamiento va acompañado por la resemantización pública de la violencia, diseminada en la sociedad a través de las imágenes creadas por los medios masivos de comunicación. La inseguridad, la delincuencia, el narcotráfico, los crímenes políticos, las acciones rebeldes armadas o pacíficas y las manifestaciones públicas de protesta se entretajan en una narrativa en la que las fuerzas se separan de su contexto social y las cosas se vuelven animadas, como expresión de factores que conspiran y convergen empeñados en la destrucción común.

Una magia narrativa similar construye la imagen de una ciudad pantanosa, cubierta por una atmósfera nebulosa de inseguridad y en continuo estado de emergencia. En las villas se entretajan la miseria, la pobreza, el crimen y la suciedad, que las convierten en espacios que es necesario limpiar.

Taussig observa que en la letanía completa de las fuerzas siniestras es notable la ausencia de cualquier mención de las «fuerzas armadas del Estado mismo» (1995:35). Y este silenciamiento conspira con el poder: el efecto de la palabra oficial que contradice extraordinariamente a la realidad no es el olvido, sino el temor.

En México, para imaginar el efecto de la violencia virtual —aquella que produce, por ejemplo, los «votos del miedo»— como componente fundamental de un discurso desde el poder, basta seguir durante uno días los noticiarios de la televisión: en la capital del país conspiran la delincuencia, los vendedores ambulantes, los niños de la calles, la contaminación y las manifestaciones públicas para producir un ambiente inseguro e insano.

Antes de que se plantee la posibilidad de usar la fuerza pública contra las marchas opositoras y de protesta, está presente la construcción simbólica del desorden. La reiteración del mensaje, como bien dice Taussig, no lleva aparejada la desaparición de los movimientos sociales de la escena pública. Lo que implica es la identificación de su expresión más visible —aquella que tiene eco en el sentido común porque asocia a los movimientos sociales con el hecho mismo de concentrar y poner en marcha los cuerpos humano— con el caos, la incertidumbre y la violencia virtual.

La resistencia (¿o los nuevos movimientos sociales, como diría Melucci?) se coloca, para Michael Taussig, también en el terreno simbólico, desde donde desafía los modelos interpretativos contruidos y divulgados desde el poder. Taussig se refiere a la acción de las madres de los desaparecidos en América Latina, quienes lograron repotenciar radicalmente una visión esencialista de la mujer:

Pues ellas fundan un nuevo ritual público cuyo objetivo es permitir que el tremendo poder mágico y moral de los muertos desasosegados fluya hacia la esfera pública, otorgue poder a los autoelegidos guardianes del estado-nación, guardianes de sus muertos tanto como de sus seres vivos, de su sentido como de sus destino (1995:71).

James Scott contrapone el ámbito público no sólo con el privado e individual, sino con un espacio social y cultural en el que los oprimidos pueden desarrollar una crítica al poder, que se oculta deliberadamente de la vista de los poderosos. De la misma manera, Scott analiza los espacios ocultos de las actuaciones y las ideologías de las élites (1990).

El carácter normalmente oculto o encubierto en el que se desarrollan las críticas al poder y las transgresiones de las élites, da lugar a que la expresión de aquellas cosas que se mantenían ocultas, que ya se sabían, pero que sólo eran nombradas en voz baja y entre telones, genera un efecto electrizante e irrevocable. Scott afirma

que, por extraño que pueda parecer, lo que todo el mundo sabía en cierto nivel, sólo existía como sombra hasta el momento en que se expresa con valentía en el escenario público (1990:215). Es una vieja historia, que recuerda a aquella del traje del emperador.

Y esto ocurre también en el caso de la violencia. Hacen falta palabras para hablarla, códigos interpretativos para percibirla y para actuar en un entorno donde se manifiesta en su doble naturaleza: como hecho real y virtual. Actualmente, los movimientos sociales se encuentran atrapados en este doble juego de resemantizar una violencia que puede poner en peligro los cuerpos de quienes participan en ellos y estigmatizar sus proyectos.

### *La democracia: un paragua polisémico*

*Dar nombre a una cosa, etiquetarla, ponerle un asa, rescatarla del anonimato, en suma, identificarla (...) es una manera de darle el ser.*

S. Rushdie

La democracia, según los autores clásicos de la ciencia política, ha sido definida como la construcción de unas reglas del juego —o un estado de derecho— que rigen el quehacer político, y por el mutuo acuerdo entre los diversos participantes de hacerlas prevalecer y acotar dentro de ellas la disputa por el poder.

El problema para operativizar una definición de esta naturaleza radica en que, en el caso de México, podemos constatar que las supuestas reglas del juego son, justamente, la materia de la disputa. Varios politólogos coinciden en que la disputa por las reglas políticas, a la que algunos denominan «transición a la democracia», se volvió visible a raíz del movimiento estudiantil de 1968 y hay pocas dudas de que se intensificó en los años ochenta. Hoy, está a la orden del día lo que diversos actores políticos han llamado «la reforma del Estado». Pero ya sentados a la mesa para proceder a la reforma, los

comensales no tienen todavía muy claro cuál es el menú, quién es el anfitrión y quiénes son los invitados. Es decir: los participantes aún no han llegado a un consenso sobre la agenda de discusión ni sobre los alcances de los compromisos que puedan derivarse de ella. Es más, persiste la pugna por definir a los protagonistas de la reforma, dentro y fuera de los partidos políticos.

Parece poco útil, entonces, definir la democracia como el consenso en torno a «las reglas del juego», cuando no existe el supuesto consenso. Desde esta perspectiva, la democracia queda definida en términos prescriptivos y universales, como «el deber ser», «lo deseable», «la meta a alcanzar». Pero el concepto nos dice poco sobre los participantes reales y actuales en el juego por el poder, que invocan a la democracia sin esperar a ponerse de acuerdo sobre sus reglas, sentidos y alcances.

Hace falta aproximarse a la democracia «realmente existentes» en México y para ello es necesario abordarla como un fenómeno cultural, que pasa no sólo por los tratados de ciencias políticas o por la cámara de diputados, sino también por las cabezas de los ciudadanos comunes y corrientes y por las plazas públicas. Se trata de aproximarse a los sentidos que dan a la democracia los diversos actores, y de analizar cómo reorientan sus discursos y prácticas al invocarla.

Para aproximarse a los actores de la lucha por la democracia en México se podría pensar a ésta en términos de «campo», según el concepto de Bourdieu (1988: 135-158). A condición de abordar con extrema cautela este peculiar campo, considerando que está en proceso de construcción y no delimitado y constituido. Es decir: están en juego tanto las reglas, como la identificación de los actores a los que se les reconoce el derecho a intervenir en ese campo y los aspectos que pueden quedar involucrados en él legítimamente.

Resulta más sugerente recoger el sentido que da Foucault (1992:175-189) a las *episteme*, como paradigmas que permiten es-

estructurar los saberes. En el sentido de este autor, una *episteme* no sólo opera en el ámbito de los discursos y saberes, sino que tiene una dimensión práctica que organiza las tecnologías y las redes del poder. Por lo que se refiere al mundo de las relaciones de poder, la democracia ha cobrado un funcionamiento de *episteme*: delimita lo que es pertinente hacer, decir, pensar o valorar, y se expresa tanto en el plano simbólico como en el de las prácticas sociales materiales.

Por lo que se refiere específicamente a los movimientos sociales, podríamos considerar a la democracia como un marco maestro que colorea y constriñe la orientación y las actividades de los movimientos particulares. En efecto, la democracia funciona como un paradigma que puntualiza las más diversas situaciones percibidas como injustas, ofrece un diagnóstico y una prognosis y permite articular y alinear la interpretación de un vasto conjunto de eventos y experiencias.

Por último, también se podría concebir a la democracia, simplemente, como un «paraguas polisémico» bajo el cual se desarrolla una vertiginosa actividad de construcción de sentidos, y que cobija las expectativas y las actuaciones de quienes se manifiestan en su nombre y reclaman un espacio dentro del proceso que otros se han encargado de calificar como de «transición a la democracia».

Importa retener que no hay consenso en México acerca de los sentidos y usos de la democracia, y que ningún grupo puede atribuirse, con legitimidad, el monopolio de sus sentidos. No obstante, sus significados no flotan libremente, al contrario, si bien flotan, naufragan y chocan entre sí, lo hacen atados a los intereses, los agravios y las utopías de los más variados pilotos y tripulantes. Ninguno de ellos es más inocente que otro, porque ninguno tiene, todavía, el monopolio legítimo de los usos de la democracia. Si el Estado mexicano fue el depositario, garante y administrador del sentido de la ideología de la revolución mexicana, no puede pre-

tenderlo en el caso de la ideología de la democracia. Porque el sentido común identifica al aparato estatal como artífice de los fraudes electorales y como contraventor, por tanto, del mínimo común denominador que se invoca al hablar de democracia. Tampoco se puede clamar por «una democracia sin adjetivos», sin que el apellido «sin adjetivos» se convierta en un calificativo tan restrictivo como cualquier otro: social, directa, burguesa, representativa, participativa, etcétera.

La democracia funciona como un nuevo «gran relato»: da sentido épico al transcurso del tiempo y preside los pequeños relatos. Remite a tres espacios simbólicos principales. El primero de ellos organiza la temporalidad alrededor de la democracia: todo mundo está de acuerdo en que antes no había, hoy es insuficiente y en el futuro tiene que haber más. El segundo, de índole valorativo, asocia a la democracia con elementos ideológicos firmemente asentados como positivos en el sentido común; esta vinculación permite, por ejemplo, actualizar valores tradicionales como «ponerse de acuerdo» o «que todos participen», así como recoger ciertas resonancias del «cambio» y la «modernidad». En un tercer plano del consenso, más pragmático, se asocia a la democracia con las votaciones y se asienta el fraude como uno de sus antónimos más fuertes y pertinentes.

Por lo que se refiere a los movimientos sociales, la democracia no se limita a operar en el ámbito de la vida interna de las organizaciones ni en el de la construcción de proyectos autónomos. La importancia de su funcionamiento simbólico radica en los procesos de construcción de sentido desatados en su nombre, dentro y fuera de los movimientos sociales. La democracia aporta un nuevo lenguaje que permite verbalizar —esto es: entender y dotar de sentido— el mundo que se tiene y el que se quiere y, sobre todo, contribuye a profundizar las rupturas y a desalinear las prácticas de una experiencia de vida que se ha desarrollado constreñida por un poder autoritario.

*No como conclusiones, sino hipótesis de trabajo*

*In the case of Latin America, a focus on social movements may encourage the view that other futures are possible, but to date the challenge that popular forces have been able to mount to the remorseless progress of the neoliberal, neomodernization agenda, and the continuation of authoritarian patterns of political life, has remained limited.*

J. Gledhill

1) Es necesario profundizar en el estudio de la dimensión simbólica de los movimientos sociales y en los procesos de construcción y disputa por el sentido y la información. La redefinición de los movimientos sociales y de sus formas de acción pasa por el análisis de las pugnas por la producción y reapropiación de los significados, que tienden a convertirse en el núcleo central de diversos conflictos contemporáneos.

2) La democracia y la violencia se han venido constituyendo como fronteras simbólicas que delimitan y permean a los movimientos sociales en México. Ambos polos han adquirido un funcionamiento de marcos maestros, que colorean los modelos interpretativos que construye cada movimiento particular y orientan un ciclo de acción colectiva.

3. Al abordar la democracia y la violencia como fronteras simbólicas, resultan insuficientes las definiciones clásicas de la teoría social, y las caracterizaciones fundamentalistas o prescriptivas de una y otra sólo oscurecen los usos que les dan los diversos actores. En el estudio de los movimientos sociales resulta necesario asumir la polisemia, que permite que la democracia y la violencia se conviertan en armas simbólicas fundamentales en la lucha por definir aquello que la acción colectiva puede plantear legítimamente.

4) Durante los últimos años, desde los espacios «periféricos» de la sociedad, habitados por los campesinos y los indígenas, se han venido desarrollando nuevos códigos simbólicos, que subvier-

ten las interpretaciones oficiales respecto a la situación social y política de México. Estos códigos antagónicos se han diseminado en la sociedad a través de la propia acción colectiva, que pone en cuestión los sentidos de la democracia y la guerra.

5) La acción colectiva alrededor de la democracia, la violencia y los derechos humanos colorea y orienta un ciclo de protesta. Puede ser considerada como una vertiente de los movimientos sociales, no tanto en términos de la formalización de nuevas instituciones, organizaciones o espacios de poder, sino en la medida en que constituye un proceso colectivo de construcción de nuevos códigos de interpretación.

6) En el campo de la democracia, el aspecto más fecundo para el estudio de los movimientos sociales no está en la comprensión de las reglas del juego, sino en las fronteras en las que se negocia o se combate por la transgresión de aquéllas; y donde se disputan los alcances y los límites de lo que puede decirse y hacerse legítimamente en nombre de la democracia.

7) En el campo de la violencia, las paradojas de la «guerra por la democracia» y de la «fiera ternura» que animan el movimiento zapatista, contribuyen a desalinear y subvertir los códigos interpretativos prevalecientes.

\*\*\*

BIBLIOGRAFÍA

- BOURDIEU, PIERRE (1988). *Cosas dichas*. Argentina: Gedisa.
- — — (1990). *Sociología y cultura*. México: Grijalbo/Conaculta.
- DUMONT, JEAN-PAUL (1992). «Ideas on philippine violence: assertions, negations, and narrations», en Carolyn Nordstrom y JoAnn Martín. *The paths to domination, resistance and terror*. Berkeley, Los Angeles: University of California Press, pp. 133-153.
- FOUCAULT, MICHEL (1992). *Microfísica del poder*. 3ª. Ed. Madrid: La Piqueta Madrid.

- GLEDHIL, JOHN (1994). *Power and its disguises. Anthropological perspectives on politics*. Londres: Pluto Press.
- MELUCCI, ALBERTO (1992). «Liberations or meaning? Social movements, culture and democracy», *Development and change*, núm. 3, vol. 23, SAGE, Londres, Newbury Park and New Dehli, pp. 43-77)
- (1994). «¿Qué hay de nuevo en los nuevos movimientos sociales?», en Enrique Larana y Joseph Gusfield. *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*. CIS, (separata del autor).
- SCOTT, JAMES (1985). *Weapons of the weak*. Yale University.
- (1990). *Domination and the arts of resistance*, Hidden Transcripts. Yale University Press.
- SNOW, DAVID A. y ROBERT D. BENFORD (1992). «Master frames and cycles of protest», en Aldon D. Morris y Carol MacClug Mueller. *Frontiers in social movement theory*. New Haven: Yale University Press, pp. 133-155.
- TAUSSIG, MICHAEL (1995). *Un gigante en convulsiones, El mundo humano como sistema nervioso en emergencia permanente*. Barcelona: Gedisa.

## Eptlogo

JORGE ALONSO  
[CIESAS-Occidente]

El final del siglo XX y el inicio del XXI se caracterizaron por rápidos y continuos cambios sociales. Los movimientos sociales fueron protagonistas básicos en muchas de esas transformaciones. Esto ha implicado que la teoría sobre los movimientos sociales también haya sufrido importantes variaciones.

Desde mediados de los noventa se insistió en la aparición de nuevos sujetos sociales y en el surgimiento de procesos sociales.<sup>1</sup> Castells destacó que los movimientos sociales correspondían a acciones colectivas conscientes cuyo impacto transformaba los valores y las instituciones de la sociedad. En ellos las identidades, que no podían ser sino construidas, organizaban el sentido, y los roles, las funciones. Distinguió identidades legitimadoras, de resistencia y de proyecto; y consecuentemente, movimientos reactivos que se fincaban en la revaloración de la familia y la nación, por una parte, y movimientos proactivos, por la otra, que se proponían transformar las relaciones humanas en su nivel más fundamental. Ejemplos de esto último eran los movimientos en torno al feminismo y al ecologismo.<sup>2</sup> Por su parte, Touraine apuntó que las reivindicaciones

<sup>1</sup> M. Calvillo y A. Favela, «Los nuevos sujetos sociales. Una aproximación epistemológica», en *Sociológica*, núm. 28, mayo-agosto 1995, pp. 251-278.

<sup>2</sup> Manuel Castells, *La era de la información*, Siglo, XXI, México, 1999.

ciones de los derechos culturales estaba permitiendo la aparición de nuevos actores, que no sólo mostraban rechazos sino también eran capaces de formular propuestas alternativas.<sup>3</sup>

Una de las principales repercusiones de los movimientos sociales en América Latina fue su incidencia en procesos de democratización. La teoría de la acción colectiva ha ido avanzado en la explicación de los movimientos de protesta. El contexto de estos movimientos es la exclusión del ámbito político. Una amplia mayoría de la población no tiene acceso político y quiere tenerlo. Para esto desafía a los gobernantes por medio de acciones no convencionales. Se experimenta una amplia insatisfacción y descontento por las malas condiciones de vida, el descontento es enmarcado en valores, y surge la capacidad de actuar colectivamente.<sup>4</sup>

Algunos autores que habían ofrecido importantes estudios sobre movimientos sociales a principios de los noventa, al llegar el final de esa década, se dieron a la tarea de revisar sus textos. Tal fue el caso de Susan Eckstein, quien se refirió a los cambios experimentados en los últimos años del siglo XX, como la democratización en América Latina, pero sobre todo a la imposición de la política neoliberal con sus terribles efectos en la inseguridad laboral y la producción de una gran cantidad de excluidos. Habían emergido nuevas demandas y se habían dinamizado movimientos sociales que enfatizaban el propósito de llegar a ser sujetos y no simples objetos que padecían las consecuencias de decisiones en las que no participaban. Muchos de esos movimientos nacían por la inclemencias del presente y con la esperanza de un futuro mejor. Las formas de protesta y de resistencias frente a las injusticias eran de

<sup>3</sup> Alain. Touraine, *¿Cómo salir del liberalismo?*, Paidós, Barcelona, 1999.

<sup>4</sup> A. Oberschall «Los movimientos sociales y la transición a la democracia» en Reynaldo Yunuen Ortega (ed.), *Caminos de la democracia*, El Colegio de México, México 2001, pp 23-58.

lo más variado. Se defendía el empleo, el medio ambiente, los derechos, etc. Habían aparecido nuevas formas de comunicación entre estos movimientos y el papel de lo simbólico cobraba especial fuerza.<sup>5</sup> Lo mismo se puede decir el texto colectivo encabezado por Sonia E. Álvarez en donde resalta el artículo de Melucci. Él también sostiene que los últimos cambios han afectado profundamente a los movimientos sociales. Detecta nuevas relaciones entre la acción colectiva, la cultura y la política. A la par que el tema de la democracia ha adquirido centralidad, crece la severidad de los problemas económicos y el tamaño de las desigualdades por los efectos de la globalización. Llama la atención sobre el hecho de que los movimientos sociales hayan sido estudiados desde diferentes puntos de vista. Sugiere la conveniencia de pasar de una visión empírica a una interpretación analítica. Recuerda que cada definición construye su objeto a observar, y que la acción colectiva es terreno de pasiones no ajenas a los investigadores de los mismos. Señala que el uso cotidiano nombra como movimiento cualquier forma colectiva de acción en el acontecer social, pero que lo que se observa no son entidades homogéneas. Insiste en la utilización de un trabajo analítico para que se detecte la multiplicidad de motivaciones, relaciones y orientaciones. Otra recomendación sugiere poner atención a los orígenes de los movimientos a los que el investigador se tiene que enfrentar como formas de acción a explicar. Mientras unos privilegian el significado de la acción, otros subrayan los efectos de la acción. Había que distinguir siempre entre lo que los movimientos se proponen y lo que logran. Existen diversos patrones y móviles de la acción. Otras distinciones que se deben establecer con cuidado son las relativas a la caracterización de los movimientos propios del modelo industrial y las que tiene que ver con los movimientos que son de otra era, como los que surgen en

<sup>5</sup> Susan Eckstein (ed.), *Power and popular protest. Latin American social movements* (University of California Press, Los Angeles, 2001.

la sociedad contemporánea fundada en la información. Se producen crecientes frentes de autonomía para los actores individuales y colectivos. En América Latina se perciben nuevos derechos y nuevas reglas. Si bien, no hay que desatender las formas emergentes de la acción colectiva y su expresión política, no todo se puede reducir a eso, pues han aparecido también nuevas formas de poder y de dominación. La acción colectiva visibiliza los conflictos y hace que la política aparezca no sólo como representación sino como poder. La enorme desigualdad y pobreza en América Latina conduce a apreciar que los excluidos no sólo están privados de recursos sino de la capacidad de ser sujetos, por lo que son televisivamente muy manipulables. Esa desigualdad tiene que ver con la injusta distribución de la sociedad de la información. No obstante, irrumpen movilizaciones de diversas capas de pobres. Melucci considera que en América Latina el análisis de clase es todavía capaz de interpretar los mecanismos y las estructuras de muchas inequidades. La acción colectiva en esas sociedades necesariamente involucra la movilización de los grupos de marginados y excluidos. Pero hay énfasis de nuevo tipo pues se combinan reclamos relativos a las carencias materiales con exigencias éticas; hay demandas relativas a la autonomía territorial; lo ecológico abre puertas a variadas movilizaciones; los movimientos en América Latina exigen la producción de novedosas reglas de inclusión de derechos y de formas para tomar decisiones.<sup>6</sup> Melucci ha seguido insistiendo en que se descubra el vínculo existente entre las movilizaciones colectivas y las formas menos evidentes de acción que realizan los individuos en sus esferas más íntimas. No deja de recordar que los movimientos hablan con anticipación; que no poseen la fuerza de los aparatos, sino de la palabra y del símbolo. Los movimientos son esas redes

<sup>6</sup> Alberto Melucci, «Third world or planetary conflicts», en Sonia E. Álvarez *et al.*, *Cultures of politics. Politics of cultures*, Westview Press, Oxford, 1998.

de solidaridad con poderosos significados culturales. Existe en ellos una dinámica eminentemente comunicativa que ofrece a la sociedad códigos simbólicos distintos que conducen a la acción.<sup>7</sup>

Una de las características de los nuevos movimientos es su configuración por medio de redes. Las redes de activistas contra los efectos de una globalización neoliberal han aportado nuevas formas de acción que ya no pueden ser analizadas con los acercamientos convencionales de los movimientos sociales.<sup>8</sup> Otra de sus peculiaridades es la utilización de instrumentos de la misma globalización. Los movimientos utilizan Internet como forma de acción y organización en medio de crisis de las organizaciones tradicionalmente estructuradas (partidos, organizaciones políticas). La emergencia de los nuevos actores sociales se da a partir de coaliciones específicas sobre objetivos concretos. Así, hay una especie de salto en las formas orgánicas a movimientos en red con base a coaliciones en torno a proyectos y valores. Internet es a la vez la estructura organizativa y el instrumento que permite eso. Todavía persisten movimientos organizados en la forma tradicional; pero los más importantes actualmente (referidos al medio ambiente, al ecologismo, a las mujeres y a los derechos humanos) son movimientos de valores, que dependen de la capacidad de comunicación y de reclutamiento, apoyo y estímulos mediante la llamada a valores, principios e ideas. Son movimientos de ideas y valores. Para esto Internet resulta fundamental, pues es la transmisión instantánea de ideas en un marco que permite la agregación en torno a valores. Su potencia depende cada vez más de redes globales. La gente vive y construye sus resistencias en sociedades locales, pero a

<sup>7</sup> Alberto Melucci, *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*, El Colegio de México, México, 1999.

<sup>8</sup> Marc Edelman «Social movements: changing paradigms and forms of politics», en *Annual Review of Anthropology*, vol.30, 2001 pp. 285-317

través de esas redes salta de lo local a lo global. Internet permite la articulación de los proyectos alternativos locales y hacer protestas globales. Castells recalca que es la sociedad la que modela a Internet y no al revés. Es la base material y tecnológica de la sociedad red, el medio organizativo que permite el desarrollo de nuevas formas de relaciones sociales que no tienen su origen en Internet. No se trata sólo de tecnología; es el medio de comunicación que constituye la forma organizativa de nuestra sociedad.<sup>9</sup>

Los nuevos movimientos plantean oponer al neoliberalismo una economía que tenga en cuenta todos los beneficios individuales y colectivos, materiales y simbólicos. Someten a una dura crítica la flexibilidad laboral y todos los dogmas del neoliberalismo. Develan la ideología dominante y delinean otras formas de ver el mundo. Vinculan la igualdad, la libertad, el derecho de los ciudadanos al trabajo y el derecho a la felicidad. Se han ido planteando la necesidad de llenar las lagunas de acción política, y de contrarrestar las estrategias despolitizadoras. Inventan emergentes formas de acción simbólica. Muchos de estos movimientos empiezan a hacer política de otra forma. Buscan formas distintas a las tradicionales para organizar la contestación, y para construir amplias convergencias que coordinen actividades críticas, teóricas y prácticas a la vez. Orquestan búsquedas colectivas de novedosas formas de acción política, imaginativas maneras de movilización, nuevas formas de hacer trabajar conjuntamente a la gente movilizada. Conjuntan la elaboración y ejecución colectiva de proyectos. Introducen cambios en el lenguaje y en el estado del espíritu. Encuentran nuevas maneras de lucha. Frente al neoliberalismo buscan otra globalización. Ante el internacionalismo fatalista de los dominantes oponen un internacionalismo crítico. El movimiento que se manifestó en Seattle apuntó a un movimiento alentador.

<sup>9</sup> Manuel Castells, «Internet y la sociedad red», en *La Factoría*, núms. 14-15, febrero-septiembre del 2001, [www.lafactoriaweb.com](http://www.lafactoriaweb.com)

Uno de sus límites consistió en que organizaciones de esta naturaleza podían ser efímeras. No obstante, los nuevos movimientos han hallado mecanismos para superar eso. Se ha ido logrando una concertación de fuerzas ya concentradas, que empujan lo nuevo sobre un conjunto de movimientos sociales ya existentes donde se intensifica un trabajo teórico que posibilita formular objetivos político-sociales. Se han encontrado estructuras de movilización transnacionales. Esto se ha conseguido por medio de la organización de encuentros, del diseño de acciones con fin preciso, del sometimiento a la discusión de cuestiones de interés general, de la elaboración de programas de largo plazo. En la interconexión de una gran variedad de grupos se descubren objetivos generales a los que es posible adherir nuevos participantes que aportan a su vez competencias y métodos propios. En las dinámicas de los movimientos sociales que han ido apareciendo se tiende a excluir toda especie de monopolización por parte de minorías y se trata de favorecer la participación directa de todos los interesados. Esto se debe en parte a la aparición de dirigentes de nuevo tipo, con otra cultura política, que prefieren la organización de inspiración autogestionaria, en la que los participantes adoptan un papel de sujetos activos. Se logran orientaciones hacia objetivos precisos, concretos e importantes para la vida social, a los que se esfuerzan por conseguir soluciones directas y prácticas. También los nuevos movimientos son vigilantes de que los reclamos y propuestas se concreten en acciones ejemplares directamente ligadas al problema en cuestión. Lo más destacado de estos movimientos es su rechazo a las políticas neoliberales. Este tipo de movimientos han ido dando un salto cualitativo pues han estado combinando demandas particularistas con internacionalistas, han exaltado la solidaridad (que es el principio de la mayoría de sus luchas) y están encontrando inéditas formas orgánicas. La clave para el éxito ha sido que se ha logrado llegar a mecanismos con capacidad de asociar individuos y grupos de tal forma que ninguno domine o re-

duzca a los otros y que se conserven todos los recursos ligados a la diversidad de experiencias, de puntos de vista y de programas. Esta dinámica ha ido remontando las intermitencias.<sup>10</sup>

Una expresión paradigmática de estos nuevos movimientos se encuentra en la amplia red de organizaciones que se han conjuntado en el Foro Social Mundial. Su primera reunión implicó la ruptura con el pensamiento único de la globalización dominante, y se abrió el espacio para la elaboración de alternativas. Su lema fue «Otro mundo es posible». Esa reunión se realizó a principios del 2001, en la misma fecha en que responsables mundiales de la globalización neoliberal se reunían en Davos, pero en una ciudad brasileña, Porto Alegre, gobernada por un movimiento de izquierda. De Seattle al primer foro, y de éste al encuentro de Génova se fue incrementando un ritmo ascendente de participación innovadora. Con los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 y la respuesta de otro tipo de terrorismo estatal por parte de Estados Unidos se temía que los movimientos opuestos a la globalización neoliberal fueran colocados en una desventajosa situación de defensiva que los disminuyera. No obstante, el segundo foro mostró que el incremento de la fuerza popular frente a la globalización neoliberal tenía la capacidad de una creativa y masiva respuesta. La segunda reunión volvió a ser en Porto Alegre a principios del 2002. El número de participantes superó con creces al que se conjuntó en la primera reunión, pues hubo una asistencia de alrededor de 70 mil activistas. Hubo 15 mil delegados de unas 5 mil organizaciones provenientes de 130 países. Se organizaron 28 conferencias, 100 seminarios y 700 talleres. Acudieron más de tres mil periodistas de todo el mundo. A la manifestación de clausura acudió una multitud estimada en 50 mil personas, la cual ha sido hasta inicios del 2002 la mayor concentración humana de protesta en América. El segundo foro prosiguió con el lema «Otro mundo

<sup>10</sup> Pierre Bourdieu, *Contre-feux 2*, Liber-Raison d'Agir, París, 2001.

es posible», al que se le añadió «por un mundo sin guerras». Este segundo foro implicó una ruptura con la pretensión de encerrar a los movimientos antineoliberalismo en el campo de los fundamentalismos belicistas representados por Bin Laden y Bush; lo cual, en medio de la polarización implicó el posicionamiento de una postura alternativa. Hubo una participación masiva de delegados de todo el mundo en un momento que parecía muy desfavorable para las fuerzas progresistas. El Foro se constituyó en un polo de resistencia global a las fuerzas bélicas. El documento final se tituló «Resistencia contra el neoliberalismo, el militarismo y la guerra: por la paz y la justicia social». <sup>11</sup> Fue condenada la militarización en la resolución de los conflictos.

El consejo internacional está compuesto por alrededor de 60 redes de movimientos y de organizaciones. Los movimientos sociales del mundo contra el neoliberalismo y la guerra ratificaron los acuerdos de la reunión anterior. Los frentes de lucha abiertos en el Foro tienen que ver con movimientos por la eliminación del hambre, la atención a las víctimas de la guerra, la erradicación del analfabetismo, por la igualdad de género, por la diversidad sexual, por el multiculturalismo, por el medio ambiente y la biodiversidad... Se apoyó la lucha sindical de trabajadores formales e informales, y a los sindicatos comprometidos con la defensa de las condiciones dignas de trabajo y de vida. Se apoyó la lucha contra la flexibilización, contra los subcontratos y despidos. Se alzó la voz por nuevos derechos internacionales que regulen el empleo. Se quiere suturar la fractura social entre desocupados y empleados. Se ha visto que la deuda externa es una gran sangría, y por lo tanto de construir un nuevo mundo sin esas deudas. Se declaró tal deuda como ilegítima, injusta, fraudulenta e impagable. Se vio la necesidad de reformar y democratizar los organismos multilaterales. Se planteó la urgencia de controlar los movimientos de los capitales

<sup>11</sup> Se puede consultar en [www.laneta.apc.org](http://www.laneta.apc.org).

financieros, crear impuestos sobre el capital especulativo y suprimir los paraísos fiscales. Se pretende dar a la economía un sentido de servicio a las necesidades de las personas. Se trata de un movimiento de solidaridad global unido para luchar contra la concentración de la riqueza, la proliferación de la pobreza y la destrucción del planeta.

Se aprobó la resolución de realizar anualmente el Foro de Porto Alegre, a la par que el de Davos. Se acordó un calendario de movilizaciones mundiales durante todo el 2002.

Hubo varios problemas que se analizaron, como evitar que la particularización de los problemas centrifugue la política. Se discutió el sentido de la creación de contrapoderes según la propuesta zapatista.<sup>12</sup> Si el hombre estaba condicionado por sus circunstancias, se vio la conveniencia de formar circunstancias que humanizaran.<sup>13</sup> Se planteó que había que derrotar el fundamentalismo neoliberal para poder encaminar la globalización hacia otros senderos. En el movimiento han ido confluyendo anarquistas, pacifistas y cristianos de base, entre otros, que enriquecen con sus puntos de vista al conjunto de las luchas. Se hacen corresponder temas con formas de organización más flexibles. Crece la tolerancia. Hay una pedagogía del escuchar y se aprende de otras experiencias. Se vive la dialéctica de ser diversos pero iguales. Ante la gran diversidad de propuestas se privilegió la discusión, sin descuidar los pasos indispensables para hacer realidad la consigna de que otro mundo es posible. Se ha ido configurando una nueva ciudadanía mundial. Se va fraguando una convergencia plural. Confluyen reformistas y radicales, pero llegan a puntos de consenso. Se indaga acerca de un sistema alternativo y se plantean creativamente vías de acceso. Hay una profundización crítica y democrática. Se demostró que esa plu-

<sup>12</sup> John Holloway, *Cómo cambiar el mundo sin tomar el poder*, en prensa.

<sup>13</sup> Entrevista a José Saramago en *Revista Veintitrés*, febrero del 2002.

ralidad es capaz de manifestarse en un ambiente pacífico y festivo. Esa convergencia en la diversidad ha ido construyendo un nuevo movimiento global que ofrece muchas pistas para entender lo que constituye a un movimiento social.